

A E N H T I L A P H

# Imre Kertész

## La bandera inglesa

Traducción de María José Martínez



«Siento por estos relatos algo muy especial, porque son fragmentos de mi propia vida: el desaparecido mundo de mi juventud en Budapest, bajo el estalinismo; aquellas figuras pintorescas, preparadas para sobrevivir, algunas de las cuales no me eran en absoluto ajenas; mi encuentro con la música de Wagner y con la literatura; el despertar de una gran aventura intelectual... y la súbita ruptura, simbolizada en el pasar de un jeep con la bandera inglesa. Cuando terminé de redactar estos relatos, tuve durante largo tiempo la sensación de que acababa de hacerme un regalo a mí mismo.»

---

**IMRE KERTÉSZ**

*La Bandera Inglesa*

*Traducción de Adán Kovacsics Meszaros*

*El Acantilado*

# Sinopsis

«Siento por estos relatos algo muy especial, porque son fragmentos de mi propia vida: el desaparecido mundo de mi juventud en Budapest, bajo el estalinismo; aquellas figuras pintorescas, preparadas para sobrevivir, algunas de las cuales no me eran en absoluto ajenas; mi encuentro con la música de Wagner y con la literatura; el despertar de una gran aventura intelectual... y la súbita ruptura, simbolizada en el pasar de un jeep con la bandera inglesa. Cuando terminé de redactar estos relatos, tuve durante largo tiempo la sensación de que acababa de hacerme un regalo a mí mismo.»

Título Original: *Az angol lobogó*

Traductor: Kovacsics Meszaros, Adán

Autor: Imre Kertész

©2005, El Acanilado

Colección: Narrativa del Acanilado, 95

ISBN: 9788496489240

Generado con: QualityEbook v0.70

# LA BANDERA INGLESA

IMRE KERTÉSZ

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2005



ACANTILADO

*PRIMERA EDICIÓN noviembre de 2005*  
*TÍTULO ORIGINAL Az angol lobogó*

Publicado por:  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona  
Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

Originally published in Hungarian  
© 1991, 1998 by Imre Kertész  
Published by permission of Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH,  
Reinbeck bei Hamburg  
© de la traducción, 2005 by Adán Kovacsics  
© de esta edición, 2005 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Translation Fund of the Hungarian Book  
Foundation

Foto de cubierta: Hulton Archive © Getty Images

ISBN: 84-96489-24-8  
DEPÓSITO LEGAL: b. 45.239 – 2005

*AIGUADEVIDRE Gráfica*  
*QUADERNS CREMA Composición*  
*ROMANYÁ-VALLS Impresión y encuadernación*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

... *delante de nosotros, la niebla; detrás, la niebla;  
y debajo, un país hundido.*

MIHÁLY BABITS

Si quisiera contar ahora la historia de la bandera inglesa, a lo que un grupo de amigos me anima desde hace días o quizá meses, debería mencionar primero la lectura que me enseñó a admirar la bandera inglesa—diríase que rechinando los dientes—, debería hablar de mis lecturas de aquel entonces, de mi pasión por la lectura, decir de qué se nutría, de qué casualidades dependía, como ocurre, por cierto, con todo aquello que reconocemos como destino con el paso del tiempo, sea por su lógica implacable, sea por su absurdo, debería explicar cuándo empezó esa pasión y adonde fue parar, debería contar, en suma, toda mi historia. Y como esto es imposible, por falta no ya de tiempo sino también de los debidos conocimientos, pues quién puede afirmar de sí mismo que conoce su vida, por mucho que posea ese equívoco saber que cada cual cree tener de su existencia, que es básicamente un proceso incognoscible—sobre todo para uno—, un tránsito y un desenlace (óbito o *exitus*), como esto es imposible, repito, considero que lo más correcto sería comenzar la historia de la bandera inglesa por Richard Wagner. Y si bien Richard Wagner podría llevarnos a la bandera inglesa de manera directa, con la misteriosa precisión de un *leitmotiv* consecuente, debería empezar, de hecho, para hablar con propiedad de Richard Wagner, por la redacción. Dicha redacción ya no existe, como tampoco, desde hace tiempo, el edificio en el que sí existió para mí, y mucho, por aquel entonces (tres años después de la guerra, para ser exactos): la redacción con sus pasillos oscuros y sus rincones polvorientos, con sus minúsculas piezas cargadas de humo de tabaco, iluminadas por bombillas peladas, con sus llamadas telefónicas, sus gritos, el tableteo de las máquinas de escribir, tan parecido al de las armas de fuego, los fugaces momentos de agitación, las continuas congojas, los diversos estados de ánimo, y luego la angustia permanente y cada vez más invariable que parecía surgir de los rincones y que acabó impregnándolo todo, esa redacción antigua que había dejado de recordar, hacía tiempo, las antiguas redacciones y a la que yo acudía todas las mañanas a una hora atormentadora, por temprana: a las siete, por decir algo. «¿Con qué esperanzas?», reflexioné en voz alta, públicamente, ante el grupo de amigos que me alentaba a relatar la historia de la bandera inglesa. Hoy veo como en una película a aquel joven que debía de tener unos veinte años y al que en aquel entonces consideraba y vivía como mi propio yo, por una ilusión de los sentidos a la que todos estamos expuestos; en ello influye, probablemente, el hecho de que él—o yo—también se viera (o me viera) como en una película. Por otra parte, sin embargo, no cabe duda de que tal circunstancia permite narrar la historia, que de lo contrario resultaría inenarrable, como ocurre con todas las historias, que dejaría de ser, por tanto, una historia, y que, si se narrara de otra forma, acabaría contando precisamente lo contrario de lo que debería contar. Esa vida, la de un joven de veinte años, sólo era sostenida por su capacidad de ser formulada, sólo transcurría, con sus fibras nerviosas, con todo su afán convulso, en el plano de dicha capacidad. Esa vida aspiraba, con todas sus energías, a vivir, con lo cual se oponía, por ejemplo, a mi aspiración actual y también, lógicamente, a mis formulaciones actuales, a estas formulaciones que no cesan de fracasar, de chocar con lo

informulable, de luchar—en vano, claro—con lo que no puede formularse: en aquel entonces, el afán de formular aspiraba, por contra, a mantener a oscuras lo informulable, esto es, la esencia, o sea, la vida que transcurre en la oscuridad, que se mueve a tientas en la oscuridad, que carga con el peso de la oscuridad, pues sólo así podía ese joven (yo) vivirla. Mediante la lectura, mediante esa epidermis que cubría las diversas capas de mi vida, me mantenía en contacto con el mundo como a través de un traje protector. Este mundo suavizado por la lectura, distanciado por la lectura, destruido por la lectura, era mi mundo mendaz, pero aun así vivible y, de vez en cuando, casi tolerable. Al final se produjo entonces el momento previsible en que me perdí para la susodicha redacción y me perdí también para... a punto he estado de decir para la sociedad; de hecho, si hubiera habido una sociedad o, dicho de otro modo, si aquello que había hubiera sido una sociedad, me habría perdido para esa cosa parecida a una sociedad, para esa horda que gemía como un perro, que gritaba como una hiena hambrienta, siempre ávida de cualquier cosa que pudiese destrozarse a mordiscos; hacía tiempo que me había perdido para mí mismo y casi me perdí también para la vida. No obstante, incluso en este punto más bajo—que por aquel entonces, al menos, tenía por el más bajo, aunque después conocí uno más bajo, y luego otros más bajos hasta caer a una profundidad insondable—se mantenía lo formulable o, dicho de otro modo, el enfoque de la cámara o, para expresarlo con más precisión todavía, la lente de una cámara que era, para dar un ejemplo concreto, un novelón de pacotilla. No sé ni de dónde lo había sacado, ni cómo se titulaba, ni de qué trataba. Ya no leo esos novelones, desde que en el transcurso de la lectura de uno de ellos descubrí de pronto que no me interesaba saber quién era el asesino, que en este mundo—en un mundo asesino—resultaba no ya equívoco y, de hecho, escandaloso, sino también superfluo preguntarse por la identidad del asesino, porque todos lo eran. En aquel entonces, hace quizá cuarenta años, sin embargo, ni siquiera se me planteó esta formulación; no era de aquellas que mis aspiraciones de hace cuarenta años, más o menos, consideraran útiles, pues el asesinato sólo era un hecho más, uno de esos simples hechos—aunque no el más insignificante—entre los cuales vivía, entre los cuales me veía abocado a vivir (porque quería vivir). Mucho más importante era para mí la costumbre del protagonista, un hombre de oficio arriesgado—un detective privado, tal vez—, su costumbre, digo, de «regalarse» siempre algo, un whisky o, a veces, una mujer o algún viaje en coche por carretera, desenfrenado y sin rumbo, antes de acometer una de esas empresas suyas en las que se jugaba la vida. Por aquel entonces, ya me acechaban peligros mortales en la redacción: para ser preciso, peligros fatalmente aburridos pero no por eso menos mortíferos, nuevos todos los días y, sin embargo, siempre iguales. Por aquel entonces, tras una pausa tan breve como totalmente injustificada, volvieron a aparecer las tarjetas de racionamiento, sobre todo para la carne, tarjetas del todo superfluas, por supuesto, en particular tratándose de la carne, puesto que no se disponía de la cantidad de carne suficiente para conferir cierta seriedad a la distribución de dichas tarjetas. Por aquellas fechas inauguraron—o volvieron a inaugurar—un restaurante llamado Corvin, perteneciente a unos grandes almacenes del mismo nombre, donde (como los grandes almacenes eran de propiedad extranjera, de las fuerzas de ocupación concretamente) también se servía carne, pero sin pedir tarjetas de racionamiento, aunque, eso sí, cobrando el doble del precio habitual (es decir, el doble de lo que habrían pedido en otro sitio, si en otro sitio hubieran servido carne), y por aquellas fechas, cuando volvía a acecharme, previsiblemente, algún peligro de muerte fatalmente aburrido en la redacción—en forma de alguna «reunión» con solemne título, por ejemplo—, «me regalaba» en ese restaurante con un filete de carne rebozada (muchas veces gracias a un adelanto sobre mi sueldo del mes siguiente, porque la institución del adelanto se mantuvo vigente durante un tiempo, por causa de algún olvido sin duda, cuando todo había perdido ya su vigencia); y por mucho que me enfrentara a numerosos, diversos y



fatalmente aburridos peligros de muerte, la conciencia de haberme «regalado» algo antes, o sea, la conciencia de mi prevención, de mi secreto, es más, de mi libertad inherente a aquel adelanto y a aquella carne rebozada adquirida sin la tarjeta de racionamiento, de los que, salvo yo, nadie podía saber con la excepción del cajero, que sólo sabía del adelanto, y del camarero, que sólo sabía de la carne rebozada, dicha conciencia me ayudaba ese día a superar horrores, infamias y humillaciones. Por aquellas fechas, los días de diario, que se estiraban entre sol y sol, se habían convertido en días de infamia sistemática, aunque la formulación—o la serie de formulaciones—de cómo se convirtieron en tales, de ese proceso sin duda muy digno de atención, ya no forma parte del recuerdo de mis formulaciones, ni tampoco, probablemente, de mis formulaciones de aquel entonces. La causa debía de residir, a buen seguro, en el hecho de que—tal como he mencionado— mis formulaciones se limitaban a ponerse al servicio de la mera práctica de la vida, de la mera posibilidad de continuarla entre sol y sol, considerando la vida como algo dado, lo mismo que el aire que debía respirar o el agua en que podía nadar. Mis formulaciones no prestaban atención alguna a la calidad de la vida como objeto de formulación, por cuanto dichas formulaciones no servían al conocimiento de la vida, sino, tal como he señalado, a cómo vivirla, esto es, a cómo eludir su formulación. Por aquellas fechas, por ejemplo, se celebraban ciertos juicios en el país, y a las preguntas del grupo de amigos que me animaba a narrar la historia de la bandera inglesa, a las preguntas insistentes y mareantes de aquel grupo integrado sobre todo por antiguos alumnos míos, o sea, por personas unos veinte o treinta años menores que yo y que, sin embargo, no eran ya del todo jóvenes y a las que no les importaba interrumpir e impedir con sus preguntas el relato de la historia de la bandera inglesa, a las preguntas, pues, de si «me creía», por así decirlo, las acusaciones planteadas en aquellos procesos, de si «creía» en la culpa de los acusados y así sucesivamente, les respondí que por aquel entonces ni siquiera había surgido en mí la duda de si eran creíbles o no dichos procesos. En el mundo que entonces me rodeaba—el mundo de la mentira, del horror y del asesinato, que es como puedo calificarlo *sub specie aeternitatis*, con lo cual, sin embargo, ni siquiera rozo la realidad y singularidad de ese mundo—, ni tan sólo se me ocurría pensar que aquellos procesos no fueran pura mentira, que los jueces, los fiscales, los testigos y hasta los acusados no mintiesen, que no funcionara, eso sí, de manera infatigable, una única verdad, la del verdugo, o que pudiera funcionar una verdad que no fuese la de la detención, del encarcelamiento, de la ejecución, del tiro en la nuca o de la horca. Todo esto, sin embargo, sólo ahora lo formulo con agudeza, con estas palabras que definen de manera decidida—como si por aquel entonces (o en estos momentos) hubiera existido (o existiera) alguna base sólida para cualquier definición—, ahora que me animan a contar la historia de la bandera inglesa, de tal modo que me veo obligado a narrar desde la perspectiva de una historia, a atribuir significado a aquello que en la conciencia general—en esa conciencia equivocada elevada al rango de generalidad—ha adquirido significado, pero que en la realidad de aquel entonces—al menos para mí—apenas lo tenía o lo tenía de una forma del todo distinta. En consecuencia, no puedo contar, por ejemplo, que en aquella época sintiera algo así como indignación por los procesos que se celebraban: no recuerdo ni considero probable haberla sentido, por el simple hecho de que no percibía, ni en mí ni en mi entorno, ningún tipo de moral en cuyo nombre hubiese podido indignarme. Con todo ello, sin embargo, sobrevalorado y doy demasiadas vueltas, insisto, a lo que significaban aquellos procesos para mí—para un yo que ahora contemplo desde muy lejos, como si lo viera en una película gastada, tembleque y a punto de cortarse—, porque, a decir verdad, sólo llegaron a rozar mi atención; significaban, digámoslo así, el espesamiento del peligro continuo y, por consiguiente, de mi repugnancia continua, la intensificación del peligro que quizá no me amenazaba directamente o, para usar una fórmula poética, el oscurecimiento del horizonte, junto al cual, no

obstante, aún se podía leer algo, si es que lo había (por ejemplo, *Are de triomphe*). A mí no me afectaron las repercusiones morales de los procesos que se celebraban por aquellas fechas, sino más bien las que se producían en el ámbito de lo sensorial, de tal modo que no me provocaron consideraciones morales sino más bien reflexiones que se movían en el plano de los órganos sensoriales y de las fibras nerviosas, esto es, reflexiones debidas a sensaciones tales como la ya mencionada repugnancia, luego la alarma, la extrañeza, la incredulidad pasajera y la inseguridad generalizada. Recuerdo, por ejemplo, que por aquellas fechas era verano y que ese verano se presentó de entrada con un calor casi insoportable. Recuerdo que en ese verano de calor casi insoportable a alguien de la redacción se le ocurrió la idea de que era necesario transmitir una formación superior y, por así decirlo, teórica a los «compañeros de trabajo jóvenes», que así era como nos llamaban. Recuerdo que en una noche particularmente sofocante de ese verano particularmente sofocante, una de las personalidades más poderosas de la redacción, una personalidad del todopoderoso partido, una personalidad todopoderosa del partido, una personalidad temida por todos, más poderosa y más responsable que el todopoderoso y responsable redactor jefe, aunque su autoridad persistiera bastante en lo oculto—si se me permite esta paráfrasis heideggeriana—, nos impartió, como quien dice, una clase teórica, como quien dice, a los «compañeros de trabajo jóvenes». Recuerdo el cuarto en el que transcurrió la clase, cuarto hoy inexistente del que no queda ya ni rastro, la llamada «sala de máquinas», término que designaba una pieza atestada de máquinas de escribir, de mecanógrafas que aporreaban dichas máquinas a ráfagas, de escritorios y mesas comunes y silvestres, sillas, caos, cantidad de teléfonos, cantidad de colaboradores, cantidad de fuentes sonoras, todos ellos enmudecidos en esa noche, desconectados y apartados, para dar cabida a los fervorosos oyentes sentados en sus asientos y al conferenciante que los adoctrinaba. Recuerdo que estaba abierta la puerta de dos hojas que daba al balcón y que yo envidiaba al conferenciante porque salía con gran frecuencia, al final casi a cada minuto, casi a modo de una coma en su discurso, a refrescarse en ese enorme balcón y no se detenía hasta llegar a la barandilla, donde se inclinaba sobre el larguero y contemplaba en cada ocasión el abismo humeante del Kórút, y recuerdo que yo, confinado en aquel cuarto tórrido, imaginaba cada vez lleno de anhelo las hojas polvorientas que bordeaban la calle y que tal vez se mecían ligeramente movidas por el aire del crepúsculo, los transeúntes que paseaban debajo, la terraza pobretona del café de enfrente, llamado primero Szimplon y luego Szimpla, las prostitutas clandestinas que se dirigían apresuradamente y de forma muy poco clandestina sobre sus tacones altos a sus puestos habituales en las calles Népszínház o Bérkocsis. Tanto más me llamó la atención, aunque luego necesitara tiempo para entender el significado de lo ocurrido, el hecho de que este todopoderoso, que entretanto se había puesto rojo como un cangrejo, que emanaba sudor a raudales por la frente y que temblaba a más no poder por el esfuerzo, según creía yo en aquel momento (si es que creía algo), el hecho, digo, de que no procurara bajar cuanto antes a la calle después de la conferencia, que, al contrario, le costara separarse de nosotros, nos interpelara incluso individualmente hasta que por fin logramos liberarnos de él y yo pude salir al balcón y mirar, respirando aliviado, abajo, a la calle, que el todopoderoso acababa de pisar tras franquear la puerta del edificio, momento en el cual dos ominosos personajes, listos para actuar, se bajaron rápidamente de un coche negro estacionado junto a la acera e introdujeron al todopoderoso en el vehículo, con un poco de exceso de celo, quizá, justo cuando, en el silencio que se produce de golpe en el crepúsculo e interrumpe por un breve instante el alboroto de la ciudad tras un día insoportable, casi como culminación o como pausa en la pieza orquestal, se encendieron de repente las luces fantasmagóricas de las farolas. A vosotros, personas cultas y maduras, dije a aquel grupo de amigos formado básicamente por antiguos alumnos que me

animaba una y otra vez a narrar la historia de la bandera inglesa, ya no os asombrará saber adonde llevó aquel coche negro a su víctima ni el hecho de que ese hombre todopoderoso no cesara de mirar desde el balcón el vehículo que aguardaba abajo, confiando en un principio en que no lo esperara a él, aunque al cabo de unos minutos, durante la charla, ya empezó a tomar conciencia de que, en efecto, el coche negro lo esperaba a él y, una vez adquirida tal certeza, ya sólo le cupo estirar el tiempo cuanto pudo y aplazar el momento de despedirse y salir por la puerta del edificio; a mí, en cambio, no sé qué me sorprendió más y de forma más desagradable, si el encuentro, cuatro, cinco o seis años después, con un anciano destrozado, roto y medio ciego, en el que reconocí, aterrado, al antiguo todopoderoso, en la entonces todavía existente alameda de la avenida Andrásy, luego Stalin, luego Juventud Húngara, luego República Popular, etcétera, o la reunión de la redacción, la llamada «reunión relámpago», convocada de prisa y corriendo el día posterior a la escena del balcón, en la que me vi obligado a enterarme de cosas horripilantes, inconcebibles, sobre aquel todopoderoso que un día antes aún provocaba un terror generalizado, una admiración generalizada y un servilismo también generalizado. Todas esas monstruosidades nos las comunicó, ora pateando el suelo históricamente como un niño malcriado, ora haciendo estallar una ira increíblemente violenta como un ser que, mortalmente angustiado, volvía a un estado primitivo del hombre, se reducía a una ameba palpitante, a una simple masa viviente y gelatinosa y se sumía por completo en ese estado de regresión, nos las comunicó, digo, el responsable, el redactor jefe que el día anterior, precisamente, aún se arrastraba ante el susodicho todopoderoso, temblando y haciendo reverencias y tratando de congraciarse con él. En la actualidad sería del todo imposible y, además, del todo inútil recordar las inconcebibles afirmaciones de ese hombre y sus aún más inconcebibles palabras, consistentes en un mejunje de toda clase de acusaciones, improperios, aseveraciones, justificaciones, calumnias, promesas, amenazas, expresado de la forma más extrema, de tal modo que los improperios no se arredraban, por ejemplo, ante los nombres de animales, de fieras de tipo canino sobre todo, y las aseveraciones recurrían al vocabulario religioso más mojigato. A esas alturas sentí curiosidad por saber si el grupo de amigos que me animaba a narrar la historia de la bandera inglesa era capaz de imaginar la escena ni que fuese de forma aproximada y les pedí que hicieran el esfuerzo, puesto que no disponía, por desgracia, ni de la capacidad plástica ni de los instrumentos expresivos para describirla: por más que lo intentaran, se esforzaran y asintieran con la cabeza, estoy convencido de que no lo consiguieron, por la sencilla razón de que nadie puede imaginar tal escena. No se puede imaginar que un hombre adulto, de más de cuarenta años de edad, que comía con cuchillo y tenedor, se ataba la corbata, hablaba la lengua de la clase media culta y exigía, siendo como era redactor jefe y responsable de la redacción, exigía, digo, que se confiara sin reservas en su juicio, no se puede imaginar, insisto, que un hombre así, sin estar borracho ni haber perdido de golpe la razón, se revolviera de pronto en su propio miedo y empezara a desvariar soltando estupideces a voz en grito y en medio de convulsiones espasmódicas; no se puede imaginar que se produjera una situación como la que, en efecto, se produjo, ni la forma en que se produjo; tampoco puede imaginarse, en definitiva, la situación en sí, la escena con sus protagonistas: el grupo, nuestro grupo, angustiado ante aquel payaso gesticulante, todos esos hombres y mujeres adultos, periodistas, mecanógrafos, estenotipistas de treinta, cuarenta, cincuenta y hasta sesenta y setenta años de edad, toda clase de profesionales que escuchaban perplejos, con rostro serio y sin plantear objeción alguna, esas palabras airadas, carentes de todo significado, expuestas en un ejercicio de autonegación colérica, en un verdadero paroxismo de la autonegación, que suponían una burla al sentido común, a la reflexión, a la medida. Insisto, ni siquiera se planteó en mí la cuestión de la credibilidad o no de las acusaciones, pues esas palabras propias de un novelón de pacotilla, esas acusaciones que parecían salidas de crónicas medievales

sobre herejes, dejaban muy atrás todo ámbito de lo juzgable, y ¿quién podía juzgar, además, salvo aquellos que juzgaban? ¿Qué verdad podía percibir aparte de la verdad de que aquella escena era ridícula y básicamente pueril y de que cualquiera podía ser llevado en cualquier momento por un coche negro, lo cual también era, básicamente, una verdad de Perogrullo? Insisto, el joven, aturdido y vacilante de veinte años (yo), que oscilaba entre el horror y las ganas incontroladas de reír, sólo percibía que ese hombre que ayer aún era todopoderoso merecía ahora el simple calificativo de una fiera de tipo canino y podía ser llevado en cualquier momento a cualquier sitio en un coche negro, es decir, sólo percibía la falta de toda estabilidad. Y resulta que ante el grupo de amigos que me animaba a narrar la historia de la bandera inglesa me dejé llevar a la afirmación de que la moral quizá no fuese más (en cierto sentido) que la estabilidad, y que las situaciones que se caracterizaban por su falta de estabilidad sólo fueran creadas, quizá, para impedir la existencia de una situación basada en la moral: y aunque esta afirmación mía pronunciada con ocasión de una merienda pueda parecer poco elaborada e improbable y en gran parte incluso insostenible en las circunstancias mucho más ponderadas de la escritura, sí mantengo que al menos existe un estrecho vínculo entre la seriedad y la estabilidad. La muerte, si nos preparamos para ella de forma continua en el transcurso de la vida, al considerarla la verdadera y, de hecho, la única tarea que nos espera, si la vamos ensayando, por así decirlo, en el transcurso de la vida, si aprendemos a verla como una solución tranquilizadora, en definitiva, aunque no satisfactoria, la muerte, digo, es una cosa seria. El ladrillo, en cambio, que cae por casualidad sobre nuestra cabeza no es serio. El verdugo no es serio. Sin embargo, también teme al verdugo quien no teme a la muerte. Con todo esto, sólo quiero describir— aunque sea con deficiencias—mi estado, mi estado de aquel entonces. El hecho de que, de una parte, pasara miedo y, de otra, me riera, pero sobre todo de que quedara confundido en cierto sentido y hasta cayera en una crisis, perdiera el refugio de mis formulaciones y, quizá debido a la dinámica, a la aceleración del ritmo, de que mi vida se volviera más y más informulable y la continuidad de mi forma de vida, por tanto, cada vez más cuestionable. Llegado a este punto, he de recordar que, siendo el periodismo mi profesión, procuraba—o debía procurar—formular o reflejar la vida. Ciertamente, la exigencia periodística de formular o reflejar la vida se había convertido ya en mentira: no obstante, quien miente piensa en el fondo en la verdad, y sólo podría haber mentido sobre la vida si la hubiese conocido, ni que fuera en parte. Sin embargo, no conocía la verdad ni por completo ni en parte, la verdad de esta vida, de esta vida vivida también por mí. Por consiguiente, pasé poco a poco de ser un periodista talentoso a ser un periodista sin talento en esa redacción. A partir del instante en que me salí—al menos por un tiempo—del mundo de la formulabilidad y, por tanto, de la continuidad de mi forma de vida, los acontecimientos que se producían a mi alrededor—y yo mismo en tanto acontecimiento—se fragmentaron (me fragmenté) en imágenes e impresiones frágiles. Ahora bien, la lente de la cámara que recogía estas confusas imágenes, voces y hasta ideas seguía siendo yo, seguía siendo atormentadora e incesantemente yo, un yo, sin embargo, que se alejaba más y más de mí. En la olla de la llamada historia universal, la cuchara de madera del diablo volvía a escarbar en el fondo de la sopa humana. Allí me veo, abatido y deprimido, en reuniones que se estiraban hasta la madrugada, en las que ladraban los perros del infiErnó, en las que caían sobre mi espalda los latigazos de la crítica y de la autocrítica, en las que yo no paraba de esperar el momento en que se abriera la puerta y me echaran, quién sabe adonde. Poco después, me tambaleo bajo una red de tuberías en el polvo color óxido de una fábrica-cuartel asesina, me esperan sórdidos amaneceres con olor a hierro fundido, turnos de mañana envueltos en la niebla en que las difusas percepciones de la conciencia se alzan como pesadas burbujas metálicas y estallan en la superficie vaporosa y remolineante de una masa color gris estaño. Me convertí en obrero: este hecho, sin embargo, permitía

ser formulado paso a paso, aunque sólo fuese con las palabras de la aventura, lo absurdo, lo ridículo y el miedo, esto es, con las palabras que se correspondían con el mundo que me rodeaba, y de tal modo fui recuperando más o menos mi vida. Sólo llegué a intuir la posibilidad de recuperarla del todo o, dicho en términos más generales, a intuir la posibilidad de una vida plena—ahora que ya he vivido la vida, ahora que incluso puede considerarse vivido lo que me queda de vida (de mi vida), he de formular, sin embargo, con mayor precisión, es más, con la máxima precisión: la posibilidad, pues, de que una vida plena hubiera sido posible—, sólo llegué a intuir dicha posibilidad, repito, cuando después de formular la aventura me encontré de repente, asombrado y aturdido, ante la aventura de la formulación. Como ya adelanté en su momento, tengo que empezar por Richard Wagner esta aventura que supera todas las aventuras y, como también señalé oportunamente, he de empezar por la redacción para hablar de Richard Wagner. Al principio, cuando me «contrataron» en la redacción, cuando empecé a acudir día tras día a dicha redacción, cuando día tras día llamaba por teléfono para transmitir las noticias e incluso mis crónicas del ayuntamiento (puesto que estaba asignado a la sección llamada «municipal», resumía todos estos hechos diciendo, no sin cierto fundamento, que era un «periodista», puesto que la apariencia y la actividad que daba vida a dicha apariencia me permitían, a grandes rasgos, formularlo así. Era la época de las formulaciones ingenuas en mi vida, de las formulaciones sin prejuicios, cuando mi forma de vida y su formulación no se hallaban frente a frente en una contradicción imposible de resolver o sólo solucionable con medios radicales. De hecho, había sido una formulación—una lectura—la que me había llevado a esa carrera y, por tanto, a esa redacción, sin contar la necesidad de «elegir una carrera», así como mi deseo irrefrenable de liberarme de las ataduras del tormento de los padres y de la infancia alargada por los estudios. Después de concluir con resultados ridículos o, mejor dicho, con el resultado de la ridiculez, mi trabajo como representante de vinos y material de construcción, después de que mis intentos en una imprenta, como cajista, para ser exactos, me permitieran entrar en contacto con la experiencia de la tortura inútil, de la monotonía, un libro vino a parar a mis manos por puro azar, si es que tal cosa existe, porque, a decir verdad, no creo en ello (en el azar). Este libro era la formulación completamente falsa y falsificada, pero realizada, si mal no recuerdo, con sincero deseo, o sea, con sincera fuerza persuasiva, de la vida de un periodista, de un periodista de Budapest que se movía en los cafés de Budapest, en las redacciones de Budapest, en los círculos sociales de Budapest y tenía relaciones con las mujeres de Budapest, más concretamente con dos, con una dama de la buena sociedad a la que sólo mencionaba por el nombre de la marca de su perfume francés, y con una muchacha pobre, pura y sencilla, una criatura que se distinguía claramente de la mujer del perfume, puesto que estaba provista de alma, pero también porque había nacido para ser oprimida, lo cual le provocaba eternos remordimientos de conciencia de índole social y metafísica, por así decirlo. Este libro hablaba de una vida y de un mundo que no podían existir en la realidad o, a lo sumo, en formulaciones a las que yo también aspiraría más tarde para poder mantener mi forma de vida, en formulaciones que echaban un tupido velo sobre la vida informulable que transcurría en la oscuridad, que se movía a tientas en la oscuridad, que cargaba con el peso de la oscuridad, es decir, sobre la vida en sí. Este libro, que trataba de dicho periodista y, por tanto, también, en cierta medida, del periodismo, no sabía nada del periodismo en época de catástrofes ni, en general, de la catástrofe. El libro era simpático y sabio, o sea, ignorante, pero, mediante la seducción de la ignorancia, surtió sobre mí un efecto decisivo. Es posible que el libro mintiera, pero es seguro, si mal no recuerdo, que mentía sinceramente y también es muy probable que, por aquellas fechas, yo necesitara precisamente tal mentira. Uno siempre encuentra con exactitud y sin dilación la mentira que necesita, como también puede encontrar, con exactitud y sin dilación, la verdad que necesita, siempre y cuando perciba la

necesidad de la verdad, es decir, de la liquidación de su vida. El libro presentaba el periodismo como una actividad ligera, como una cuestión de talento, lo cual se correspondía perfectamente con mis ensoñaciones de aquel entonces, totalmente absurdas y totalmente ignorantes, relativas a una vida ligera pero de tinte más o menos intelectual. De un lado, no tardé en olvidar el libro; de otro, no lo olvidé nunca; jamás volví a leerlo, jamás volvió a mis manos, el libro se extravió y yo nunca más lo busqué. Más tarde, sin embargo, tras una serie de cautelosas averiguaciones, llegué a la conclusión de que el libro sólo podía ser una de las obras de Ernó Szép, concretamente su novela titulada *La nuez de Adán*, aunque sólo se tratara de una hipótesis y yo nunca me esforzara por comprobarlo. Y ya que mencioné este libro que había influido profundamente en mi vida, casi con la extraña determinación de los sueños que actúan como revelaciones, conté, tras no pocas dudas y titubeos, al grupo de amigos empeñado en animarme a narrar la historia de la bandera inglesa, que, siendo yo un «joven periodista», me habían mostrado una o dos veces a su autor, a Ernó Szép, sin que yo fuese consciente de que era el autor de aquel libro—que no era en absoluto una de las obras más importantes de su vida ni, en general, una obra importante—, me lo habían mostrado, digo, por aquellas fechas, o sea, cuando la catástrofe era no ya indudablemente visible, presente y evidente, sino lo único visible, presente y evidente, cuando no funcionaba nada salvo la catástrofe, me lo habían mostrado, insisto, en uno de esos cafés o cafeterías llamados «literarios» que por aquel entonces aún funcionaban, aunque fuese como cafés catastróficos, cafeterías catastróficas, donde erraban unas sombras en busca de cierto calor, de cierto refugio provisional, de ciertas formulaciones provisionales. En una o dos ocasiones—o quizá tres—me presentaron incluso, como «joven periodista», a Ernó Szép (quien, por supuesto, jamás recordaba mis anteriores presentaciones) con él único fin de que yo pudiera escuchar su legendaria o, es más, mítica presentación: «Yo era Ernó Szép.» Llegado a este punto, invité al grupo de amigos, de antiguos alumnos que me animaban a narrar la historia de la bandera inglesa, a parar un instante. Con el paso de los años, de las décadas, les dije, yo no sólo no había olvidado esa fórmula de presentación, sino que incluso la recordaba una y otra vez. Eso sí, deberíais haber visto a Ernó Szép, les dije, deberíais haber visto al anciano que antes de que vosotros lo hubierais visto había sido Ernó Szép: un anciano diminuto, liberado ya de su propio peso, al que el viento de la catástrofe impulsaba por las calles heladas como un grano de polvo, arrastrándolo de café en café. Deberíais haber visto su sombrero, por ejemplo, dije, un bombín a la «Anthony Edén» que en su día se definiera, sin duda, como de color «gris marengo» y que ahora se bandeaba sobre su cabeza de pajarito como un acorazado alcanzado por una serie de impactos completos. Deberíais haber visto su cuidado traje de color gris desesperado y las perneras del pantalón que se posaban sobre los zapatos. Por aquel entonces ya intuía y ahora sé a ciencia cierta que esa fórmula de presentación, «Yo era Ernó Szép», no suponía otro de los chistes de la catástrofe típicos en aquella ciudad de la catástrofe, no suponía una ingeniosidad más de la catástrofe, como se creía y se aceptaba en aquella época catastrófica que se presentaba sin ambages, se creía y se aceptaba porque la gente no podía creer, no sabía ni quería creer en otra posibilidad. Al contrario, esa presentación era una formulación, era, concretamente, una formulación radical y, hasta podría decirse, una hazaña de la formulación. Mediante tal formulación, Ernó Szép seguía siendo Ernó Szép, se sustanciaba en Ernó Szép precisamente en el momento en que se limitaba a haber sido Ernó Szép, en que se habían eliminado, liquidado y estatizado todas las posibilidades que en su día habían permitido a Ernó Szép ser Ernó Szép. Era simplemente la formulación lapidaria, consistente en tres palabras tan sólo, de la realidad vigente en el momento (la catástrofe), una formulación que nada tenía ni de sabiduría ni de jovialidad. Una formulación que no trataba de convencer a nadie de nada, pero que tampoco permitía a nadie tranquilizarse nunca, es

decir, una formulación de amplio eco, una creación, a su manera, que tal vez—me atrevo a asegurar—se mantendría más tiempo que muchas de sus creaciones literarias. Llegado a este punto, oí levantarse un murmullo entre mis amigos y antiguos alumnos; algunos pusieron en duda mi afirmación y objetaron que «nada podía sustituir» la obra, como decían, es más, que Ernó Szép acababa de ser rescatado por estas fechas, que sus textos volvían a ser leídos y valorados. Yo, como era habitual, no sabía nada ni quería saber nada de todo esto, ya que no soy un literato y he dejado de querer incluso, hace tiempo, la literatura, que ni siquiera leo. Cuando busco formulaciones, suelo hacerlo al margen de la literatura, si aspirara a plasmar formulaciones, probablemente evitaría que fuesen literarias, puesto que la literatura—no quiero ni puedo entrar en más detalles—se ha vuelto sospechosa. Mucho es de temer que las formulaciones sumergidas en el disolvente de la literatura nunca recuperen su densidad y vitalidad. Habría que aspirar a formulaciones tales que abarquen toda la experiencia de la vida (o sea, la catástrofe), formulaciones que ayuden a morir y que, aun así, dejen algo a los supervivientes. No tengo nada que objetar a la literatura cuando es capaz de tales formulaciones; sin embargo, observo con creciente frecuencia que sólo el testimonio es capaz de hacerlo, tal vez una vida vivida mudamente, sin su formulación, pero en tanto formulación. «He venido a dar testimonio de la verdad»: ¿es esto literatura? «Yo era Ernó Szép»: ¿es esto literatura? Ahora me doy cuenta, pues, de que debo y debía comenzar la historia de mi encuentro con la aventura de la formulación (y, por tanto, con la bandera inglesa), no por Richard Wagner, como pensé al comienzo, sino por Ernó Szép, aunque el punto de partida había de ser, de todas maneras, la redacción. En esa redacción, a la que me condujo mi imaginación influida por Ernó Szép—así como las circunstancias externas siempre dispuestas a coadyuvar a las ideas fijas—, en esa redacción, digo, hice el mismo recorrido que Ernó Szép desde la ignorancia de su sabiduría y jovialidad hasta una formulación del tipo de «Yo era Ernó Szép»; eso sí, el mío fue un trayecto mucho más corto, de atmósfera más cargada, por así decirlo, y no dejé ninguna huella intelectual; además, en el lugar de la supuesta Budapest de antaño ya sólo encontré una ciudad en ruinas, con vidas arruinadas y almas arruinadas en su interior y con esperanzas enterradas bajo las ruinas. Este joven del que hablo (yo) también era una de esas almas que entre las ruinas avanzaban tambaleando hacia la nada, aunque él (yo) sólo las veía como el decorado de una película y se consideraba a sí mismo como protagonista de esa película un tanto excéntrica, un tanto cínicamente moderna, un tanto cínica y modernamente mentirosa, papel que, basándose en las apariencias del público y dejando de lado cualquier circunstancia perturbadora (es decir, la realidad, o sea, la catástrofe), formulaba de la siguiente manera: «soy periodista». Veo a ese joven en las lluviosas mañanas de otoño cuya niebla inhalaba como un fugaz momento de libertad; veo el decorado a su alrededor, el resplandeciente asfalto negro, las familiares esquinas de las calles conocidas, los ensanchamientos que desembocaban en la nada, allí donde la niebla que se apelotonaba rápidamente permitía intuir el río; los hombres con olor a humedad que esperaban el autobús junto a él; los paraguas mojados; la valla llena de anuncios multicolores que tapaba el montón de escombros de un edificio destruido por la guerra en cuyo solar se alza ahora, cuatro décadas más tarde, otra ruina, la ruina de la paz, porque en el lugar de las ruinas de la guerra se construyó la ruina de la paz, un ruinoso monumento de la paz total, un edificio de ocho pisos expuesto a la prematura decadencia, cubierto por la contaminación atmosférica, destrozado por todo tipo de mugres, robos, negligencias, eternas soluciones provisionales y apatía carente de futuro. Veo el hueco de la escalera por cuyos escalones no tardaba en subir con la seguridad de un hombre impulsado por falsas creencias, con esa confianza que le (me) hacía decir: «soy periodista», o sea, con cierta conciencia de la importancia propia que la misma escalera transmitía, esa escalera hace tiempo ya inexistente que en aquel entonces, sin embargo, sugería una realidad inequívoca, la

realidad de verdaderas redacciones, de difuntos periodistas, de antiguo periodismo y de la atmósfera y de la realidad que todo ello comportaba; veo al portero cojo, al llamado «criado» o, para ser más exacto, al criado de la redacción, a ese hombre de importancia sin parangón que por aquel entonces sólo poseía una importancia sin parangón por sus servicios, la importancia de los cuales, eso sí, no tenía parangón, que cojeando ágilmente entre los despachos de la redacción traía y llevaba con gran celo los manuscritos y las pruebas de imprenta, asumía encargos pequeños pero inaplazables, prestaba dinero (a intereses bajos) cuando la situación se ponía grave y que sólo después se convirtió en el ordenanza poderoso, implacable, inaccesible, envuelto en el abrigo de piel de la arrogancia, al que sólo conocemos por las novelas de Kafka y por la llamada realidad socialista. Ocurrió en una de esas mañanas de otoño, ya más bien hacia el mediodía, cuando se extinguían poco a poco los ruidosos acordes del cierre de redacción, en esos minutos suaves y, podría decirse, hasta lánguidos por la satisfacción, ocurrió, digo, que uno de los taquígrafos me preguntó allí para qué teatro quería yo una entrada gratuita. El taquígrafo —lo recuerdo aún hoy— se llamaba Pásztor, y si bien tenía unos cincuenta años más que yo, lo llamaba Pastorcito, puesto que era un hombre bajito, de aspecto muy pulcro y atildado, siempre vestido con trajes elegantes, corbatas selectas y calzado francés, un taquígrafo parlamentario allí olvidado en una época en que no había parlamento ni la taquigrafía era taquigrafía, puesto que eran los tiempos de los textos preparados de antemano, de los textos de confección, de los textos de la catástrofe, prefabricados, digeridos previamente y minuciosamente censurados: ese taquígrafo, pues, con su oronda barriguita de eunuco, su cabeza calva de forma ovular, su cara que había madurado esmeradamente y que recordaba los quesos blandos, sus ojitos ocultos tras estrechas ranuras por la angustia, estaba particularmente necesitado de protección, tanto más cuanto que era casi sordo, fenómeno este bastante paradójico tratándose de un taquígrafo, dicho sea con delicadeza, de tal modo que en esa ciudad donde, a pocas calles de distancia incluso, empezaban a proliferar las personas que, con las manos a las espaldas y la cara vuelta hacia la pared, esperaban en los pasillos de las cárceles y otras instituciones penitenciarias, mientras siniestros tribunales escupían sus estridentes sentencias y mientras todos cuantos, sin excepción, se hallaban fuera de los muros de la prisión sólo podían considerarse presos licenciados por un tiempo indeterminado, él no cesaba de preocuparse ante la posibilidad de que algún azar revelara su sordera ya conocida para todo el mundo y tal vez lo jubilaran: ese taquígrafo se encargaba, pues, de administrar y registrar en la redacción los nombres de los llamados compañeros de trabajo con derecho a una entrada gratuita. Aún recuerdo el ambivalente asombro que despertó la pregunta del taquígrafo en el joven al que, como he señalado, por aquel entonces trataba y sentía como mi yo, puesto que de un lado no tenía ganas de ir al teatro, por la sencilla razón de que las obras representadas en los teatros le quitaban las ganas a cualquiera, y, de otro, la mera pregunta podía considerarse el final del período de prácticas, o sea, el comienzo de la edad adulta como periodista, ya que tales entradas gratuitas correspondían única y exclusivamente a los llamados compañeros de trabajo fijos y de pleno derecho. Recuerdo que nos quedamos un rato ponderando con sincero y solidario escepticismo, como quien dice, la mísera oferta, él, un anciano reducido a sus ínfimos temores de carácter práctico, y yo, un ser angustiado de una manera más compleja y general, mientras nuestras miradas, tan extrañas y, no obstante, familiares, se cruzaban por unos instantes. Existía, sin embargo, otra posibilidad: la Opera. *DanLa valquiria*, dijo. No conocía esa ópera por aquellas fechas. A decir verdad, no conocía a Richard Wagner. En general, no conocía ópera alguna, la ópera no me gustaba en absoluto. Valdría la pena reflexionar sobre el porqué, aunque no es éste el lugar ni el momento adecuados, porque, de hecho, he de contar la historia de la bandera inglesa. Conformémonos con que a mi familia le gustaba la ópera; así resulta más comprensible que a mí no



me gustara. Eso sí, a mi familia no le gustaban las óperas de Richard Wagner, sino las italianas; la culminación del gusto o, casi diría, de la capacidad de aguante de mi familia era la ópera titulada *Aida*. Me crié en un ambiente musical—siempre y cuando pueda calificar de musical el ambiente de mi infancia, cosa ésta que no puedo hacer en absoluto, ya que el ambiente de mis primeros años de vida merece cualquier calificativo salvo el de musical—, en un ambiente, digo, donde sobre Richard Wagner se decían lindezas como ésta: Wagner es ruidoso, Wagner es pesado. También recuerdo una frase relacionada con otro compositor: «si es Strauss, que sea Johann.» Etcétera. Resumiendo, me crié en un ambiente obtuso tanto en lo que respecta a la música como en lo que respecta a cualquier otra cosa, aunque esto no dejó de afectar a mi gusto. No me atrevería a afirmar que fuera exclusivamente debido a la influencia de la familia, pero lo cierto es que hasta el momento en que en aquella redacción recibí del taquígrafo llamado Pásztor mi entrada para la ópera *La valquiria* de Richard Wagner, sólo me gustaba la música orquestal y no me gustaba ninguna en la que se cantase (con la excepción de la novena Sinfonía, y aquí pienso en la de Beethoven, no en la de Mahler, que conocí mucho más tarde, justo en el momento adecuado, cuando empezaron a aparecer los pensamientos de muerte, cuando empecé a conocer los pensamientos de muerte, es más, cuando me familiaricé y hasta trabé amistad con los pensamientos de muerte), como si viera en la voz humana o, para ser más preciso, en la voz cantante una materia impura que arrojaba una luz negativa sobre la música. Los antecedentes musicales de los que fui partícipe antes de escuchar la ópera de Wagner eran todos instrumentales, en particular orquestales, y sólo pude acceder a ellos de forma ocasional, sobre todo gracias a ese anciano especialmente brusco, de mirada siempre suspicaz debido a algún problema de la vista, al que por aquellas fechas conocían todos los estudiantes y pseudoestudiantes en la Academia de Música; a cambio de uno o dos florines encajados en su mano, dicho anciano dejaba pasar a todos los estudiantes y pseudoestudiantes a la platea, los obligaba bruscamente a ponerse junto a la pared y, en el instante en que aparecía el director para subir al estrado, los enviaba con voz áspera a los asientos que habían quedado vacíos. En vano me pregunto hoy por qué, cómo y a raíz de qué impulso empecé a amar la música, pero lo cierto es que en una época en que no podía definirme ni siquiera como periodista, en que mi vida eternamente problemática se mostraba más problemática que nunca, porque la vida de mi familia, de esa familia que empezaba a desintegrarse ya, que se deshizo por completo en la época de la catástrofe, que fue a parar a cárceles, países extranjeros, a la muerte, a la pobreza o, en contadas ocasiones, al bienestar, era una vida entregada a merced de otros, una vida ante la cual hube de huir siempre desde entonces, lo cierto es, digo, que ya entonces, siendo todavía un niño, por expresarlo de algún modo, no habría podido aguantar la vida, mi vida, sin la música. Creo que esa vida me preparó o, quizá debería decir, más bien, me entrenó para mi vida que vendría poco después, la de la catástrofe, la vida atenuada por la lectura y la música, una existencia que consistía en diversas vidas que se entrelazaban, se anulaban la una a la otra a discreción, se mantenían, no obstante, en equilibrio y ofrecían incesantes formulaciones. En este sentido, y sólo en éste, en el del equilibrio, el del equilibrio de las pequeñas pesas, ver y escuchar *La valquiria*, absorber *La valquiria*, sentir precipitarse sobre mí *La valquiria*, supuso hasta cierto punto, sin duda, un peligro: arrojaba un peso demasiado importante en la balanza. Además, dicho acontecimiento—la ópera de Richard Wagner titulada *La valquiria*—me alcanzó como un atentado al borde de la calle, como un ataque inesperado para el que no me encontraba en absoluto preparado. Aun así, no estaba tan desorientado como para no saber que el propio Richard Wagner escribía los libretos de sus óperas y que, por tanto, convenía leerlos antes de escucharlas. Sin embargo, no pude conseguir ni el libreto de *La valquiria* ni otros libretos de Wagner, a lo cual también contribuyó, qué duda cabe, el pesimismo provocado por mi entorno y mi letargo provocado

por dicho pesimismo, ese letargo siempre dispuesto a renunciar de inmediato, aunque añadir también que, a decir verdad, Richard Wagner era considerado un autor indeseado en la época de la catástrofe o, para ser más exactos, en la época en que Richard Wagner empezó a interesarme, de modo que sus libretos no se vendían y sus óperas no solían representarse, y hasta el día de hoy no entiendo ni sé por qué daban precisamente *La valquiria* entre todas sus óperas, y de forma bastante metódica, por otra parte. Recuerdo que vendían un llamado programa, un programa de la época de la catástrofe en el que, amén de informar—de manera catastrófica—sobre otras óperas, ballets, obras de teatro, comedias de guiñol y películas, también se daba a conocer, en cinco o seis líneas, el «contenido», como quien dice, de *La valquiria*, del que no entendí nada de nada y que a buen seguro se redactó de tal manera que nadie lo entendiera. Y como no quiero callar nada, debo añadir, en honor a la verdad, que tampoco sabía que *La valquiria* era la segunda parte de una tetralogía. Me senté, pues, en la platea de la Opera, que incluso en la época de la catástrofe seguía siendo un lugar bastante agradable y hasta solemne. Luego me ocurrió lo que me ocurrió: «... la sala entera se sumió en la oscuridad. Con un salvaje acento arrancó la obertura. Tempestad y el bramido de la tormenta; inclemencias del tiempo en el bosque. La ruda orden del dios resonó y se repitió, deformada por la ira, y el trueno irrumpió obediente. El telón se alzó como si lo hubiera abierto el viento tempestuoso. Ahí estaba la cabaña pagana, con las brasas al fuego deslumbrando en la oscuridad y la destacada silueta del tronco de fresno en el centro. Siegmund, un hombre rosado con una barba del color del pan, apareció en la puerta de madera y se apoyó acalorado y agotado en el poste. Sus fuertes piernas envueltas en pieles y correas lo impulsaron hacia delante en unos pasos que se arrastraban trágicamente. Asomando bajo las cejas y los rizos rubios de la peluca, los ojos azules estaban dirigidos de soslayo, como en una súplica, al maestro de capilla; y al fin la música retrocedió un poco y se interrumpió para dejar oír su voz, que sonó aguda y bronceada a pesar de estarla impostando entre jadeos... Transcurrió un minuto, ocupado por el flujo cantarín y revelador de la música que estaba arrojando todo su caudal a los pies de los acontecimientos. Entonces entró Sieglinde por la izquierda... Y de nuevo sus miradas se fundieron, de nuevo la profunda música languidecía allí abajo llena de nostalgia...» Sí, así fue. Aunque prestaba toda la atención con mis ojos y mis oídos, no entendía ni una palabra del texto. No tenía ni la menor idea de quiénes eran Siegmund y Sieglinde, de quiénes eran Wotan y la valquiria, ni de qué los impulsaba. «Se acercó el final. Se abrió una gran perspectiva, se planteó una intención sublime. Todo era una celebración épica. Brunilda dormía; el dios pasó sobre las rocas.» Sí, y yo salí de la Opera a la avenida Stalin, que era como se llamaba en aquel entonces. No intentaré—lo haría en vano, desde luego—describir aquí el llamado efecto artístico o la llamada vivencia artística; básicamente, me pasó—y en este caso recurro, en contra de mi sentido estético, a un símil literario—me pasó, digo, lo que a los protagonistas de *Tristán e Isolda*, otra ópera del mismo autor, Richard Wagner, de la que sólo sabía de oídas, después de que bebieran la poción mágica: el veneno penetró en lo más hondo de mí y me impregnó por completo. A partir de entonces, cada vez que daban *La valquiria*, me sentaba en la platea, la platea de la Opera de aquel entonces, y además de las representaciones de *La valquiria*, bastante escasas, por desgracia, en la época de la catástrofe, sólo encontraba un refugio para resguardarme, eso sí, con frágil provisionalidad, de aquella catástrofe generalizada, pública y personal: los baños Lukács. En esos dos lugares, de forma meramente sensorial en las aguas termales de los baños Lukács, todavía verdes en aquel entonces, y de forma sensorial y espiritual en la penumbra de la Ópera, me sumía en un ambiente totalmente distinto y vislumbraba en algunos instantes afortunados la idea de un vida privada, eso sí, lejana e inalcanzable. Aunque tal intuición ocultaba cierto peligro, como ya he señalado, yo percibía por otra parte que era irrevocable y confiaba en este sólido sentimiento como

en un consuelo metafísico: dicho con sencillez, a partir de ese momento, nunca más, ni siquiera en la catástrofe más profunda ni en la conciencia más profunda de dicha catástrofe pude vivir como si no hubiera visto ni oído la ópera de Richard Wagner titulada *La valquiria*, como si Richard Wagner no hubiera compuesto su ópera titulada *La valquiria*, como si en el mundo de la catástrofe esta ópera y el mundo de esta ópera no se alzarán como mundo. Yo amaba este mundo; el otro, tenía que aguantarlo. Me interesaba Wotan; el redactor jefe, no. Me interesaba el enigma de Siegmund y Sieglinde; el del mundo que me rodeaba, el del mundo de la catástrofe real, en cambio, no. Lógicamente, en aquel entonces no lo formulaba con tal sencillez, puesto que no era ni podía ser tan sencillo. A mi juicio, cedía demasiado al terror de la llamada realidad, que luego demostró ser la realidad sin salida de la catástrofe, el mundo único e incuestionablemente real. Y si bien yo—después de *La valquiria*, a través de *La valquiria*—ya era consciente también, de forma indiscutible, de la realidad del otro mundo, sólo sabía de él de manera secreta, o sea, contraviniendo de alguna manera las leyes, con una conciencia indiscutible, pero culpable. Creo que por aquel entonces no sabía que esa conciencia secreta y culpable era, en el fondo, la conciencia de mí mismo. No sabía que la existencia siempre habla de sí misma en forma de una conciencia secreta y culpable y que el mundo de la catástrofe era, en el fondo, un mundo que intensificaba esta conciencia secreta y culpable hasta la autonegación, que sólo premiaba la virtud de la autonegación, que sólo ofrecía la salvación en la autonegación, o sea, que era, en cierto sentido, se mirara como se mirara, un mundo religioso. No veía yo, pues, ninguna relación entre el mundo catastrófico de *La valquiria* y el mundo catastrófico real, aunque poseía conocimientos incuestionables sobre la realidad de ambos mundos. Simplemente, no sabía cómo superar el abismo que separaba ambos mundos o, para ser preciso, no sabía cómo superar la disociación de la conciencia, al igual que no sabía por qué percibía como tarea—más o menos difusa, más o menos dolorosa, más o menos esperanzadora—, la de superar un determinado abismo o, para ser preciso, una disociación de la conciencia. «... Miró hacia la orquesta. En comparación con la atenta sala, el foso estaba plétórico de luz y actividad, de manos que tocaban, brazos que rascaban y mejillas hinchadas, de gente sencilla y afanosa que ejecutaba servicialmente la obra creada por una fuerza grande y apasionada, esa misma obra que se estaba reflejando ahí arriba en rostros de infantil elevación... ¡Una obra! ¿Cómo se hacía una obra? Se formó un dolor en su pecho, un ardor o una tirantez, algo parecido a un dulce apremio. Pero un apremio ¿hacia dónde? ¿Por qué? Todo resultaba tan oscuro, tal ultrajantemente confuso... Estaba sintiendo dos palabras: creatividad..., pasión... Y mientras el acaloramiento le latía en las sienas, tuvo la nostálgica idea de que la creatividad procedía de la pasión, cuya forma volvía a adoptar de nuevo tras haber creado. Vio a aquella mujer blanca y fatigada rendida sobre el regazo del fugitivo al que se había entregado, vio su amor y su necesidad y sintió que la vida, para ser creativa, tenía que ser así...» Leí estas palabras como quien lee por vez primera en su vida, como quien se encuentra por vez primera con palabras, con palabras dirigidas única y exclusivamente a él, palabras secretas que sólo él podía entender, y me ocurrió lo mismo que cuando vi por primera vez *La valquiria*. Este libro—el de Thomas Mann titulado *Sangre de Welsungos*—hablaba de *La valquiria*, el propio título ya lo revelaba. Empecé a leerlo con esperanza de saber algo de *La valquiria*... y lo acabé estremecido y asombrado, como si me hubiera enterado de algo relativo a mí mismo, como si hubiera leído una profecía. Todo coincidía: *La valquiria*, el secretismo, la angustia... Todo. Llegado a este punto, he de señalar que pasaron años entre la primera audición o irrupción en mí de *La valquiria* y la primera irrupción en mí de este librito, años que, dicho sea con brevedad, fueron agitados. Y para aclarar mi anterior aseveración de que «todo coincidía», me veré obligado a desviarme un poco y esbozar al menos las circunstancias de mi vida en aquel entonces, sobre todo para orientarme yo

misimo en el entramado de la época y de sus acontecimientos, y para no perder el hilo de esta historia, la historia de la bandera inglesa. El libro—*Sangre de Welsungos*—fue a parar a mis manos después de que, una hermosa mañana de verano, mi futura esposa y yo, ayudados por un buen amigo, atravesáramos media ciudad desde la antigua calle Lónyai, luego Szamuely y a continuación nuevamente Lónyai tirando de una carretilla de cuatro ruedas y una lanza, que llevaba encima, dicho sea sin ambages, todas las pertenencias de nuestro incipiente hogar. Ocurrió por las fechas en que nuestro cuarto, situado en la calle Lónyai o, mejor dicho, Szamuely, en el que mi futura esposa y yo vivíamos como realquilados, empezó a volverse tan insoportable como inhabitable. Había conocido a mi futura esposa a finales del verano anterior, cuando acababa de salir del campo de internamiento donde había pasado cinco años por el motivo de siempre, o sea, ninguno. Por aquellas fechas, mi futura esposa vivía en la cocina de una vieja amiga, donde dicha amiga la acogió provisionalmente porque otra persona residía en la vivienda de mi futura esposa. Esta persona—una mujer (la señora de Solymosi)—ocupó la vivienda justo después de la detención de mi futura esposa y lo hizo en circunstancias sumamente sospechosas—o, si se prefiere, sumamente habituales—, por mediación precisamente de la autoridad que detuvo a mi futura esposa sin ninguna justificación, es más, sin siquiera un pretexto. En el instante mismo, por así decirlo, en que se enteró de la liberación de mi futura esposa, la susodicha (señora de Solymosi) se dirigió (mediante carta certificada) a mi futura esposa exigiendo que trasladara de inmediato a su alojamiento actual (o sea, a la cocina de la vieja amiga que la alojaba provisionalmente) los muebles que guardaba de forma ilegítima en la legítima vivienda de ella (de la señora Solymosi). Más tarde, cuando mi futura mujer recuperó su vivienda después de un arduo proceso judicial pero sobre todo gracias a ciertas circunstancias imprevisibles, por así decirlo, o al azar de un momento favorable, encontramos entre los trastos olvidados, libros y demás cachivaches, un montón de papelitos sujetos con un clip y plagados de palabras escritas con pulcra letra femenina, que no dudo en citar, bajo el título de «Apuntes para una denuncia» o «Fragmentos de una denuncia», como simple apéndice de unos autos de procesamiento o, quizá, de una estética de la catástrofe: «Presentó diversas denuncias contra mí en el Consejo y en la policía, que si me había mudado sin ningún derecho a su vivienda, que si se la había robado... Pensaba que me asustaría con sus difamaciones y que yo renunciaría a la vivienda y se la cedería... La vivienda me ha sido asignada por una resolución en firme y sus muebles nada tienen que hacer en ella... Muebles: 3 armarios grandes, 1 sofá de esquina, 4 sillas... Que las lleve a un almacén, que yo no he estado obligada a conservarlas durante este 1 ½ año...» A continuación vienen unas fechas apuntadas, según todos los indicios, para ser recordadas: «17.10.1952 solicitud, 29. 10. asignación, 23. n. apertura de la puerta, inventario, 15. n. mudanza, 18. 11. ÁVH» (es decir, la «Autoridad de Defensa del Estado», o sea, la policía secreta), «Consejo = ÁVH, ÁVH 2 x = sin respuesta, secretaría d Rákosi... Septiembre de 1953, la señora de V.» (o sea, mi futura esposa)... «Señora de V. Por la mañana... Pedí, por carta certificada, que se llevara los muebles... He de guardar mis muebles en el sótano porque cuido de los de ella... La ropa [sucia] está toda amontonada en sus armarios, sellados por ÁVH, no se puede ventilar... Aduce no tener vivienda, estar alojada en casa de unos conocidos. O sea, que ¿no necesita las cosas que están en sus armarios? La señora tiene talento para actuar y hasta sabe llorar si es necesario, pero estoy harta de eso y no aguanto sus muebles en mi casa...» Tuvimos que pasar, pues, en diversos alojamientos provisionales ese invierno catastrófico que enseguida entró con una ola de frío de entre veinte y veinticinco grados bajo cero, en la ya mencionada cocina de la amiga de antaño, por ejemplo, en el gabinete de unos parientes lejanos que sólo nos lo cedieron, haciendo hincapié en ello, de forma pasajera, en un cuarto realquilado, sumamente desagradable y memorable, además, por el gélido retrete situado en la galería, y así

sucesivamente, hasta que nos cayó, por casualidad, el milagro, también provisional, del cuarto realquilado de Bessie, la antigua encantadora de serpientes, en la calle Lónyai o, si se prefiere, Szamuely. Hoy ya no importa ni el cómo ni el porqué de dicho milagro, aunque en esta historia—la de la bandera inglesa—no puede faltar el mediador terrenal del milagro celestial, un hombre conocido como Bandi Faragó en los cafés y locales de diversión de la calle Nagymező, un señor de sienes plateadas vestido de una manera poco idónea para la época—de la catástrofe—y para las circunstancias—catastróficas—, pues llevaba por aquellas fechas un aristocrático sombrero verde de cazador, una abrigo de piel corto y trajes deportivos al estilo inglés, su rostro resplandecía con todos los colores de un bronceado en ese invierno pálido como la muerte y, por lo demás, se dedicaba única y exclusivamente a la profesión de caballero de industria y estafador de bodas, según decían, lo cual demostró ser cierto al cabo de unas décadas cuando me enteré con auténtico y mudo estremecimiento, por una revista que acababa de comprar para entretenerme (puesto que, a decir verdad, las llamadas noticias no me interesaban), que había fallecido en una conocida cárcel para delincuentes comunes, en la cual, decían, siempre lo esperaban una celda, una bata y unas pantuflas, incluso en los días que pasaba en libertad. Y resulta que, en una de las cafeterías de la zona de la calle Nagymező, en una cafetería al menos bien caldeada por el Estado, abierta hasta altas horas de la noche por el Estado, barata, ruidosa, musical, sucia, penumbrosa, convertida en refugio ilegal, nocturno y diurno, de toda clase de marginados, donde mi futura esposa y yo residíamos, por así decirlo, de forma provisional, en vez de hacerlo en nuestra vivienda también provisional, este hombre se nos acercó inopinadamente en algún momento de la tarde y, sin apenas conocernos, se dirigió a mí con la siguiente frase: «Me he enterado, hijo, de que buscáis un cuarto realquilado.» A mi respuesta afirmativa, pero apática y refractaria a cualquier esperanza, preguntó: «Pero entonces, querido hijo, ¿por qué no hablasteis conmigo?» Lo dijo con un tono de reproche y desconcierto tan evidente y profundo que me quedé sin palabra, avergonzado. Después, cuando fuimos a la dirección indicada en la calle Szamuely, donde nos abrió la puerta una dama ya mayor, con garbo—como habría dicho quizá Gyula Krúdy—, de rizos amarillos que emergían bajo un turbante verde, de rostro un tanto rígido por la gruesa capa de maquillaje, pantalones bombachos de seda plagados de signos estelares y geométricos, que, sin contentarse con una referencia oral, no nos dejó dar ni un paso en su vivienda hasta que miró el papelito escrito por el señor Bandi Faragó de su puño y letra, en el cual pudo ver también la firma autógrafa del mismo señor Bandi Faragó. Así pues, cuando la dama nos introdujo, a mi futura esposa y a mí, en el cuarto en alquiler, una habitación que hacía esquina, amplia y con mirador, cuyos muebles dominantes eran una cama para un mínimo de cuatro personas, o sea, decididamente sobredimensionada, un espejo colocado frente a ella, así como una lámpara de pie que tenía la pantalla cubierta con toda clase de billetes caducados—incluso los de un millón y un billón de *pengo*, ni siquiera tan antiguos—y que irradiaba, por tanto, una luz mística, mi futura esposa y yo no dudamos ni un instante de la función originaria de tal habitación. Lo más probable (y, por tanto, la explicación del milagro) era, por lo visto, que la utilización del cuarto según su destino originario—incluso, quizá, debido a una denuncia en curso—no resultaba por de pronto lo más conveniente en aquella época. Esto podía cambiar en primavera. En el invierno, sin embargo, aún pudimos echar un vistazo al pasado de nuestra casera, pudimos verla en su juventud, con turbante de seda y pluma de avestruz, con una serpiente gigante alrededor de su cintura en algún night-club de Orán, Argel o Tánger, lo cual parecía sumamente inverosímil en ese catastrófico cuarto realquilado de la calle Lónyai o, mejor dicho, Szamuely, en el invierno, digo, aún pudimos tener en la mano y admirar, como si de un rito se tratara, una gran cantidad de reliquias, todas ellas igualmente inverosímiles; luego, no obstante, el estado de ánimo cada vez más ensombrecido de la encantadora

de serpientes dejó entrever a las claras que, al margen de los sentimientos hostiles que con el tiempo surgen en el hombre contra el hombre, ella no era guiada por los fines sin objeto fijo de un odio trascendental, sino por un objetivo absolutamente práctico y tangible: quería recuperar la habitación, puesto que abrigaba otros planes al respecto, probablemente más lucrativos. Procuraré pasar lo más rápido posible por estos detalles, que sólo pueden relatarse en un espíritu, el de la formulabilidad, que desde luego no es en absoluto idéntico al verdadero espíritu de estos detalles o, dicho de otro modo, a la forma en que vivía y experimentaba la realidad; esto demuestra a la perfección el telón de acero que separa la formulación de la existencia, que separa al narrador de sus oyentes, que separa al hombre del hombre y, por último, el infranqueable telón de acero que separa al hombre de sí mismo. Tomé conciencia de todo ello cuando leí estas palabras: «vio... su necesidad y sintió que la vida, para ser creativa, tenía que ser así...» De pronto, dichas palabras me hicieron tomar conciencia de mi vida, a la luz de esas palabras vi de pronto mi vida, esas palabras—tal era mi sensación—cambiaron mi vida. Encontré ese libro que barrió de un día para otro las brumas de mis formulaciones, que las hizo desaparecer de la superficie de mi vida, para que la contemplara cara a cara, con los colores frescos, sorprendentes y audaces de la seriedad, lo encontré, digo, entre los trastos olvidados, los ya mencionados papelitos de la denuncia, algunos novelones deshojados sobre obreros ejemplares y partisanos y novelas de amor del año de la pera, como algo totalmente inadecuado para el lugar, como algo totalmente improbable, como un milagro dirigido únicamente a mí, pues de eso estoy convencido hasta el día de hoy. Con este libro—tenía yo la sensación—empezó la radicalización de mi vida, cuando mi forma de vida y su formulación no podían contradecirse de ningún modo. Por aquellas fechas llevaba yo tiempo ya sin ser periodista, ni era yo un obrero; por aquellas fechas me sumergí en mis estudios, que entonces parecían ilimitados, que consideraba ilimitados y que quería que fuesen ilimitados, pudiendo permanecer meses enteros apartado de mis trabajos ocasionales gracias a una enfermedad orgánica congénita sin que ese modo de vida, que desde luego encajaba perfectamente con el delito de «holgazanería peligrosa para la comunidad», corriera ningún peligro inmediato. Todo ello me llenaba en aquel entonces por completo y despertaba en mí una sensación de elevación y de deber. Creo que por aquellas fechas conocí la experiencia de la lectura, una experiencia de la lectura que no puede compararse con nada y menos aún con eso que se considera y se define como experiencia lectora, conocí esos ataques de la lectura, ese frenesí de la lectura que, en el mejor de los casos, nos afecta una o dos veces en la vida. Por aquellas fechas se publicó otro libro del autor de *Sangre de Welsungos*, un volumen de ensayos que contenía el ensayo dedicado a Goethe y Tolstói, cuyos títulos de los capítulos, tales como «Cuestiones de rango», «Enfermedad», «Libertad y distinción», «Gracia de la nobleza», etcétera, casi me trastornaron el juicio. Recuerde que por aquellas fechas leía el libro en todas partes y en todo momento, llevaba el ensayo sobre Goethe y Tolstói en todas partes y en todo momento bajo el brazo, me subía con el ensayo sobre Goethe y Tolstói al tranvía, con él entraba en las tiendas, con él vagabundeaba por las calles. Así me dirigí a primera hora de la tarde, en un hermoso día de otoño, al Istituto Italiano di Cultura per l'Ungheria, donde entonces estudiaba italiano movido por una sed de saber ilimitada, y, mientras atravesaba la ciudad, observé los pasmosos acontecimientos de aquel día que luego se convertiría en memorable, y hasta participé, en cierta medida, como espectador de los hechos de aquel día del que ni yo ni nadie podía intuir siquiera que llegara a crecer hasta convertirse en una fecha memorable. Me asombré un poco, recuerdo, al doblar del Múzeum kórút a la Sándor Bródy utca, normalmente desierta, para enfilarme hacia el palacio del Istituto Italiano, construido en su día para albergar la cámara de representantes de Hungría. Sea como fuere, la clase empezó. Al cabo de un rato, sin embargo, el ruido de la calle penetró en el aula a pesar de las ventanas cerradas. El *signore* Perselli,

el elegante *direttore* de bigote negro como el azabache, quien a lo sumo se ponía nervioso por la torpe pronunciación de la palabra *molto* cuando, en alguna ocasión, visitaba la clase, y que demostraba entonces cómo debía pronunciarse, con suavidad italiana, con una «o» larga y cerrada al principio y una «o» breve al final, mientras la lengua se retiraba hacia atrás para enfatizar las consonantes intermedias, de modo que sonaba casi como *moolto*, el *signore* Perselli, digo, irrumpió esta vez con verdadera agitación en el aula e intercambió con nuestro profesor unas palabras de preocupación diplomática, sin duda, y siguió su camino rumbo a las demás aulas. Acto seguido estábamos todos en alguna ventana. En el crepúsculo que caía poco a poco, vi perfectamente que enfrente, a la izquierda, se disparaban cohetes verdes desde el edificio de la radio, que pasaban volando sobre las cabezas de la oscura, nerviosa y agitada multitud. En ese mismo momento, tres camiones abiertos doblaron la calle procedentes de la otra dirección, del Múzeum kórút, y desde arriba pude ver perfectamente, sentados en unos bancos, a los soldados de la milicia que llevaban la insignia de los cazadores de frontera y apretaban los fusiles entre las rodillas. En la superficie de carga del primer vehículo, apoyado en la cabina del conductor, había un teniente, su comandante, sin duda. La multitud calló, les abrió paso, y volvieron a oírse los murmullos. Llegado a este punto, no quiero citar, porque sería superfluo, las palabras sin duda patéticas que se empezaron a gritar desde abajo a los soldados, y que realmente sólo pudieron tener un efecto patético en ese instante álgido del patetismo. Los vehículos ralentizaron la marcha en medio de la densa muchedumbre y se detuvieron. El teniente se volvió atrás y alzó la mano. En eso, el último camión empezó a retroceder, pronto seguido por los otros dos, y acompañados todos por el júbilo de la multitud. En ese momento, nos avisaron a los huéspedes capaces de manifestar emociones o impulsos y convertidos de pronto, sin duda, en seres molestos desde el punto de vista de la diplomacia italiana, situada al margen y por encima de los hechos, nos avisaron, repito, que nos reuniéramos en la planta baja, donde la larga bóveda neorrenacentista de la entrada. La pesada puerta de hierro, de dos batientes, permanecía atrancada por dentro con una barra también de hierro. Allí nos apretujábamos, entre las voces que se filtraban desde fuera y los vigilantes del edificio apostados detrás de nosotros en estado de alerta, hasta que el corpulento portero del Istituto, obedeciendo sin duda a una indicación, retiró la barra de hierro y abrió con una rápida maniobra la puerta, por la que todos—entre sesenta y ochenta personas—salimos a la calle ya sumida en el crepúsculo, como respondiendo a una enérgica presión desde atrás, y fuimos a parar al remolino de voces que oscilaban entre los edificios, a ese torbellino de movimientos agitados, de pasiones irrefrenables y de acontecimientos inabarcables. En los días siguientes, mi atención se dividió entre el ensayo sobre Goethe y Tolstói y los tormentosos acontecimientos del exterior; para ser exacto, la promesa secreta e in formulable inherente al ensayo sobre Goethe y Tolstói, a su comprensión gradual y luego a su aceptación se relacionaba de manera extraña pero palmaria con la promesa inherente a los acontecimientos del exterior, igualmente in formulable, igualmente incierta, pero más amplia. No podría decir que esos acontecimientos que se produjeron en el exterior disminuyesen mi interés por el ensayo sobre Goethe y Tolstói; al contrario, lo intensificaron. Por otra parte, tampoco puedo decir que, mientras me sumía plenamente en el mundo del ensayo sobre Goethe y Tolstói y en los estremecimientos anímicos y espirituales de su vivencia, percibiera sólo distraídamente y a medias los hechos que se producían en la calle: no, esto no se corresponde en absoluto con la verdad. He de señalar, más bien, que, por extraño que parezca, los hechos que se producían en la calle justificaban mi intensa atención centrada en el ensayo sobre Goethe y Tolstói; los hechos que se producían en esos días en la calle conferían un sentido real e irrefutable a mi intensa atención centrada en el ensayo sobre Goethe y Tolstói. El tiempo se volvió del todo otoñal; vinieron días más calmados; también desde abajo, claro está, pero sobre todo al

mirar por la ventana, veía que la calle había cambiado mucho: los cables del tranvía caídos serpenteaban entre los raíles, los letreros de las tiendas colgaban agujereados por los balazos, aquí y allá se veían los cristales rotos de las ventanas y los recientes impactos de las balas en el revoque descascarado de los edificios; en las aceras de la larguísima calle, apretadas hileras de personas llegaban hasta la lejana curva, y muy de vez en cuando algún coche particular o camión se desplazaba a gran velocidad por la calzada vacía, siempre con algún distintivo, a más chillón, mejor. De repente apareció un coche similar a un jeep. Su capó estaba todo cubierto por los colores británicos, azul, blanco y rojo: una bandera inglesa. Pasó a una velocidad demencial entre la multitud oscura apostada en las aceras a ambos lados de la calle, y la gente empezó a aplaudir, primero de forma aislada, luego cada vez más nutrida, sin duda como muestra de simpatía. Yo ya sólo veía desde atrás el coche que pasó a toda velocidad: y en ese instante en que los aplausos parecían arreciar y, por así decirlo, engordar, una mano emergió de la ventanilla izquierda del vehículo, de manera titubeante y casi a regañadientes al principio. Estaba embutida en un guante de color claro, que no vi de cerca, pero que supongo de ante; probablemente para agradecer los aplausos, osciló una o dos veces en paralelo a la dirección del coche. Era un saludo, un gesto amistoso, una señal de afecto tal vez; sea como fuere, contenía una aprobación sin reservas y, de paso, la firme certeza con que ella, esa mano enguantada, no tardaría en tocar la barandilla, camino del avión al pavimento de hormigón, cuando regresara al lejano país de las islas. A continuación, vehículo, mano y bandera inglesa, todos juntos, desaparecieron en la curva y los aplausos se fueron mitigando poco a poco.

Hasta aquí, pues, la historia de la bandera inglesa. «A Johnny le hacía muchísima ilusión este combate, y ni él ni Brattström compartían la congoja que yo sentía», leí poco después en el riguroso invierno que siguió y en el que volvió a aparecer mi ya mencionada enfermedad en forma de una voraz fiebre lectora o mi voraz fiebre lectora en forma de la ya mencionada enfermedad. «Volvió a asegurar, formando, a su encantadora manera, la “r” muy adelante en el paladar, que los dos se pelearían en serio y como enemigos; luego ponderó con una objetividad una tanto humorística y burlona las posibilidades de victoria... Fue el primero en transmitirme alguna impresión de la particular superioridad del carácter nacional inglés, que más tarde aprendí a apreciar especialmente...», leí.

Huelga añadir quizá un detalle que, por lógica, forma parte de la historia: en la misma curva en que desapareció la bandera inglesa fueron apareciendo al cabo de unos días, viniendo de la dirección contraria, los tanques. Tambaleándose casi por las prisas, el nerviosismo y el temor, se detenían por un instante en la curva y, aunque todo, la acera, el barrio, la ciudad, estuviera desierto y no hubiese nadie por ningún sitio, los tanques, como queriendo adelantarse hasta a un posible pensamiento, soltaban cada vez un único disparo antes de proseguir su marcha. Como la posición de tiro, la dirección y la trayectoria del proyectil eran siempre las mismas, en cada ocasión acababan destrozando aún más, si cabía, las ventanas, los muros y las paredes de una habitación de un viejo edificio modernista, de tal manera que el vacío que allí se veía acabó semejando la boca de un muerto, abierta en su último momento de asombro, de un muerto, para colmo, al que ahora le arrancaban incluso los dientes.

Aquí sí que acaba la historia de la bandera inglesa, historia triste y, además, carente tal vez de importancia. Jamás se me habría ocurrido narrarla si aquel grupo de amigos, integrado sobre todo por antiguos alumnos que se habían reunido para festejar mi cumpleaños, un número de años bastante redondo, a decir verdad, no me lo hubiera pedido encarecidamente mientras mi esposa nos preparaba en la cocina los platos con fiambres y las bebidas. «Siendo más jóvenes», decían, carecían de «experiencias primigenias», sólo habían conocido y escuchado historias de hazañas e historias de



terror y quizá también historias de hazañas y terror; el cumpleaños era algo bonito, decían, pero teniendo en cuenta las oscilaciones de mi presión sanguínea, mi pulso que a lo sumo llegaba a los cuarenta y ocho por minuto y que podía calificarse, por tanto, de «revolucionario», el marcapasos que tarde o temprano me resultaría imprescindible, teniendo en cuenta, pues, que también yo, dicho sin ambages, me llevaría a la tumba mis historias y vivencias, mi experiencia de vida a pesar de que apenas quedaban ya testigos creíbles e historias narrables, ellos, decían, la «generación», para expresarlo de algún modo, se quedarían aquí con sus saberes y conocimientos amplios y objetivos, sí, pero del todo esquemáticos y faltos de vida... Y así sucesivamente. Me apresuré a tranquilizarlos, asegurándoles que eso no suponía ninguna carencia, que, más allá de la anécdota, toda historia y la historia de cada cual coincidían en ser esencialmente iguales y que esas historias esencialmente iguales eran, en efecto, todas historias de terror, y que la historia ya era desde hacía tiempo esencialmente una historia de terror. Cómo podía ser entonces, preguntaron, que en el transcurso de mi historia de terror pudiese narrar vivencias anímicas y espirituales como las que acababa de contar, y dónde había quedado, preguntaron también, la continuación de aquello que llamé la «tarea», y si había renunciado a ella, inquirieron; de mi historia dedujeron, además, algo que siempre habían intuido y supuesto respecto a mi persona, concretamente que, limitándome de manera gris a mi ámbito más estrecho, había vivido una existencia reducida, cuando, de hecho, podría haber llevado una vida intelectual y podría haber sido creativo en dicho ámbito, en una palabra, preguntaron, cuándo y por qué se produjo esa «fractura» en mi llamada «carrera». Como respuesta, me limité a expresar mi asombro, pues quedaba demostrado que había contado en vano la historia de la bandera inglesa, que ellos, hijos de la devastación, no entendían, por lo visto, ni podían entender que la destrucción de la guerra total sólo alcanzaba el grado de devastación absoluta y perfecta mediante la paz total. Sólo un comentario respecto a la vida intelectual: si casualmente hubiera llevado una vida intelectual, lo habría hecho al precio de la autonegación, esto es, habría llevado una vida intelectual en apariencia; es decir, tanto si hubiera elegido una vida intelectual como si hubiera elegido la renuncia a ella, habría elegido única y exclusivamente la autonegación. Así pues, considerando que no me entenderían ni podrían entenderme, traté de explicarles que no había «renunciado» en absoluto a aquello que definí como mi tarea, esto es, que no existiera contradicción o, cuando menos, contradicción radical entre mi forma de vida y su formulación. Les cité unas palabras del gran filósofo de la historia Wilhelm Dilthey, al que ya intenté dar a conocer—en la medida de lo posible, en la medida de lo permitido—a mis antiguos alumnos cuando todavía estudiaban: «La comprensión presupone una vivencia, y la vivencia sólo se convierte en experiencia de vida por el hecho de que la comprensión sale de la estrechez de la subjetividad y pasa a la región de la totalidad y de lo general.» Eso creía haber hecho. Comprendí que aquí sólo podía crear en la autonegación, que la única creación posible en el mundo de aquí era la autonegación en tanto creación. Tal vez me expresara de manera radical, pero daba lo mismo porque de todos modos no me entendieron: les dije que con esto, con esta conciencia consecuente, viví, comprendí y cumplí la experiencia moralmente obligada de la vida—de la vida de aquí—y que mi vida era en este sentido una vida que daba testimonio: me sentía, por tanto, tranquilo. Les recordé las formulaciones citadas en la historia, en la historia de la bandera inglesa: «He venido a dar testimonio de la verdad» y «Yo era Ernó Szép». No existe aprendizaje más definitivo ni experiencia más perfecta. Otra cosa es saber, pensé luego, para qué es esto, para qué es precisamente esto... ¿Para qué la experiencia? ¿Quién ve a través de nosotros? Vivir, pensé, es un favor que le hacemos a Dios. Y mientras la atención se centraba en los platos que llegaban y en las copas que se alzaban y chocaban para festejar mi cumpleaños, pensé, no precisamente con impaciencia, pero sí con cierto alivio colmado de expectativa, que ya no tendría

que vivir ni comprender ese prometedor futuro con que hoy en día nos amenazan por doquier.

(1991)

## DE VISITA

**E**L dueño de la casa—un individuo de apellido complicado y de nombre de pila Hermann—charlaba sin sospechar nada: por lo visto, aún daba por sentado que su huésped no era más que un colega, un señor concentrado en fumar su pipa (objeto incómodo, pero en ocasiones, hemos de reconocer, imprescindible) y en examinar en silencio el rostro de su interlocutor. No veía en él nada particular: era la cara de un hombre de mediana edad, radiante de imperturbable autoconfianza, de forma ovalada, nariz y boca normales, pelo castaño y ojos azules. Al principio no podía determinarse con precisión si su cháchara sólo ocultaba al típico intrigante o era simple ingenuidad e infantilismo: tendía más bien a esta segunda hipótesis, aunque la diferencia era deleznable, pensó. Volvió a echarle un vistazo: ¿creía el hombre seriamente que había conseguido cortar de una vez por todas los hilos a sus espaldas? Daba igual, pues pronto se daría cuenta de que no pueden cortarse y de que tarde o temprano debería declarar como cualquier testigo.

Aún le regaló un minuto, un solo minuto de tranquilidad sin nubarrones. Prestó atención a su cháchara: hablaba de su empleo o, para ser exactos, de los problemas de su empleo, con la confianza debida a un colega, que no a un cómplice, y hacía como si estos problemas le causaran unas tremendas preocupaciones o, dicho de otro modo, como si no existiera preocupación alguna en el mundo. Un hombre listo, pensó el huésped, muy listo: no será fácil romper su resistencia, desde luego. Contempló el escenario: estaban los dos en un rincón de la habitación, sentados en sendos sillones de piel verde y crujiente junto a una mesita, al tiempo que las señoras se probaban zapatos en el otro rincón, poniéndoselos la una a la otra, sumidas por completo en esa chifladura femenina. Pues sí, ya era hora de ponerse a trabajar.

Se quitó la pipa de entre los labios e interrumpió al dueño de casa con una falta de amabilidad tan serena como calculada. Acto seguido desveló con una única y concisa frase su identidad, y expuso el objetivo de su misión y del examen que se proponía llevar a cabo: Hermann palideció un poco. Recobró el aplomo de inmediato, sin embargo, lo cual era de esperar: la inopinada declaración lo pillaba desprevenido, en cierto modo, dijo, puesto que hasta el momento todas las señales apuntaban a que su huésped, el señor colega, sólo había acudido a la ciudad para participar en el congreso especializado que acababa de concluir, de manera que por de pronto no sabía qué decir, tratándose, además, de una hora tan tardía...

—Y después de tantos años—terció el huésped.

—Así es, no lo niego—respondió Hermann—. Pero sobre todo me interesaría una cosa: ¿estoy obligado a responder a sus preguntas?

—No—sonó la rápida contestación—. A usted sólo le son aplicables sus propias leyes. Es imprescindible que lo sepa e imperdonable que no se lo haya dicho de entrada.

Hermann se lo agradeció; sólo quería saber eso, dijo. Y, con una sonrisa, mostró su disposición a declarar como testigo, de forma voluntaria e independiente, como bien podría comprobar su huésped. Así es, contestó éste, aunque quizá no con la solemnidad que habría esperado Hermann como respuesta a su generoso gesto. Por lo visto, el huésped, sorprendentemente seguro de sí mismo, consideraba que Hermann testimoniaría de todos modos. Esto era, en efecto, lo

desconcertante: que no preguntara nada, que siguiera allí sentado con total tranquilidad, fumando su pipa con un gesto que parecía de aburrimiento.

Al cabo de un rato, Hermann rompió el silencio. Preguntó qué interesaba, de hecho, a su huésped. ¿Quería plantearle algunas preguntas de carácter personal tal vez?, insistió en vista de que el otro demoraba la respuesta como si aún le diera vueltas a algo. ¿Quería cerciorarse de lo que él, Hermann, sabía?, continuó con una ligera sonrisa que anticipaba una reacción comprensiva.

—Por supuesto—respondió el huésped—. Le escucharé encantado. Siempre y cuando tenga usted ganas de hablar, claro está.

—¿Por qué no?—dijo Hermann, encogiéndose de hombros.

Al fin y al cabo, continuó, no tenía nada que esconder. Por consiguiente, tampoco tenía mucho que contar, añadió. Lo cierto es que había oído del asunto. Sabía, además, que había ocurrido en los alrededores. Un asunto doloroso, tanto que hasta dolía mencionarlo. Él, desde luego, no le había prestado mucha atención en su momento. No quería cargar a su huésped con explicaciones: sea como fuere, uno de los motivos consistía en que aún era casi un niño por aquellas fechas, lo cual no suponía ninguna excusa, pero sí una circunstancia que quizá podía servir de explicación. Claro que le había llegado esto y aquello a los oídos, se había enterado de que algo ocurría; a pesar de los numerosos obstáculos—es más, precisamente a raíz de la marcada presencia de estos—era imposible no enterarse de ciertas cosas, aunque no quisiera. Quien afirmara lo contrario era un falso testigo. Los detalles y las dimensiones, en cambio, o, dicho de otro modo, el asunto en sí, sólo empezaron a perfilarse con nitidez más tarde.

Llegado a este punto, Hermann calló un momento. Quizá con la intención de encontrar por fin algún apoyo sólido, juntó en torno a las rodillas—que, tal como permanecía sentado, estaban bastante altas—las ágiles manos que parecían acompañar cada una de sus palabras con un ademán explicativo. Se oyó con claridad el ligero crujido de los nudillos antes de que volviera a hablar.

Podría haber actuado como otros, que nunca se ocuparon del asunto: ¿quién se lo habría reprochado? Pero, continuó, algo no lo dejaba tranquilo, algo lo impulsaba, algo ardía en él, la curiosidad, pero no era eso, no era la palabra exacta, y tampoco había allí lugar para la vergüenza. ¿Se podía hablar, por tanto, de obligación, de la torturante obligación de saber? Inició una febril labor de investigación: buscó hechos, sobre todo hechos incuestionables, para poder ver con claridad. Reunió documentos, consiguió pruebas, acumuló todo un archivo: tenía qué mostrar a su huésped. Ya sólo quedaba trabajar toda esa ingente cantidad de pruebas, pero... Llegados a este punto, Hermann lanzó un profundo suspiro, se reclinó en el asiento sin soltar las rodillas y cerró por un instante los ojos como si lo molestara la intensa luz de la lámpara.

—Pero—continuó—las hipótesis ya nos llevan bastante lejos, demasiado lejos. Uno imagina cosas: no puede evitarlo. Y aunque estos pensamientos no provengan de uno mismo... no sé cómo decirlo... ¿Me entiende? Vamos a ver... hay allí algo aterrador. Algo se agita en el interior de uno... Es una sensación que no sé cómo describir, así a la primera... Me temo que no soy lo suficientemente claro...

Volvió a callar y lanzó una mirada titubeante al huésped, y aunque éste se abstuvo de influir mediante alguna observación, Hermann pareció leer alguna señal de estímulo en su rostro puesto que continuó de la siguiente guisa:

—Quizá—dijo—el hecho de que sea posible. Sí, que nos figuremos lo imposible y de pronto nos percatemos de que... de que es posible. Ahora—añadió con expresión febril—, ahora creo que he conseguido captar esa sensación—. Se inclinó hacia delante, acercándose al huésped todo lo que pudo, con los ojos iluminados de una manera especial y con la voz que se había vuelto susurrante—:

La posibilidad, ¿me entiende? Nada más, la mera posibilidad. Y el hecho de que lo que ocurre sólo una vez, lo que le ocurre sólo a un hombre, haya cruzado las fronteras de la posibilidad y se haya convertido en realidad, en la ley de la realidad...—Calló, mirando casi abatido al vacío, pero luego volvió a alzar la mirada todavía un tanto desconcertada hacia el huésped—. No sé si entiende usted a qué me refiero...

—Claro que lo entiendo—asintió el huésped—. Es una idea interesante. Y, probablemente, acertada, porque de qué nutriríamos nuestra eterna angustia si no nos sintiéramos todos un poco partícipes del mal universal.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Veo que me entiende usted perfectamente!—exclamó Hermann, estirando la mano hacia el huésped en un repentino arranque de entusiasmo y retirándola de nuevo al no hallar una respuesta a ese gesto efusivo—. ¡Me alegra que nos hayamos encontrado, me alegra que esté usted aquí! ¡Es más, debería haber venido antes!

—Era imposible—se excusó el huésped.

—¡Podríamos haber hablado largo y tendido! Durante un tiempo lo esperé con ansia... Esperaba su llegada todos los días, por así decirlo.

—Lo siento, pero sólo ha podido ser ahora—se disculpó el huésped.

—Es una lástima. Ahora ya da lo mismo, pero igual es una lástima—. Hermann recuperó poco a poco el dominio de sus sentimientos, sus palabras volvieron a recolocarse en un orden coherente, como los bloques de piedra de una construcción—. Pues sí—dijo—, una carga tan pesada y tan pocas posibilidades de realizar un acto único y decisivo.

Había reflexionado mucho, añadió, le había dado vueltas a la pregunta: qué hacer más allá de lo que uno, de todos modos, hace a diario. A decir verdad, no había llegado a resultados importantes. Luego tuvo que prestar la atención a las otras exigencias de la vida: ascendió luchando desde abajo, estudió, se creó una posición y fundó una familia. Bastante esfuerzo le había costado llegar a su situación actual, desde luego. No quería que su huésped lo malinterpretara y entendiera sus palabras en el sentido de que hubiera aparcado el asunto de forma definitiva: no. Estaba, evidentemente, deseoso de llevar a cabo sin reservas cualquier tarea que le tocara asumir como consecuencia del caso, aunque, por supuesto, quiso recalcar, de forma voluntaria e independiente, tal como se sometía a esta declaración como testigo. Sonrió, dibujando una mueca agria y reflexiva.

—¿Cómo acaba de expresarlo usted? ¿La parte que nos corresponde en el mal universal? Sí, tiene usted razón, quizá sea eso...

Aunque, añadió Hermann, sólo se había dejado llevar, de hecho, por un sentido del deber amplio, demasiado amplio según algunos, entre ellos su mujer, puesto que nada tenía que ver él de forma directa con el caso. Eso había quedado claro y era inútil repetirlo. Quizá no fuese mucho, pero era más o menos todo cuanto podía decir, concluyó.

—Gracias—dijo el huésped—, ha sido muy interesante. En efecto, su caso individual no forma parte de la materia a examinar, y usted recordará a buen seguro que yo acepté, pero no le pedí, que expusiera su defensa. Usted sentía esa necesidad, sin duda, y ¿cómo iba yo a negarle yo ese pequeño favor? A todo esto, le doy las gracias, porque ha sido muy interesante—insistió.

Hermann lo miró asombrado:

—¿Mi defensa?—frunció el ceño—. Supongo que no duda usted de mis palabras, ¿no?—preguntó luego—. Si quiere usted echar un vistazo a mis documentos...

—No estoy facultado para ello—lo interrumpió—. Además, las informaciones que he recabado sobre usted coinciden plenamente con sus palabras. Está usted por encima de cualquier sospecha, Hermann.

Éste manifestó sentir por ello una enorme alegría, aunque enseguida añadió que no por razones personales, evidentemente, ya que jamás se había dudado de él al respecto, sino por ese sentido amplio del sentimiento del deber al que se había referido momentos antes: se alegraba, en concreto, de no haberse convertido en víctima de rumores, de determinados prejuicios, de la tendencia a generalizar que caracteriza al mundo, que suele aplicar sus creencias primero a las personas y trasladarlas luego a las familias, de las familias a las regiones y a continuación a todo un pueblo, lo cual lo habría molestado sobremanera.

—Lo entiendo—observó el huésped—, yo también he tenido ciertas experiencias en este sentido. La situaciones de este tipo siempre resultan desagradables.

Así es, asintió Hermann. Sobre todo, dijo, uno puede verse implicado en procesos interminables, que pueden afectar a una persona sensible a este respecto y propensa a conceder importancia a una buena fama.

—Supongo—continuó—que no tendré que recordar al señor colega la crónica falta de tiempo que caracteriza a nuestro oficio. Precisamente ahora me pasarán el bastón de mando: seré ascendido y tendré que familiarizarme con un nuevo ámbito de trabajo.

El huésped lo interrumpió por un momento para desearle suerte.

—Gracias—contestó Hermann, inclinándose hacia delante, para luego reclinarsse con comodidad en su sillón y estirar un pie embutido en una pantufla—. Al margen de todo esto, seguiré a su disposición, como es lógico, en todos los campos, con todos los medios y con todas mis fuerzas.

El huésped se apresuró a asegurar que no deseaba abusar ni de su tiempo ni de su paciencia: se trataba tan sólo de unas cuantas informaciones que pediría a su anfitrión, relacionadas con la inspección del lugar de los hechos; la primera inspección se llevaría a cabo al día siguiente. Luego se haría necesaria otra en un escenario más lejano, pero ésta podía dejarse de lado por el momento. Era preferible hablar de la primera, de la que se realizaría en el terreno más cercano. Sólo quería saber esto: ¿continuaba allí todo intacto, en buenas condiciones?

—Por supuesto—respondió Hermann, y añadió—: Nos hemos ocupado de ello.

Muy bien, dijo el huésped; era un detalle muy importante, aunque no el decisivo, puesto que la eliminación de las huellas era uno de los métodos preferidos y más temibles del enemigo; podía poner en peligro la eficacia del examen más riguroso, y era eso, precisamente, lo que preveía el enemigo, claro.

Hermann se quedó mirando al vacío, como si ponderara las palabras del huésped:

—Pero—preguntó asombrado—, ¿de qué enemigo me está usted hablando? Puedo asegurarle que en nuestra región, siempre y cuando podamos hablar de un número apreciable de enemigos...—El huésped se rió—. Bueno, suponiendo que existen... ninguno se arriesgaría a hacer algo así como eliminar las huellas, y le puedo garantizar que si el tiempo no...

—El tiempo es un enemigo temible—terció el otro con parquedad.

Hermann se animó: él no lo veía del todo así, empezó con una sonrisa neutra, la que se correspondía con una cuestión de principios como ésta, pero que reflejaba asimismo una decidida opinión en contra. El huésped, sin embargo, lo hizo callar con un simple ademán: de momento no consideraba oportuno discutir el asunto con Hermann. En el rostro de éste apareció un gesto de indignación: se notaba que le habían tocado una de sus teorías favoritas y que le habría encantado exponer el punto de vista que, en arduas sesiones quizá, había elaborado sobre el asunto; probablemente, le desagradó, por otra parte, la forma en que le cortaron, así sin más, la palabra en su propia casa. Dio la impresión de considerar por un instante la posibilidad de recordar a su huésped las normas básicas del buen comportamiento: al final, sin embargo, desistió, quién sabe por qué.

Tampoco pudo saberse si tenía que ver con esta serie de pensamientos el hecho de que volviese a doblar las piernas y se enderezara en el sillón, renunciando a la comodidad en aras de una postura más tensa. El interrogatorio continuó. El huésped quería saber dónde se hallaba exactamente el escenario de los hechos. El interrogado titubeó:

—Pero si usted tiene que saberlo—dijo a continuación, con una voz que se mostraba a la vez tensa y deseosa de no parecer indiscreta.

—Claro que lo sé—sonó la respuesta—, cuando estoy allí, lo sé. Pero no tengo claro el camino que conduce allí, lo cual es bastante comprensible, al fin y al cabo, pues soy un forastero en la zona. ¿Tan complicado es?

—Al contrario—se apresuró a asegurar Hermann—, es muy fácil.

En primer lugar, había que llegar a la ciudad vecina, situada a escasa distancia en la misma fértil llanura; al decir esto, sonrió ligeramente y manifestó acto seguido su confianza en que el viaje de inspección no quitara tanto tiempo al huésped como para no poder echar un vistazo a los célebres monumentos de dicha ciudad, decisivos para la cultura de nuestro continente; desde allí, continuó con voz más áspera y con el ya observado gesto de indignación en la cara, la meta no quedaba lejos: a seis kilómetros, a ocho, a lo sumo a diez. Más o menos, no lo sabía exactamente.

—Es comprensible—asintió el huésped—, puesto que durante el trayecto hacia allí no se dedicaba usted a contar kilómetros sino a otros menesteres.

Se produjo un instante de silencio, un silencio embarazoso, podría decirse. En cuanto a este punto, señaló Hermann al cabo de unos momentos, nunca había pasado por allí, para serle del todo sincero. Vaya, dijo entonces el huésped, y pidió perdón a Hermann por su indelicadeza. Ni hablar, protestó Hermann, quien más bien tenía la sensación, dijo, de que era él quien debía pedir disculpas. Si éste era, en efecto, su sentimiento, intervino el huésped, no se lo podía acusar de incoherencia, sino a lo sumo de cierta inclinación al olvido. El reconocía, aseguró Hermann, que las apariencias apuntaban en esa dirección; la verdad, sin embargo, era otra: más de una vez había planeado esta visita, pero ora los asuntos familiares, ora las obligaciones laborales, es decir, causas externas, lo habían forzado a aplazarla. Confiaba, añadió, en que su colega comprendiese que, teniendo en cuenta la carga que suponían tanto la familia como un trabajo lleno de responsabilidades, uno no siempre era dueño y señor de su tiempo. Por supuesto, respondió el huésped, lo entendía perfectamente, ya que todo el mundo se hallaba en la misma situación.

—Debido a las obligaciones secundarias—dijo—, siempre aplazamos las esenciales, muchas veces en el transcurso de toda la vida, y luego nos preguntamos azorados qué hemos hecho de verdad. Hemos tocado un tema inagotable—continuó—, pero me mucho temo que estoy abusando de su hospitalidad. Sea como fuere, agradezco sus valiosas informaciones: han sido interesantes, muy interesantes—añadió al tiempo que se levantaba. Hermann también se incorporó de un salto, aparentemente nervioso:

—Un momento—dijo—, ¿no querrá irse así sin más? Pare, pare... ¿Qué busca, por el amor de Dios?

—Mi paraguas—respondió el huésped, quien, en efecto, empezó a dar vueltas por la habitación y a echar un vistazo incluso detrás de los muebles, pues recordaba haber dejado allí el objeto buscado (habían salido del hotel con un día nublado, bochornoso, bajo un cielo plomizo)—, ¿no lo habrá visto usted por algún lado?

—No—contestó Hermann, irritado, procurando seguirlo de cerca, de tal modo que casi chocaron cuando el huésped se volvió de repente para ir en la dirección contraria. Por fortuna, las señoras no fueron testigos de esta ridícula persecución: después de haber terminado con los zapatos,

habían pasado a la otra habitación, donde, como era de suponer por el parloteo, se dedicaban precisamente a acariciar al hijito de Hermann, a quien acababan de despertar, a buen seguro, puesto que soltó un llanto desesperado: por lo visto, no entendió la situación—. Pero es que aún no hemos hablado de nada—insistió Hermann—. ¿Cómo llegará allí, por ejemplo?

—En tren y en autobús—contestó el huésped, que seguía mirando alrededor, aunque en vano—. He oído que las comunicaciones son buenas y que ambos medios de transporte son rápidos y confortables.

—Así es, así es exactamente—confirmó Hermann, y añadió que, según podía comprobar, su huésped parecía mejor informado sobre el transporte de la zona de lo que le había confesado; mucho se temía, sin embargo, que el complicado viaje lo desgastara debido al sofocante calor.

El huésped soltó una risa breve y sombría, como correspondía a su inquietante forma de ser. Al final, sin embargo, cuando menos miró a Hermann a la cara. Le confesó que ya había viajado allí, de una manera mucho más complicada.

—No me diga usted—dijo Hermann—que ya ha recorrido ese mismo camino.

Pues sí, exactamente eso, aunque ahora no venía al caso, respondió visiblemente irritado el huésped. Cómo no iba a venir al caso, protestó Hermann, que acababa de darse cuenta de que hasta el momento sólo habían tratado de aclarar de un modo abstracto, en el plano de los principios, como quien dice, algo que, por lo visto, interesaba personalmente a su huésped. No venía al caso, se apresuró a señalar el huésped, porque eso no alteraba en absoluto los principios. Claro que no, reconoció Hermann, quien teniendo en cuenta todos estos detalles, veía aún más justificada su anterior pregunta: si no temía el desgaste que pudiera producirle el viaje. En absoluto, contesto el huésped algo temía era a lo sumo que el temor no fuese un sentimiento suficientemente digno de ser recordado y desde el punto de vista de la productividad de su trabajo del día siguiente, lo más deseable no era buscar facilidades, dijo, sino unas circunstancias de lo más agotadoras, hasta llegar casi al desmayo. Que es lo que haría si no tuviera que tener en consideración a su esposa, añadió.

—¡Por eso mismo! ¡Por eso mismo!—lo interrumpió Hermann—. Pero así no se puede negociar... ¡Venga, vuelva a sentarse de una vez!

Lo condujo a toda prisa hasta el sillón, y se sentaron. Hermann empezó a hojear una libreta de apuntes encuadernada en piel:

—Vamos a ver... O sea, que mañana... Mmm... Mañana tendría que presentar una ponencia en la dirección...—empezó; el huésped dio la impresión de querer levantarse de nuevo; Hermann se vio obligado a continuar a toda prisa, casi precipitadamente—: Sin embargo, si llamara por teléfono mañana a primera hora... Resulta que tengo una buena relación con el director... O sea, que, si usted desea, lo llevaré encantado en coche.

El huésped se reclinó cómodamente en el sillón, cruzó incluso las piernas y sonrió:

—Es usted listo, Hermann, muy listo—asintió—, «si usted desea»... Mmm, podría decir y también, como ha hecho usted hace un rato. Pues bien, Hermann, una pregunta directa exige una respuesta directa: no, no lo deseo.

—¿O sea, que rechaza usted mi propuesta?—dijo Hermann.

—No lo expresaría así—contestó el huésped—. Puede que acepte que me acompañe, puede que tolere que me lleve, ya que su propuesta lleva minutos flotando en el aire, la veía, literalmente, madurar dentro de usted mientras ha tenido la amabilidad de buscar conmigo mi paraguas, sí, hacia allí avanzaba y allí ha desembocado finalmente la lógica de nuestra conversación, de lo cual, no puedo negarlo, también soy un poco culpable. Ahora bien, en lo que respecta al deseo: puedo asegurarle que no lo tengo y he de suponer también que usted aún menos, como mínimo si tomamos en



consideración todas las omisiones que ha mostrado hasta el momento... No, no busque usted excusas, pues no le reprocho nada. Sólo creo necesario mencionarlo para establecer cierto orden, para hacer un corte claro, por así decirlo, en el tejido de los deseos, y evitar de este modo que nuestros asuntos se mezclen; no sólo usted, también yo me aferré a mi independencia.

Hermann parecía confuso.

—Entonces, ¿qué decisión ha tomado?—preguntó.

El huésped sacudió la cabeza:

—Cae usted en extrañas contradicciones, Hermann. Empieza con la independencia y luego se muestra dispuesto a someterse a mi deseo y ahora incluso a mi decisión. Oiga, ¿qué quiere realmente? ¿Una orden? ¿O una absolución, quizá?... Vamos, Hermann, ¿a qué viene este juego del escondite, a qué vienen estos rodeos impropios de adultos? Como si no supiera usted que tendrá que ir de todas maneras. ¿O no lo sabe?

Hermann levantó la cabeza; se produjo un momento de silencio.

—Sí lo sé—respondió luego, y alzó hacia su interlocutor la mirada, cuyo brillo era el de la porcelana. El huésped divisó por primera vez en ella una expresión nueva, extraña, un tanto temerosa y ya abiertamente hostil. Y como si esto no sólo no lo molestara, sino que hasta le agradara, se le rió a Hermann en la cara, pero no como antes, sino con un gesto de comprensión y casi de simpatía.

—A mí no puede reprocharme nada—dijo—. El sentimiento del deber en un sentido lato es una trampa que se ha puesto usted mismo; yo, a lo sumo, le he ayudado a caer en ella.

—Es usted muy desconfiado—farfulló Hermann—. Yo no le he dado ningún motivo.

El huésped se disculpó: con un encargo como el suyo, afirmó, uno tiene la obligación de mostrarse desconfiado, como quien dice; lógicamente, sólo lo guiaba la intención de disipar cualquier malentendido y no la de herir a su anfitrión.

—Pues bien—dijo acto seguido—, de acuerdo, le haré este pequeño favor: puede usted llevarme. No, no me dé las gracias. ¿O quería decir otra cosa? ¿Nada? Tampoco está mal. Quizá sea superfluo advertirle que pasaremos un día duro. En el transcurso de la inspección tendré que mostrarle esto y aquello, será inevitable... Y el olor, vamos, el hedor allá es horripilante, y confío, además, en que lo percibamos. Sea como fuere, le recomiendo que no desayune.

Acordaron que Hermann pasaría a buscarlo en coche a las nueve de la mañana del día siguiente por su hotel. Hermann preguntó luego si había entendido bien que su señora esposa también los acompañaría. Sí, respondió sin más el huésped. Se le antojó ver una fugaz sombra de alivio en el rostro estremecido de Hermann, en el que surgieron de pronto las arrugas de un cansancio repentino, y que parecía realmente derretido en esa habitación de luz intensa y aire sofocante, como si lo hubiera iluminado un rayo de esperanza: fue desagradable. No pudieron seguir hablando, sin embargo. Volvieron las señoras; la esposa de Hermann, una mujer rubia, blanda, corpulenta, con perlas de sudor sobre el blanco pecho, traía a su bebé en brazos, probablemente para mitigar la desesperación que el pequeño expresara con voz desgarradora y de paso también quizá, como suelen algunas mujeres, con el difuso fin de no dejar caer en el olvido la imagen eterna de la madre y el hijo, exhortando así a los hombres a cumplir con su obligación de cariño; el bebé, en cambio, parecía menos solemne y más bien malhumorado y distraído; al poco, acabó de vuelta en su cama, y los huéspedes se despidieron (el paraguas apareció finalmente en el vestíbulo); declinaron la amable oferta de Hermann de llevarlos en coche: querían estirar las piernas, adujeron.

En el exterior, se habían producido cambios en el cielo: los recibió una noche veraniega de luz crepuscular y transparente. En el breve camino que los condujo al hotel, el hombre comunicó a su esposa el proyecto de excursión. Dejó caer unas palabras sobre la ciudad: antigua sede de un

principado, con numerosos monumentos, de modo que convenía incluirla en el plan de viaje, explicó. La mujer se estremeció ligeramente; lo percibió en el brazo en que ella apoyaba el suyo; sus ojos, siempre familiar espejo, expresaron angustia y desconcierto:

—No quieres ir allí por eso—dijo.

—No—respondió el hombre—. Tengo un trabajito que hacer en la zona.

—El congreso, las vacaciones, todo el viaje: no han sido más que excusas para ir allí.

—Es posible—reconoció el marido—. Alguna vez tendré que acabar mi trabajo—añadió, y su voz sonó más impaciente quizá de lo pretendido.

—Hablas de trabajo, pero se trata de otra cosa—dijo su esposa.

—¡Qué dices!—protestó el hombre—. ¿En qué piensas?

—No lo sé. Tengo miedo—respondió la esposa, y él se apresuró a tranquilizarla: no hay por qué preocuparse, la empresa no es arriesgada, llevará poco tiempo y no perturbará en absoluto la excursión. Su mujer no respondió. ¿Qué y cuánto intuirá?, se preguntó el marido.

—¿Cuándo viajaremos al mar?—inquirió la esposa acto seguido.

—En tres días—respondió él. Sí, la mujer era un rival obstinado y peligroso: su poder era grande y lo utilizaría sin duda para mitigar aquello que, sin embargo, había de doler y, por tanto, vivir. A este respecto, el pérfido Hermann lo había calado, desde luego. No temía la lucha, pero sí la necesidad de enfrentarse a su esposa. El hecho de que ambos tuvieran que valerse de artimañas no influyó en su determinación, pero sí lo llenó en ese momento de una tristeza inenarrable. Escucharon una música amortiguada por unas cortinas y vieron un portal iluminado: habían llegado a su alojamiento.

## VUELCO. LAS PRIMERAS HUELLAS. DIÁLOGO EN LA PLAZA

Al día siguiente, el enviado y su esposa estaban tomando un copioso desayuno en el comedor del hotel cuando un camarero de chaqueta blanca se les acercó apresuradamente y les comunicó que al señor lo llamaban al teléfono.

—Un segundo—dijo el enviado a su esposa, al tiempo que ponía cuchillo y tenedor sobre el plato. Atravesó el comedor—el teléfono se hallaba en el vestíbulo—y entró directamente en la cabina de cristal que el camarero le había indicado con un amplio gesto.

—Hola, ¿Hermann?—dijo tan pronto como cogió el auricular.

—Sí—sonó, sorprendida, la voz al otro lado del hilo—. ¿Cómo sabía...?

—¿Qué?

—Que soy yo...

—Esperaba su llamada—respondió el enviado—. De hecho, tendría que haberse puesto en contacto conmigo antes.

—Pero—preguntó extrañado Hermann—¿cómo sabía usted que lo llamaría? No habíamos quedado en eso...

—Era posible que surgiera algún imprevisto—dijo el enviado—, y creo que no me equivoco, ¿no?

—Pues sí—se oyó una voz lejana—, así es. El niño...

—¿El niño?

—Sí. El niño está... enfermo.

El enviado esbozó una mueca. Lo más banal, lo más evidente. Daba vergüenza ajena, pensó.

—Lo siento—dijo—. Eso sí, si hubiera llamado diez minutos antes—añadió—, aún habríamos podido concebir alguna esperanza de alcanzar el tren de la mañana.

—Del tren ni hablar—protestó Hermann. Sólo llamaba, continuó, para preguntar si, dadas las circunstancias, no le molestaba partir media hora más tarde.

—¿Cómo dice?—preguntó el enviado—. O sea, que ¿nos acompaña?

—Por supuesto—respondió Hermann—. Esto es... bueno, ya les explicaré todo.

Se pusieron de acuerdo, y el asombro seguía grabado en el rostro del enviado cuando volvió a sentarse.

Media hora después, marido y mujer salían por la puerta oscilante del hotel. El resplandor del cielo estival despejado echaba chispas por todas partes. Era un tiempo apropiado, muy apropiado. Ojalá el sol de justicia que luciría al mediodía no influyera negativamente en la eficacia de la inspección, si bien—siempre y cuando siguiera vigente la normalidad de antaño—allí arriba había que contar con una brisa refrescante. Y se estremeció un poquito, como si hubiera sentido el contacto del aire fresco en la piel. ¿O era quizá el mero pensamiento o la impaciencia?

—¿Tienes frío?—preguntó la mujer.

—¿Frío, yo?—se extrañó el enviado—. ¿Con este calor?

La pregunta, sin embargo, era más que nada una advertencia: tendría que ir con más cuidado, porque cada uno de sus movimientos era tenido en cuenta.

Centelleó el parabrisas de un coche: era Hermann. Se saludaron brevemente, y Hermann les abrió la puerta del vehículo; estiró el brazo hacia atrás y apartó un bulto blanco que había sobre el asiento trasero, con la intención, si duda, de dejar sitio. A primera vista parecía un inocente paquete, pero emitía unas voces quejumbrosas y exigentes que, aun siendo incomprensibles, daban fe de impaciencia y mala uva.

—¿Esto qué es?—preguntó retrocediendo el enviado.

—El niño—contestó Hermann.

El enviado no preguntó más. Se introdujo en el vehículo y se sentó delante, junto a Hermann; su esposa ocupó el asiento trasero, al lado del pequeño. Hermann puso el coche en marcha sin dilación y apretó el acelerador como quien tiene prisa; el perfil derecho, que era lo que permitía ver al estar concentrado en el camino y pendiente siempre del cambio de marchas—tan útil, hemos de reconocer, como a veces una pipa—, se mostraba pálido y cansado ese día y, al mismo tiempo, insondable y duro casi como un metal. Después de tomar unas curvas con cierta audacia, se desplazaban ya por la carretera; Hermann empezó a hablar.

—Apareció anoche de repente—explicó—, como suele ocurrirles a los pequeños, tan pronto como se marcharon ustedes, los huéspedes. Minutos antes no había dado ninguna señal de alarma y parecía tan tranquilo y pacífico como siempre.

Había ordenado un poco la casa con su mujer, y hasta les dio tiempo a tomar un último trago e intercambiar algunas palabras. Se habían habituado a echar un vistazo al niño antes de ir a dormir, momento en que se inclinaban sobre la camita para poder recogerse luego con esa imagen en la mente: fue lo que ocurrió también esta vez. Admiraron en silencio al diminuto durmiente y se entregaron sin preocupación alguna a la feliz imagen. Algo, sin embargo, parecía no estar en orden; el niño se movió, y ambos se preguntaron: ¿por qué esconderá tan temerosamente la cara? Pensaron que era la luz encendida y fueron a apagarla. El niño, no obstante, abrió de pronto los ojos y su gargantita soltó voces de dolor. Se inclinaron sobre él, intentaron tranquilizarlo con palabras cariñosas, suaves caricias y besos, y apartaron aterrados los labios y las manos al percibir que el

pequeño estaba ardiendo. Corriendo fueron a buscar el termómetro: ¡treinta y nueve grados de temperatura! Enseguida llamaron al médico, al *bukaka* (llegado a este punto, Hermann explicó con una sonrisa que, por motivos desconocidos, el «señor doctor» había adoptado esta extraña forma fonética en el vocabulario del pequeño), y el facultativo diagnosticó una infección grave que, sin embargo, no dejaba prever complicaciones.

Calló y, como tenía el camino expedito, volvió la cabeza para lanzar una mirada de preocupación hacia atrás. No había motivos para la inquietud, sin embargo: poco a poco, la atención del niño empezó a dirigirse hacia la persona sentada a su lado; el llanto se convirtió primero en suave sollozo, luego en un silencio de asombro, después en un murmullo cada vez más vivo y expresivo, hasta que comenzó a jugar con las uñas color carmesí de la mujer, con el medallón brillante que se bamboleaba colgado del collar y con los llamativos botones de su vestido.

—Mira el pequeño bandido—sonrió el enviado—, a lo mejor sólo quiso engañar un poquito a los padres con la fiebre de anoche.

—No, no—protestó Hermann—, es sólo una mejora momentánea, el efecto de la inyección antipirética. Para que se cure del todo necesitará varios días de cariñosa atención. Por eso lo llevamos ahora al campo, a casa de la abuela, que tiene jardín y donde el aire es limpio.

—O sea, que lo estamos obligando a usted a desviarse del camino—expresó su preocupación el enviado.

—No pasa nada—lo tranquilizó Hermann.

Aunque no podía afirmar que la ciudad a la que habían de llegar quedase en el camino, tomaría encantado el desvío, aseguró. Luego podrían seguir sin problemas hacia la meta prevista tomando el autobús al que se había referido la noche anterior, y ellos, en cambio, continuarían para meter al niño cuanto antes en la cama y saberlo así a buen recaudo.

—¡Cuántos problemas le estamos causando!—se quejó el enviado—. ¡Como si no tuviera bastantes sin nosotros!

Nada le serviría de excusa, prosiguió; a lo sumo podría recordar a Hermann que, la noche anterior, él mismo se había ofrecido a acompañarlo, le había insistido y hasta lo había forzado, por así decirlo, a aceptar la oferta.

Hermann se encogió de hombros, alzó la mano en un ademán de impotencia y volvió a aferrar el volante.

—Lo mío era un gesto de buena voluntad—dijo—. Que las cosas tomaran otro cariz no es culpa mía, como puede usted comprobar.

—Claro que sí—admitió el enviado—. Su coartada es, una vez más, perfecta, Hermann.

Se produjo un silencio. Hermann, cuyo rostro prognato, enmarcado por el cabello que ondeaba debido al viento, parecía un escudo alado, se concentró en la carretera. Aceleró con la intención de adelantar un tractor que iba echando humo, pisó de pronto el freno para evitar un camión que le venía de cara a toda pastilla, cambió de marcha, giró el volante y, después de volver a poner el coche en la recta, dijo entornando los ojos y con voz apenas audible, como si no hubiese tomado aún la decisión de si quería o no ser escuchado:

—Usted no es un ser humano. No. No es un ser humano.

El vehículo avanzaba a toda velocidad, sin encontrar obstáculos, haciendo susurrar el viento. El enviado pareció extrañarse:

—En cierto sentido tiene usted razón, Hermann—reconoció.

Hermann callaba. Su rostro, sin embargo, se estremeció; movimientos irregulares, apenas perceptibles, rompían su rigidez, reflejando así, probablemente, cierta lucha interior.

—Perdóneme—dijo por fin, titubeando—, es que estoy nervioso. Me temo que antes... De ningún modo pretendía yo ofenderlo.

El enviado alzó la cabeza: ¿cómo? ¿Imaginaban acaso que necesitaba excusas? Pensó en una réplica afilada y la tenía ya a punto, pero de repente se mordió la lengua. Al fin y el cabo, había conseguido lo que quería... Pero ¿qué quería en realidad? ¿Vengarse? ¿Ganarse a un aliado? En el instante en que se acercaba más y más a la meta, esta le pareció de pronto carente de toda importancia. Continuaron en silencio. Sólo se oían los vivos ruidos procedentes del asiento trasero, ya que el niño, después de unas primeras muestras de euforia bulliciosa, había concentrado sus fuerzas en un único objetivo: quería agarrar como fuera, obstinadamente, mediante repetidos ataques, los ojos de la mujer—quizá lo atraía ese algo vivo y luminoso, de centelleo intenso por las pinceladas negras que lo rodeaban—para apoderarse y jugar con ellos, lo cual produjo numerosas y divertidas escenas entre ambos: al fin y al cabo, las mujeres y los niños siempre se entienden.

Encendió un cigarrillo de marca exótica y aroma acre —había pasado el momento de la pipa, que, por cierto, tampoco llevaba consigo—, y se reclinó con comodidad, centrando su atención en el camino. ¿Avanzaban ya por la antigua carretera, bordeada por la célebre hilera de ciruelos que no sólo habían dado frutos en sus ramas, sino también en la literatura? Aunque hubiera sido cierto, aquí no venía a cuento; el poeta tantas veces maldito y perseguido, que había cogido ciruelas frescas y jugosas de esos árboles precisamente, tal como relataba en su obra sobre la escuela romántica, llevaba muerto más de un siglo, o sea, que la hilera, que seguía intacta, debía de haber sido plantada incluso antes. El paisaje que se extendía detrás estaba trazado con destreza, los huertos amenos y los trigales amarillentos ofrecían a quien los contemplara una equívoca imagen de paz. En el patio de una simpática fonda, dos campesinos con botas y bata de color azul oscuro bebían a la sombra algo que, según se desprendía de las jarras, tenía todo el aspecto de ser cerveza. Y de pronto apareció un bosque con árboles de copas voluminosas y troncos revestidos de musgo. El suelo seguía cubierto por la hojarasca del año anterior, el mantillo húmedo parecía podrido, y en el fondo se vislumbraban haces de luz trémula, sombras que parecían colas de hadas salidas de algún cuento y extrañas figuras que flotaban donde los rayos del sol matutino aún no habían logrado atravesar la bruma. El tráfico era moderado. Más de una vez hubo que adelantar a campesinos que montaban en bicicleta. La mayoría de las mujeres llevaban el pelo, generalmente incoloro, recogido en rígidas trenzas pegadas a la nuca y se sujetaban cuidadosamente las faldas cuando el coche pasaba a su lado. Pues sí, no había nada digno de atención: así desarrollaba su inofensiva vida cotidiana esta carretera antigua, que sin duda también era valiosa desde un punto de vista espiritual, pero que prestaba sobre todo un servicio práctico: había que reconocer que era impecable, perfecta.

Un letrero apareció ante ellos en el borde del camino. Hermann redujo la velocidad; su rostro se animó y sólo una remota tensión dibujada en él hizo recordar el anterior episodio.

—La ciudad—dijo, y en ese momento no habría tenido sentido averiguar el significado de su sonrisa.

¿Conque esa era, pues, la ciudad? Avanzaron entre casas aisladas primero, entre grupos de casas luego y finalmente por calles regulares. La mirada del enviado barría cuanto encontraba a su paso, en la calzada, en las aceras, en las edificaciones, en las personas: sí, la misma organización de antes en la carretera, la misma perfección, la misma densidad impenetrable de una materia bien dispuesta: a buen seguro que no sería fácil reunir pruebas allí. No podía culpar a nadie; habían procedido correctamente, sin duda; no se había movido nada en lo sustancial. Allí estaban las esquinas inesperadas, las callejuelas estrechas, los pasajes sorprendentes, las plazas grandes o pequeñas pavimentadas con adoquines, con la estatua, la fuente o la fusión artística de ambas en el

centro, las explanadas y los portales flanqueados por pilares, los frontispicios triangulares evocadores de la antigüedad, los balcones, los salidizos y las balaustradas, proclamando todos, intemporales, eternos, el carácter intocable de las obras del Espíritu y de la Belleza. Sí, era perfecto, como una ilusión óptica. No quedaba ni un resquicio para el reproche. Todo se mostraba y, sin embargo, todo oponía resistencia; allí estaba todo cuanto tenía que estar, pero era falso y distinto de lo que debía ser.

Oyó una pregunta de Hermann; éste llevaba, probablemente, minutos hablándole; quería saber si estaba satisfecho.

—Pse—respondió.

Hermann no debía de percibir nada, pensó; su expresión escrutadora estaba ya a punto de manifestar un triunfo descarado: y el enviado comprendió de pronto— ¡con qué dolor!—por qué estaba el otro dispuesto a acompañarlo a la ciudad, pero no más allá.

—Claro que se han producido algunos cambios— sonrió Hermann.

—Ya lo veo—contestó el enviado y, aunque no podía dominar sus sentimientos, sí logró al menos controlar la voz. Si quería ver su fracaso, Hermann había elegido bien el terreno, desde luego; aquí lo tenía en sus manos, aquí establecía él las condiciones. Conducía lo más rápido que le permitía el tráfico urbano, sin dejar tiempo ni puntos de apoyo a la mirada en busca de huellas, lo cual suponía una circunstancia lamentable contra la que nada podía hacer si no quería quedar al descubierto y entregarse definitivamente. En un cruce, sin embargo, el semáforo estaba por fortuna en rojo; el enviado se inclinó hacia delante, pues el cruce le pareció sospechoso; pero el semáforo cambió a verde, el coche se puso en marcha de golpe, su cabeza se fue hacia atrás por el impulso y volvió luego hacia delante, de tal modo que casi dio con la frente en el parabrisas.

—¡Cuidado!—gritó Hermann, asustado.

—No ha pasado nada—lo tranquilizó el enviado, al tiempo que notaba cómo temblaba por dentro. Desde luego, la ciudad no era lo más importante; la lucha se decidía en otra parte, al fin y al cabo. Esto, sin embargo, servía de argumento pero no de consuelo. Allí empezaba, de hecho, la inspección, y si no podía arreglárselas con la ciudad, ¿qué le esperaba más adelante? Su mirada se deslizaba sin orden ni concierto, sin método alguno, a derecha y a izquierda, subía y bajaba y describía espirales ante el coche. En vano: la esperada certeza no acababa de llegar, el coche seguía su camino y el viajero perdía minutos valiosos e irrecuperables.

Se reclinó en el asiento; todo parecía indicar que había de renunciar a su propósito. Le ardían los ojos por el esfuerzo; los entornó para darles un descanso al tiempo que apoyaba la nuca en el reposacabezas; luego volvió a abrirlos sin más, sin pensar en nada, solamente porque tornaba a sentirse más descansado, y se enderezó asombrado: ahora que no contaba con nada, he aquí que, de súbito, la ciudad empezó a hablar. ¿Qué había ocurrido? En ese momento, el enviado apenas supo explicárselo. El error residía, evidentemente, en el método, en el método que había seguido hasta entonces con tesón y terquedad, al considerarlo el más adecuado para su objetivo. Sólo se había concentrado en las esquinas, en los cruces, en partes de la calles, deseoso de extraer algo determinado de componentes indeterminados, de conseguir un conjunto sólido a partir de detalles fugaces: el fracaso tenía que producirse, pues, con la lógica propia de lo necesario. No le tendieron una trampa: él cayó en ella, y jamás lo habrían inducido a error si él mismo no se hubiera equivocado. Debería haber previsto que los detalles se ponen al mismo tiempo la máscara de la intemporalidad y la del instante fugaz, sonriente y cotidiano, y que la mirada empeñada en conseguir su objetivo se desliza impotente por esa superficie resbaladiza. En el momento, sin embargo, en que ya no esperaba nada, en que la mirada desanimada recorría sin meta alguna y, por así decirlo,

distraídamente los pisos superiores de los edificios, en ese momento, con la ayuda del ángulo de incidencia de la luz y de la impresión de un color dominante que habían olvidado cambiar o que no podía variar, alcanzó de pronto la meta. ¿Qué color era ese? Emanaba de todos los edificios de manera tan uniforme, era tan inmenso, sólido y evidente, que el enviado casi tuvo que hurgar en busca de su nombre: amarillo. Pero ¿decía este nombre algo respecto al color? ¿Se acercaba la serie convencional de sonidos, el adjetivo tan abstracto como vacío, a esta revelación explosiva y, sin embargo, inasible y fugaz? El enviado contemplaba, inmóvil y fascinado, el color; de hecho, no lo miraba, sino que lo absorbía como una fragancia volátil, lo rastrea con todos los sentidos y lo atrapaba con cautela, pero también con decisión, para sacarlo de allí y apropiarse de él. No cabía la menor duda de que ese color envuelto en resplandor era intemporal; sin embargo, únicamente el instante cotidiano lo volvía asible; un instante del todo diferente, empero, que sólo podía encontrar bajo la presión implacable del engañoso presente y que no tenía ninguna representación en el mapa, ningún equivalente en el inventario de objetos que pudieran ofrecer la necesaria certeza. La fortuna le había llegado traída precisamente por aquello que había intentado desechar mediante un trabajo sistemático: el azar, ese elemento nunca previsto en las pesquisas y, sin embargo, imprescindible. No necesitaba, pues, el frío cálculo sino la sorpresa inesperada; se había dedicado a investigar aquello que le ocultaban cuando, de hecho, debería haber intentado captar lo visible; consciente o no, siempre perseguía lo que siempre desatendía: ese amarillo, ese conocimiento salvaje, estremecedor; y con el conocimiento que era obra del instante presente surgía al mismo tiempo otro momento buscado en vano hasta entonces, el momento de la ciudad que se había ocultado ante él, que se reservaba para él y al que sólo él podía insuflar vida; y he aquí que todo era irrefutable, comprobado y dolorosamente cierto.

Sí, cierto resplandor del cielo y cierto amarillo imperial. Y con ese color y esa luz implacables, se derrumbó de pronto todo cuanto hasta entonces se había mantenido tenazmente; los sólidos muros se ablandaron como esponjas; se vino abajo toda resistencia. La ciudad se tornó locuaz ante la mirada que la interpelaba: allí estaba frente a él, mostrándole los poros, poniéndolos al descubierto, vencida, todavía renuente, pero ya entregada. Tras la máscara delgada como una membrana, cobraba vida ante los ojos como la película en el ácido del revelado. La belleza se desprendió tal una lámina: su lugar fue ocupado por una pátina gélida y podrida, por una dignidad rígida, caduca, decrepita, que no ofrecía resistencia. El tono sonoro de la pompa barroca cubierta de hiedra se desintegró—cual si fuese un disco rayado por una aguja de mala calidad—, se fragmentó, se deshilachó en voces que sonaban aquí y allá, solitarias, tanteantes, ridículas. Sus calles, edificios, adornos y ringorringos se sumergieron en el tiempo: cayó de ellos la máscara de la eternidad y apareció el carácter momentáneo de su existencia, su singularidad y casualidad, su absurdo espeluznante. Mirando, el enviado se dio cuenta: la ciudad no era como la mostraban sino como debía ser. Un júbilo sombrío se alzó en su pecho: el trabajo empezaba bien. Y sólo entonces se percató de que no estaba solo. Hermann seguía hablando a su lado, pero no se dirigía a él, sino hacia atrás, a su mujer, señalando con la mano y explicando un mundo de apariencias, engañoso, aunque cada vez más empeñado en reivindicar su existencia: aquí residía tal, allí se celebraban las conferencias, allá se pronunciaban los discursos, acullá se gobernaba; y su esposa—¿por ignorancia o porque sus objetivos coincidían?—lo estimulaba con preguntas y manifestaba ruidosamente su interés y agrado.

—¿De dónde sale el autobús?—preguntó el enviado con aspereza; el instante no debía romperse y ya lo amenazaban los peligros por doquier; afortunadamente, Hermann señaló con el dedo una plaza cercana situada en el otro extremo de la calle; los exuberantes árboles verdes y los toldos abigarrados y ondeantes de las tiendas ya daban, por así decirlo, la bienvenida. Antes, sin embargo,

doblaron inesperadamente a una calle perpendicular a la vía por la que transitaban; Hermann justificó la maniobra por una indicación viaria; y, en efecto, después de tomar otra curva volvieron a ver la plaza, esta vez desde otro punto de vista. Se detuvieron en la desembocadura; Hermann les mostró los autobuses grises que esperaban enfrente, junto al bordillo de la acera; le dieron las gracias y se apearon. El niño, que siguió con expresión alarmada la repentina pérdida del objeto de sus ruidosos juegos de viaje, se echó a llorar airado y desilusionado al comprobar que el vuelco de los acontecimientos era definitivo; la mujer se vio obligada a inclinarse hacia él para consolarlo al menos con un beso y una última dosis de cosquillas; luego se despidieron deseándose suerte. Con la ventanilla bajada, el rostro de Hermann se volvió servicialmente hacia ellos, expresando el alivio pérfido de un fugitivo: dio los últimos consejos a los excursionistas. Les recomendó almorzar en el célebre hostel que debía su nombre a un rinoceronte, un hipopótamo o quién sabe que animal de las tierras del sur: por lo visto, el enviado no prestó la debida atención en ese momento. Y si no tenían nada que objetar, los recogería para volver a casa; a la cuatro y media en la misma plaza, si no les parecía mal. A la mujer le gustó la propuesta. Tampoco había manera de rechazarla, aunque quedaba por ver si él acabaría a tiempo y si cualquier hora fijada no servía en el fondo únicamente para limitarlo. Luego se quedaron por fin a solas en la plaza.

—¿Y ahora qué? —preguntó la esposa—. ¿Adonde vamos?

—Primero tendré que acabar mi trabajo—respondió el enviado.

—Bien—dijo la mujer—. Vamos.

Dieron unos pasos hasta salir de las profundas sombras que proyectaban los edificios y llegaron a la plaza que ardía azotada por un sol de justicia. Era un lugar con un denso tráfico; se trataba, por lo visto, del núcleo comercial, vivo y palpitante, del barrio de los artistas; no lejos de la esquina—ante una fuente de forma abombada—vieron una pastelería; la terraza, con sombrillas abigarradas, manteles de colores y cómodas sillas de mimbre, invitaba a entrar. Uno o dos pasos más y ya sería tarde: el hombre se detuvo.

—No tienes que acompañarme si no quieres—dijo.

—¿Por qué no iba a querer?—lo miró la esposa. La sombra de los malos augurios recorrió de pronto su expresión abierta y segura de sí misma.

—Me temo—respondió el enviado—que... Nada, que a buen seguro te aburriré. Mientras, puedes echar un vistazo a la ciudad. Y luego me esperas en esta pastelería.

La mujer examinó la terraza.

—Eso sería más aburrido todavía—opinó.

—Entonces puedes ir a comprar—propuso el marido.

—¿Qué?—preguntó ella. No le quitaba la obstinada mirada de encima; y el hombre tuvo que volverse hacia un lado para poder continuar.

—No lo sé. Seguro que querrás comprar algo, ¿no?

—Pues no—sonó la respuesta. Callaron. Más allá, empezó a verse movimiento alrededor de los autobuses, como si hubieran iniciado los preparativos de viaje; el tiempo apremiaba, y la esposa no le facilitaba la tarea.

—Tengo que estar solo—estalló por fin el enviado, con tono rudo, áspero, como quien se confiesa.

—Te estás engañando—dijo la esposa encogiéndose de hombros—, no puedes estar solo, y bien lo sabes.

Sí, lo sabía, aunque no quería saberlo; en eso, vio hundirse en un remolino los restos de una decisión—soberbio navio en su día—, los vio sumergirse más y más.



—Soy tu esposa—continuó la mujer. Volvieron a callar; el hombre buscó palabras, pero ella habló de nuevo:

—Quiero estar contigo—dijo con voz firme, sencilla, y la conciencia segura de todo su poder.

El enviado miraba la acera; trataba de luchar, pero notó que había perdido. Consciente todo el tiempo de estar cometiendo un error de ligereza, pronunció la palabra, no pudo evitarlo:

—Vamos.

Miraron alrededor, se cogieron de la mano—como hacían siempre al andar—y cruzaron la calzada atestada de vehículos para dirigirse en línea recta a los autobuses.

## **PÉRDIDA DE ORIENTACIÓN LA PUERTA**

Al llegar al otro lado, el enviado se asombró tanto que se vio obligado a plantearse la siguiente pregunta: ¿qué había imaginado? ¿Le sorprendió acaso que no partiera un autobús único y exclusivo con un único y exclusivo destino? Lo cierto era, desde luego, que nadie lo había informado y que él, con la mente clara, tampoco podía suponer tal cosa, de modo que si se llevó una desilusión, esta sólo se debía a sus falsas expectativas. Se hallaban en una estación de autobuses común y silvestre y tenían que encontrar el suyo entre los cinco o seis vehículos que enlazaban la ciudad con las localidades del entorno. Igual que los otros, el suyo recorría simplemente una serie de pueblos, con un número determinado de paradas, en una de las cuales—cuyo nombre podían leer en el letrero de los horarios entre otros muchos tan insignificantes como carentes de importancia—habrían de bajarse: muy listo, pensó. Un método simple y transparente, desde luego, pero también eficaz y peligroso. Se basaba en la monotonía de la espera; el peligro residía en el agotamiento. ¿Aguantarían sobre los pegajosos asientos de cuero sintético que, para colmo, se habían calentado por los rayos del sol que atravesaban la ventanilla? ¿Se podía oponer resistencia al zumbido continuo y vibrante del motor ya puesto en marcha, así como a la cháchara trivial y adormecedora de los viajeros en medio del calor sofocante del vehículo?

El conductor, que hacía también de revisor—a él hubo que comprar los billetes—, les informó por fortuna que sólo faltaban diez minutos para partir; según un cálculo improvisado, no llegarían antes del mediodía al escenario, y a las cuatro y media Hermann ya los esperaba de vuelta en la ciudad; además, estas ponderaciones no incluían a su esposa: ¿le negaría la posibilidad de tomar un almuerzo, de refrescarse, de descansar, de relajarse? Así las cosas, la inspección no podía durar más de tres horas, como mucho. Miró de reojo a su mujer: sentada a su lado, no decía ni palabra, con una expresión de cohibimiento y de esfuerzo por no suponer una carga. ¿Podía el enviado permitirse volver contra ella su irritación causada por la espera y las circunstancias? Tenía más sentido, desde luego, echar un vistazo a los otros pasajeros: eran en gran parte campesinos y campesinas, entre los cuales se veía de vez en cuando algún personaje de aspecto más urbano, quizás un operario; llamaban la atención las numerosas caras sanguíneas, atravesadas por un entramado de finas venas de color lila, los pañuelos oscuros, las nuca hinchadas, las extremidades sobredimensionadas y los pechos y barrigas que llevaban como si fuesen fardos ajenos. Charlaban a voz en cuello, se apeaban y volvían a subirse, ponían el equipaje arriba y volvían a bajarlo, se dirigían a los conocidos sentados en los asientos más alejados del autobús, que les contestaban a gritos: ciegos instrumentos de una concepción superior, cumplían fielmente con su papel y respondían, obedientes, al cálculo que les correspondía. Una mujer tocada con un pañuelo llevaba crías de patos en una cesta; uno de los patitos encontró el camino hacia el aire vivífico en el borde de la tela que tapaba la canasta y sacó el pico amarillo y graznante; la mujer, distraída, sin mirar ni interrumpir ni un solo momento el vivo

intercambio de opiniones con sus compañeros de viaje, volvió a introducir en la cesta, con el pulgar, la cabeza del animal que protestó de forma enérgica; la escena se repitió una y otra vez, patos y mujeres competían por ver quién graznaba más, enloqueciendo a cualquiera, hasta que se decidió torcer sin piedad el pescuezo al animal y atar mejor el nudo que cerraba la canasta. La esposa del enviado, que contemplaba pasmada los hechos, se volvió varias veces hacia él, como si quisiera decirle algo, pero, quién sabe por qué, siempre acababa pensárselo dos veces; el violento desenlace, sin embargo, la impulsó a manifestar en voz alta su indignación; el hombre le contestó que no había ocurrido nada que se apartara de lo habitual; la mujer estalló amargada:

—¿Será posible?—preguntó—. ¿No somos personas?

—Pues sí, pero igual nos comeremos el pato—respondió el enviado, y su esposa calló.

El ni siquiera se había dado cuenta de que se habían puesto en marcha. No esperaba nada interesante del camino; procuró, eso sí, mantener despierta la atención y resguardarla de las influencias engañosas que la amenazaban tanto desde dentro como desde fuera del vehículo. A su lado, como si obedeciera a un tácito juramento, su esposa aguantaba en silencio la tensión del viaje, reflejada en sus ojos y en algún que otro gesto de inquietud; a veces no podía reprimir los comentarios que se afanaban por salir, al principio en voz baja, con cautela, como quien no cuenta con que lo escuchen, y luego ya más atrevida, más animada, exigiendo respuesta, hasta que el hombre se percató de que habían iniciado una conversación en toda regla. Enfadado, se volvió hacia la ventanilla; de seguir así, la labor subterránea de la mujer acabaría incluso con el mínimo resultado que había conseguido en la ciudad; su presencia le pondría límites a todo, lo encauzaría todo hacia la inadmisibles moderación... He aquí la consecuencia de su error, el fruto de la ligereza, por cuya dulzura ya tenía que pagar un precio.

—¿Dónde nos bajamos?—preguntó la mujer.

—Ya te avisaré—respondió. Era donde acababa la pendiente; no habían pedido información más precisa. Al comienzo del viaje, el enviado había desechado con irritada determinación tal ayuda—que para su esposa suponía un evidente alivio—y ella acabó fiándose de él.

Al principio, no obstante, avanzaban cuesta arriba, jadeando, resollando, y ese terreno desgarrado por el dolor y acribillado por las armas que debería haber sacudido al autobús con la furia de un ataque de fiebre, que debería haberlo tumbado de bruces y puesto patas arriba y ladeado y enderezado de nuevo, había sido aplanado y convertido en una carretera lisa, en parte fiable, de una red de comunicaciones que se desplegaba por un inane paisaje montañoso que, a pesar de ofrecer la vista sin duda impresionante de la llanura que se extendía abajo, carecía de toda singularidad y podría haberse encontrado en cualquier otro sitio: el enviado lo contemplaba con fría indiferencia, casi con desprecio.

De repente observaron un cambio: la pendiente se enderezó, el autobús cambió de marcha con grandes crujidos y empezó a disminuir la velocidad como si se acercara a una parada.

El enviado se levantó del asiento:

—Nos bajamos—dijo a su esposa.

Nadie los siguió; ningún viajero tenía nada que hacer en esa parada dejada de la mano de Dios, y cuando el autobús prosiguió su marcha, se quedaron solos en el paisaje desierto, lo cual era, dicho sea de paso, una circunstancia favorable que sólo podía beneficiar a su trabajo.

Pero ¿dónde estaban? En ese punto, la carretera dibujaba una amplia curva y a no más de cien metros empezaba su recorrido cuesta abajo; a todo ello, el alto en que se hallaban, ese lugar desprotegido, expuesto a los rayos asesinos del sol del mediodía, no era la cima de aquella cresta. Era una zona pelada, sin vegetación, cubierta por una grava blanca que aumentaba la intensidad de la

luz hasta deslumbrar. No había allí ni huella de los edificios bajos y largos que, según los cálculos del enviado, debían de estar un poco más arriba a la izquierda, con la techumbre empinada que en el centro ascendía aún más en dirección hacia el edificio principal, y sobre todo con la bandera, con esa bandera—sea cual fuera la del momento, pues daba igual—que colgaba lánguida en verano, a la hora del mediodía. ¿Lo habían engañado? ¿O se había equivocado él? Su esposa esperaba en silencio, inmóvil y paciente, a su lado. En ese instante que había de ser, por pura lógica, el primer instante de la acción, del acto tanto tiempo esperado, él permanecía paralizado por la impotencia y miraba alrededor en un estado de pánico.

—¿Qué pasa?—preguntó su esposa tímidamente; o sea, que el fracaso se dibujaba en su cara; pero ¿podía reconocerlo, podía mostrar, una vez más, su debilidad ante la mujer?

—Me he equivocado. No sé hacia dónde hemos de ir—respondió él.

—Ya se lo preguntaremos a alguien—dijo la mujer en voz baja, sin dar señal alguna de sorpresa, introduciendo con una sonrisa la magia de las cosas sencillas en esta inconcebible iniciativa; y la repentina alegría de estar acompañado, de contar con un sensible testigo de su miseria, lo inundó por dentro, ardiente como la vergüenza.

—¿A quién?—preguntó.

—A quien sea. A ese señor de ahí, por ejemplo—dijo la esposa señalando a una figura que se les acercaba.

El hombre, evidentemente, no se dirigía hacia ellos, y, si no lo hubieran detenido, habría pasado de largo, con toda probabilidad rumbo a la parada del autobús.

¡Y qué hombre! El enviado lo miró con creciente incredulidad. Iba vestido de pies a cabeza con una ropa deportiva a grandes cuadros; a pesar del calor sofocante, llevaba chaqueta y pantalones que le llegaban a las rodillas, botas y medias de lana y una gorra también a cuadros, de la misma tela que la ropa. Caminaba como si anduviera sobre zancos, atravesando con seguridad y prudencia un barrizal que sin duda le resultaba conocido; llevaba gafas de montura dorada sobre la larga nariz; y la servicial sonrisa desveló una hilera de dientes de oro.

¿Cómo apareció ante ellos en ese paisaje desierto y, además, precisamente en el momento en que lo necesitaban? ¿Era un peregrino o un habitante de la zona? ¿Era real o una ilusión? Al enviado no le quedó más remedio que plantear estos enigmas y tratar de adivinar la solución.

Sea como fuere, allí estaba y hablaba, o sea, que no cabía duda acerca de su realidad. Claro, claro que podía ofrecerles información. Se le iluminaron los ojos. Estiró el largo brazo, en cuyo extremo la mano grande y huesuda señaló precisamente en el sentido opuesto al calculado por el enviado. ¿Buscaban ellos la curiosidad de la zona? Habían de ir siempre en esa dirección y darse prisa, además, porque el programa estaba a punto de empezar: había allí un cine y un museo, ruinas históricas y obras modernas, espectáculo para los vivos y descanso para los muertos, un programa variado y didáctico, con un horario garantizado y medido al minuto y con cada una de las partes a cargo de un conferenciante experto o de un guía turístico.

—¿Cómo?... ¡Pero usted qué dice!—se asombró el enviado.

—Pues sí—sonrió el hombre.

—¿Ha estado allí?—insistió.

—Más de una vez—sonó la orgullosa respuesta.

—¿Por qué?—inquirió el enviado.

—Porque resido no lejos de aquí y vivo solo. ¿Qué quiere que haga los domingos?—preguntó el hombre, lanzando una mirada penetrante, casi de reproche, a su interlocutor.

—¡Vamos!—dijo el enviado, cogiendo a su esposa del brazo y volviéndose hacia la dirección

indicada. El hombre estaba evidentemente loco; y si no estaba loco, era un canalla; sea como fuere, pronto se sabría si decía la verdad.

Sólo tuvieron que dar unos pasos para llegar a la cima de la colina, que parecía un cono truncado; los recibió una ligera brisa que les refrescó la frente, que ardía; el enviado se sonrió sin querer—así se devuelven los saludos esperados—y respiró hondo, con expresión concentrada, como un experto que se dispone a juzgar el aroma de un vino rancio. Sin embargo, ya se perfilaban ciertas perturbaciones que podían interferir en su trabajo; un centelleo insoportable lo cegaba: más adelante, los rayos del sol ejecutaban una danza desenfadada sobre una docena de superficies de vidrio y metal, como mínimo. ¿Eran autobuses? En efecto. Inmóviles, esperaban vacíos a sus viajeros, que se hallaban lejos. Desde luego, no pertenecían al parque de autobuses regionales. Estos, grises y desgastados, debían sentir vergüenza ante esos portentos de la industria del automóvil, azules, rojos, amarillos, verdes y marrones, algunos de los cuales podían vanagloriarse incluso de sus dos pisos y de su aire acondicionado, aunque los más modestos lucían asimismo llamativos rótulos en los flancos para seducir a los viajeros con las estridentes ofertas de las oficinas de turismo. El enviado se acercó para ver mejor: leyó nombres de ciudades y países, más cercanos y más lejanos, de los cuatro puntos cardinales del mundo. El golpe fue inesperado; no contaba con la presencia de turistas. Pensándolo bien, sin embargo, y dejando incluso de lado las palabras del hombre que les había informado hacía un momento, ¿no era fallo suyo el hecho de que esta circunstancia lo encontrara tan inerme? Los turistas son como las hormigas: se llevan con diligencia, migaja a migaja, el significado de las cosas; con cada palabra, con cada fotografía, desgastan la muda importancia de cuanto los rodea. Debería haber pensado que no desaprovecharían precisamente esta posibilidad. ¿Dónde estarían? Miró alrededor con curiosidad y amargura. No podía saberse si era la pausa o si, por el contrario, el espectáculo se estaba celebrando para ellos, al máximo rendimiento, en algún sitio. No se los veía por ninguna parte y sólo la amenaza muda de sus autobuses abandonados podía reclamar derechos de propiedad sobre esa zona desierta.

Se espabiló al oír la llamada de su esposa; con las prisas, la había dejado atrás, y desde allí lo llamaba. Le señalaba algo; el enviado se dio la vuelta para seguir con la mirada la dirección que indicaba el brazo levantado.

—¡Mira, una puerta!—exclamó la mujer.

En efecto: allá en la cresta, en el linde entre la tierra y la nada, donde acababa la pendiente y la imaginación intuía el abismo, un pórtico de dos batientes se alzaba solitario hacia el cielo.

El enviado se encaminó hacia allí con lentitud, con cierta reserva, como si la cautela marcara los pasos de la esperanza: ¿era eso la puerta?

Tal vez. ¿Por qué no? Por la situación en el terreno, por el punto destacado en esa pendiente escarpada, resultaba probable que lo fuera. La hipótesis había de ser admitida, sin duda; eso sí, sin los latidos del corazón, que se abalanzaba como un poseso sobre cualquier posibilidad, por incierta que fuese, y llevaba la razón ponderativa por caminos erróneos: la puerta debía de ser más grande. Esta puerta era pequeña, insignificante, una nonada, se perdía, casi ridícula, en el entorno. ¿Y los adornos de hierro forjado en las aberturas de los dos batientes? ¡Los dibujos! ¡Los ringorrangos! ¡Ese tejido intrincado, el curso de ese entramado férreo, las ensambladuras, los ornamentos, tan complejos, tan indescifrables, que se cruzaban y se entrelazaban como si fuesen las líneas del destino! ¿Dónde estaban? El dibujo del adorno de ahora era tan simple que no existía la mirada que no pudiese comprenderlo a la primera: rombos, vulgares rombos de hierro forjado, distribuidos en hileras paralelas mediante líneas verticales, con soldaduras dobles en los puntos de unión. Era incuestionable que se trataba de una excelente labor de artesanía, pero no tenía nada que ver con la

obra artísticamente trabajada que debía ser. A pesar de todo, sin embargo, era la puerta, no cabía la menor duda.

—Veo una inscripción en el centro—dijo la mujer; no obstante, se hallaban demasiado lejos para poder leer el texto dividido en cinco partes (cinco palabras, a buen seguro) que, incrustadas en el adorno de la puerta, parecían más que nada una ramificación del ornamento—. A... a...—trató de deletrear.

—A cada cual lo suyo—le ayudó el enviado.

La mujer calló, volvió la cabeza y la inclinó: una niña avergonzada a la que acababan de cantarle las cuarenta mientras jugaba distraída.

—Extraño—dijo en voz baja.

—Por supuesto—sonrió el enviado—. A algunos les resulta extraño, desde luego. Pero lleva inherente una verdad que es preciso tomar en consideración, aunque, claro, hay que darse cuenta—añadió.

Su esposa le lanzó una mirada escrutadora:

—¿Vale también para nosotros?—preguntó.

El hombre calló.

—Me estás reteniendo—dijo luego—. Tengo que irme.

Se adelantó rápidamente y no tardó en llegar a la puerta a grandes zancadas.

—He de echarle un vistazo—murmuró.

Sin embargo, la persona a la que iba dirigida esta improvisada explicación justificativa, su esposa, no se encontraba ya a su lado. Se dio la vuelta: la mujer se hallaba sola allí donde acababan de estar los dos. No había dado ni un solo paso para seguirle; no se había movido ni un ápice; únicamente lo seguía con los ojos, que parecían torturados por el inútil combate contra la luz deslumbrante. Con el codo alzado delante del rostro, trataba de protegerse mediante la sombra delgada y escasa que proyectaba su antebrazo; la distancia y la perspectiva desmesurada, debida al vacío que había detrás, enseguida redujeron su figura; por un instante, el enviado se entregó a la angustia sin nombre procedente de esta dolorosa visión. ¿Qué podía hacer por la mujer? Se llevó las manos a la boca a modo de bocina:

—¡Enseguida vuelvo!—gritó, con las rejas de la puerta al fondo.

El rostro de la mujer realmente pareció convulsionarse por el esfuerzo que le supuso gritar:

—¿Cuándo?—se elevó su voz, provocando una extraña sensación en el enviado, la sensación de pasmo que se produce cuando uno descubre algo en sueños. Precisamente esta pregunta había de sonar allí; y precisamente así, esparcida sin fuerza en el aire y, sin embargo, multiplicada por el eco, sí, como si la pregunta no viniera de ella, sino que la hubiera soltado así sin más, resucitando con su voz viva el alma muda de todas las preguntas que descansaban en el paisaje. Y él casi se estremeció al advertir que debía responder.

—¡En hora y media sale el autobús para regresar!—gritó.

¿Qué debilidad se había apoderado de él? ¿Por qué cedía a una exigencia que ni siquiera se había planteado? Dio media vuelta, casi consternado por sí mismo: era suficiente, había sacrificado mucho, demasiado, por la mujer. Y ya que se había dejado atrapar por las ataduras del tiempo, no le quedaba ni un minuto que perder.

## EL ASOMBRO. LA INSPECCIÓN. EL HOSTAL

Se enfiló directamente hacia la puerta. Tan pronto como dio unos pasos, sin embargo, se detuvo; algo

que debería haber observado durante todo el tiempo, pero que ignoró al tratarse, por lo visto, de una circunstancia de carácter secundario, se plantó de pronto ante él como un hecho inamovible, con la tenaz resistencia de la materia: la puerta estaba cerrada. Por pura lógica, había de abandonar, pues, el plan previsto de entrar en el escenario de su trabajo franqueando sin más el umbral: un repentino acceso de ira inundó al enviado. ¿Lo obligaban a dar un rodeo? ¿A introducirse por una puerta trasera, a hurtadillas, allí donde había de llegar con la cabeza bien alta, como un conquistador? Le dieron ganas de abalanzarse sobre la puerta, de forzarla o echarla abajo, de vencer la maligna y siempre renovada resistencia de los objetos; el sentido común, sin embargo, se impuso.

Dos o tres pasos lo separaban de la puerta; debía darlos cuesta arriba. Por el momento no podía ver más allá, ya que el terreno volvía a bajar después: si hubiera luchado con la puerta, ¿habría podido resistirse a la tentación de echar al menos un vistazo al otro lado, haciendo peligrar, por tanto, el resultado, el objetivo, la enorme expectativa que había puesto en esta vista?

Siguió, pues, por un sendero; de hecho, ni siquiera era un camino, sino más bien el recuerdo de unos pasos en el terreno, algo así como un linde; lo condujo a la vera de los restos caducos de una alabrada en plena descomposición, cuyo mantenimiento había sido abandonado, por lo visto, dejando que el tiempo la carcomiera y ennegreciera. Con la punta del dedo, el enviado tocó suavemente las púas oxidadas y quebradizas: muy hábil, para empezar, pensó. A cualquiera le habrían entrado ganas de detenerse y recrearse obedientemente en tal imagen de la decadencia, si no hubiese sabido, claro, que este era, precisamente, el objetivo, y que el espectáculo de la transitoriedad era sólo el anzuelo de las cosas. Sea como fuere, se trataba de una trampa bien pensada, de una idea ingeniosa... ¿Para qué más habría de estar preparado? No debía precipitarse, pues ahora era libre; nadie ponía condiciones inoportunas; él mismo fijaba las leyes de su trabajo y sólo él se responsabilizaba de sus errores y resultados. Aquí había que aplicar un método distinto del de abajo en la ciudad, aquí no tenía que hacer hablar al lugar, sino todo lo contrario: él mismo debía convertirse en piedra de toque del lugar, él mismo debía hablar. Transformarse en instrumento musical para que su sonido fuera la señal; sí, ahora no tenía que alumbrar lo que veía, sino alumbrarse a sí mismo ante aquello que veía; no tenía que reunir pruebas, sino convertirse él mismo en prueba, en testigo frágil pero implacable del triunfo que lo atormentaría luego en forma de certeza.

Uno o dos pasos más, y la alabrada se interrumpía; allí tendría que doblar a la izquierda para ver. Se detuvo para controlarse: sí, no tenía sentido sacar el bosquejo del terreno que traía en el bolsillo, por si acaso. Todos esos preparativos, cálculos, controles y mediciones habían surtido su efecto y él sabía perfectamente qué habría de ver en cada momento: la vista que aparecería se alzaba ante la mirada interna con sus perfiles inertes, con sus rincones, plazas, edificios, barracones y senderos: no tenía que hacer nada, salvo comprobar la existencia de lo ya sabido y entregarse luego a este saber.

Se dio la vuelta y en el punto más propicio de la elevación, donde el paisaje se abría para permitir un amplio vuelo, dejó volar libremente la mirada como el cazador a su halcón; y lo que vio lo dejó petrificado.

A sus pies se extendía un terreno vacío, una ladera pelada, azotada por el viento y cubierta de hierba, que se estiraba hasta una franja boscosa lejana, ondulada y oscura.

¿Quién lo había conseguido? ¿La naturaleza o la labor destructiva de la mano humana? No, la naturaleza no realiza por sí sola un trabajo tan perfecto. El enviado miró alrededor, desconcertado: nada por ningún sitio, sólo esta pendiente limpia con su color verde que invitaba a pasear. Sí, un trabajo perfecto, aunque precisamente la perfección revelaba a la vez la angustia que, a todas luces, había obligado a proceder así. Esta vez no se habían permitido ninguna negligencia; no habían dejado

nada a la mera apariencia, al azar, a las posibilidades siempre inciertas que ofrecía el laberinto de la decadencia natural y de las relaciones accidentales. ¿Y no habían logrado su objetivo? ¿No cabían dudas ya respecto al lugar? Por primera vez en el viaje, el enviado sintió que el presentimiento de la derrota se apoderaba de él, como el aturdimiento propio de los sueños pesados y atormentadores.

¿A qué agarrarse para adquirir certeza? ¿Con qué luchar si lo habían despojado de todos los objetos de la lucha? ¿Cómo comprobar la resistencia si nada se le resistía? Se había preparado para el combate y había encontrado un campo de batalla vacío; no lo obligaba a deponer las armas el enemigo, sino la ausencia del mismo...

Formas humanas en movimiento se desprendieron del fondo radiante; el enviado volvió la cabeza hacia allá en un gesto de irritación: las figuras se le acercaron desde la derecha. ¿Quién era esa mujer con cuello de ganso? Su rostro pequeño, prematuramente envejecido, parecía un fruto tratado en el secadero de la diligencia sufriente. ¿Y qué significaban su uniforme gris y su corbata raída? ¿Era guía, exploradora, guarda de un cementerio o representante de la autoridad de control? ¿Y quién era esa persona inmóvil a su espalda, esa sombra muda que se perfilaba un poco más allá en la culminación de la pendiente, con un vestido negro que le caía casi hasta los tobillos, con un velo negro que ondeaba en torno a su cara mecido por el viento? ¿Quién era ese espectro oscuro entre los dorados y azules de la luz? ¿Una pesadilla de la antigüedad? ¿Antígona que, en vez de las nobles columnas de Tebas, sólo tenía a sus espaldas el perfil sombrío y objetivo de una gélida chimenea carcomida por el humo?

La mujer de uniforme ya estaba ante él; el enviado no comprendió sus palabras. En ese momento de pasmo, ante esa imagen brutal y descarada de la traición y la deslealtad, sólo entendió que alguien pretendía plantarse ante él, poner nuevas trabas a su trabajo e impedir que siguiera adelante. ¿Lo consideraban un intruso? ¿Un turista que se había apartado del rebaño? Dijo algo a la mujer, pero sin tomar conciencia de sus propias frases. Tuvo, sin embargo, la sensación de que su voz resonaba en el paisaje, de que sus palabras eran capaces de romper diques o de detener una inmensa riada. Le lanzó a la cara su identidad y toda la pasión de su furia trémula.

¡Cómo calló la mujer! ¡Cómo se esfumó! El enviado debía de parecerle un gigante para lograr tal efecto... Magra satisfacción, pues ¿qué fruto obtendría?

Bajó por la pendiente al sesgo, cruzando los prados; ni él sabía por dónde iba ni para qué. Sus piernas lo llevaban cada vez más rápido; recorrió el terreno a diestro y siniestro, como un sabueso que ha perdido la pista, por senderos inexistentes rumbo a los lugares imaginados de hipotéticos hallazgos, y no experimentó nada salvo la paciencia del paisaje, de las laderas y planicies, suave y tenaz y siempre maliciosa. Fue a parar a un herbazal que le llegaba a las rodillas, se enzarzó en la maleza, y la grava que cubría un claro chirrió bajo sus zapatos. Los tallos temblaban al huir los saltamontes, las mariposas bailaban su danza estival ante sus ojos, mientras que una ansiosa águila ratonera se cernía sobre el bosque a la espera de alguna presa. Poco a poco, la sensación de desamparo propia de la irrealidad se adueñó del enviado. ¿Había ido a parar a un sitio equivocado? Si allí no había nada de lo que tenía que haber, quizás eran erróneas sus hipótesis y falsas y abstractas las pruebas. Entonces, ese lugar tampoco era lo que era, sino tan sólo su idea fija; y él tampoco era el que era y su misión era un error. El espacio, el tiempo, la tierra bajo sus pies: nada de eso era verdad. Y tampoco existía otra verdad, sino tan sólo una inspiración irresistible que no cesaba de asediar sus sentidos: el silencio y la paz estival de la suave ladera; sí, siendo así, tenía que renunciar a su encargo y aceptar esta oferta, la única verdadera y asible, el oro embriagador del verano llameante, así como las lagartijas que se deslizaban ágilmente a sus pies, expulsados por sus pasos de la paz soleada de su dichoso presente.

Dio media vuelta, para dirigirse de nuevo al alto del que había venido. ¿Debía aceptar el fracaso? ¿Conformarse con la certeza hostil de las lagartijas y de los insectos, de los paisajes y de las cosas, del sol y del cielo e incluso de sus propios sentidos, de su cuerpo incuestionable, de los pies que le pesaban como plomo, de los ojos que le ardían, del cerebro que cedía al cansancio? Sí, ¿no era acaso él mismo, que ya se estaba dejando llevar por la tentación, un enemigo? El enviado miró alrededor: ¿qué podía probar? Más arriba, unas sombras negras y unas hileras que iban desfilando salpicaban el terreno verde: ¿eran los turistas? ¿Habían concluido una parte del programa y esperaban ya la otra? Vio a lo lejos un edificio solitario parecido a un pabellón; el grupo se dirigía hacia allá; avanzaba como un obediente rebaño hacia donde lo empujaban y su cháchara despreocupada despertaba el paisaje dormido.

El enviado se enfiló hacia allí, apresuró los pasos y no le resultó difícil mezclarse con ellos. Fue a parar a un espacio que parecía una sala de exposiciones: ¿qué era? Creyó haberse perdido en un acuario, entre monstruos muertos, dragones disecados y fósiles prehistóricos; la sala olía a recién pintada, todo estaba alegremente iluminado, delimitado mediante barreras, guardado tras cristales. Ese ambiente sosegado de orden arrogante, abstracción discreta y objetos científicamente preparados, presentaba un material de exposición peculiar que, sin embargo, no llegaba a ser vergonzoso: depósito de accesorios para novelas de horror, feria de muestras para sueños sucios, colección de instrumentos muertos de épocas perdidas en el tiempo, tienda de curiosidades. Miraba y no reconocía nada. ¿Qué podía demostrarle, a él, o a cualquier otro, ese trastero hábilmente disfrazado de polvoriento material museístico? Sólo el uso podía dar vida a esos objetos, sólo la experiencia podía servir para demostrar su eficacia, y allí no había más verdad que la multitud y el aire viciado de la sala. Pero ¿habían encorralado allí suficiente gente? ¿Era bastante sofocante el aire de la sala? Con qué comodidad se movía esa muchedumbre melindrosa en la templada atmósfera: los rostros reflejaban un moderado interés por una aventura previsible que habían emprendido por ligereza y aburrimiento. Asentían, miraban, había cosas que les gustaban, otras ante las cuales daban media vuelta y se alejaban.

No tenía nada que hacer en ese lugar: largo de allí, fuera, a la negación al menos muda y reservada de la luz del sol y del terco paisaje. Tuvo que atravesar otra multitud, la de quienes esperaban en el exterior, donde se metió entre el calor de los cuerpos, donde su olfato fue atacado por el aroma del tabaco y de los perfumes y su oído, asediado por la cacofonía de los charlatanes. Se abrió paso con los codos y el vocerío lo acompañó hasta la cima.

Aún era temprano. Al venir, tres horas le habían parecido poco para el trabajo; luego se conformó con hora y media, que en esos momentos ya le resultaba excesivo. No veía a su esposa por ninguna parte. Decidió dar un breve paseo por la zona. Caminos que guardaban su secreto y carecían de señales lo llevaron sobre su lomo con la muda indiferencia de los animales de carga, que transportaban las cosas pero no conservaban el recuerdo de su peso. ¿Y qué apareció en una de las suaves vueltas del onduloso paisaje? ¿Qué tentación atrajo la mirada en medio del anillo formado por los coches aparcados? Era un edificio nuevo que daba toda la impresión de haber sido concebido precisamente para ese lugar y construido sin más dilación: ¿un restaurante? ¿Por qué no? El enviado ni siquiera se extrañó. El desparpajo era al menos atrayente y no disimulaba su oferta. Se acercó a paso tranquilo; el letrero prometía una cerveza extraordinaria, refrescos, platos fríos y calientes. Se trataba, sin duda, de una institución muy útil; la necesidad en la que se basaba era tan implacable como la inocencia de los niños.

Entró y, con el fin de echar un vistazo al establecimiento, se detuvo junto a la puerta, como un cliente que busca sitio para sentarse. Estaba lleno, las mesas todas ocupadas; los camareros,



ajetreados, se abrían paso con pesadas bandejas y bebidas burbujeantes. Su mirada se posó en un ruidoso grupo: sólo hombres estaban sentados en torno a una mesa, con rastros de comida consumida delante, con vasos llenos y gran cantidad de otros ya vacíos. Enseguida se veía que no eran turistas; y si lo eran, no se trataba de gente cualquiera, desde luego. A todas luces, permanecían allí sentados como si estuvieran en casa, como si se atribuyeran un derecho de propiedad sobre el lugar; mientras, sin embargo, se movían inquietos, como extraños, en sus asientos. Los reconoció. ¡Cómo no los iba a reconocer! Eran ellos, sí, conocidos desconocidos, tentados por la necesidad de volver, igual que siempre deseamos volver a ver nuestras pesadillas, con la esperanza secreta de entenderlas algún día... Habría sido interesante preguntarles si habían tenido éxito o si habían fracasado, si se habían sentado allí para celebrar o para olvidar. Fue recorriendo una a una las caras con la mirada, y tuvieron que percibir su anhelante presencia porque—como obedeciendo a una señal del instinto que aún se movía en lo más hondo del aturdimiento—callaron de repente y escrutaron al nuevo huésped antes de volver a mirarse unos a otros; y en verdad se estremeció el enviado por la intensidad de la tentación de descubrirse y sentarse con ellos a la mesa.

Pero ¿qué habría conseguido? ¿Traicionar su trabajo, completar su fracaso? ¿Intentar compartir con ellos lo incompartible, hacerse creer a sí mismo que no estaba solo? No, tal solución estaba reservada a los más afortunados. Había perdido, pero el juego continuaba. Aún no podía renunciar al encargo: sí, pensó con amargura, aún no había concluido la derrota.

Se volvió hacia la puerta sin presentarse ni identificarse y se dirigió sin más a la parada del autobús, donde a buen seguro ya lo esperaba su mujer.

## **EL JARDÍN DE LAS PALMERAS. LA MUJER DEL VEL NEGRO**

Llegó a tiempo: tan pronto como saludó a su esposa, ya apareció el autobús en la curva que trazaba la carretera. La pregunta que dio la impresión de gestarse, por así decirlo, en los labios de la mujer quedó flotando, pues, en el aire. Por fortuna, el ruido ronco del motor, que el conductor utilizaba por lo visto como freno en ese trecho descendente, acalló todas las otras voces, o sea, que no se presentó la oportunidad de conversar durante el trayecto. Además, ¿qué habría podido decir? No tenía derecho de aclarar las cosas a su esposa; no podía refutar la seriedad de su mirada, no podía volverla contra sí mismo; tampoco podía preguntarle qué significaban esas flores pratenses en su regazo, que quizá se llevaba para guardar en casa como objeto de culto de su muda alianza, ni tratar de averiguar dónde había estado mientras él llevaba a cabo su inspección; no podía inquirirle de qué la habían convencido, a qué trampa la habían llevado, por qué apariencia se había dejado engañar. Sólo la rebelión de la indulgencia podía responder, con desprecio, a la sorna desafiante de los hechos puros y duros, y él tenía que guardar su secreto y asumir solo su responsabilidad, el vacío que lo consumía.

¿Por qué no sentía gratitud, sino ganas de mostrar su malhumor y de pelearse, al ver a su mujer echarle, con muda obediencia, una mano en su esfuerzo? Era una pregunta estúpida, que sólo servía para distraerlo del trabajo.

Ayudó a su esposa a apearse del autobús; volvieron a ver la plaza de antes; el tráfico del mediodía hervía sobre el asfalto, que se derretía. Decidieron ir a almorzar; tenían hambre. Después de deliberar brevemente sobre la dirección a seguir—ambos mencionaron las indicaciones de Hermann y, tal como se descubrió, las interpretaron de manera diferente—, se dejaron llevar por

calles y caminos que transcurrían entre palacetes, románticas plazas, parques con arbustos podados y sauces llorones aletargados por la luz del sol, como si confiaran en que el deseo los condujera finalmente a su destino.

No podían equivocarse: esa soberbia fachada, esa magnífica puerta giratoria, ese portero que lucía los galones y charreteras de su traje oficial diseñado medio en serio, medio en broma, no podían engañar a nadie. Su inclinación de la cabeza era un saludo para cómplices, su gesto con el brazo una invitación regia para adentrarse en un reino mágico; atravesaron un vestíbulo sumido en la penumbra, hundieron los pies en gruesas alfombras, y las mesitas que los rodearon, lacadas y centelleantes, así como el suave cortinaje, eran tan prometedores como el mudo canto de las sirenas que convidaba a encallar en esos lujosos arrecifes de coral a quienes sabían morir felizmente. Un *maitre d'hôtel* los recibió en la puerta del restaurante; un camarero jefe vestido de frac los acompañó—qué inesperada profundidad oceánica—a un jardín adornado con palmeras. Componer el menú fue un sutil tanteo para iniciados, una ceremonia de preguntas discretas y de respuestas que tenían el poder de un hechizo, que resolvían toda duda y desembocaban en una atención servicial, ágil y sin reservas. El mundo de las copas de cristal tallado, de los cubiertos de plata y de las porcelanas de marca lo envolvió en su telaraña; las sonrisas distinguidas y la conversación, llevada en voz baja y en diversos idiomas, lo adormilaron; los suaves tintineos, las fragancias flotantes, el humo del tabaco que cambiaba de forma y se ensortijaba como lánguidos animales marinos, le embargaron los sentidos; las bebidas espumosas y burbujeantes y el ligero vaho que cubrió el reluciente cristal con la suavidad de una emoción repentina lo hechizaron; el placer liberado de su propio cuerpo lo impulsó, mediante el encanto de los sabores, a emprender la aventura ciega de la glotonería; y el enviado permanecía sentado en lo hondo de esa bruma verde, perdido y extasiado, como quien se ha hartado de probar frutos de loto. ¿Dónde estaba su trabajo? ¿Existía aún?

Reclinándose satisfechos, los dos desterrados del triunfante y campante presente coronaron el sopor con un aromático tabaco y ponderaron otras posibilidades de emplear el tiempo. La mujer propuso un paseo; lo confrontó con sus manifestaciones del día anterior y le sugirió el cumplimiento de sus promesas relativas a la ciudad. Y, a decir verdad, ese momento equívoco, en el que cualquier certeza parecía dudosa, no ofrecía ningún argumento contra la perspectiva de salvar el día truncado y cargado de rupturas y entregarse juntos al placer y al olvido de sí mismos.

Pagaron; el acto brutal se vio mitigado por la delicadeza del procedimiento, por las discretas miradas hacia otro lado y por una sonrisa conciliadora. Volvieron a sumirse en la molición del vestíbulo; mientras la mujer se dirigió con su neceser a los servicios para arreglarse, el hombre se quedó mirando un amplio sillón que invitaba a sentarse.

¿Qué le impidió repanchigarse y bostezar allí a sus anchas? ¿La intensa vergüenza cuyo ardor atravesaba incluso la pereza y la satisfacción? ¿O esa mujer vestida de oscuro que, salida de quién sabe dónde, se acercó sin hacer ruido sobre la suave alfombra y se plantó ante él para escrutarlo con una mirada supuestamente ardiente y misteriosa desde detrás del velo negro?

¿Cómo había llegado? ¿Lo había adelantado o seguido? ¿Y por qué no decía nada?

—¿Señora mía?—preguntó por fin el enviado, sin saber cómo había dado con esta fórmula tan anticuada que, de un lado, interrogaba y, de otro, marcaba las distancias.

—¿Señor mío?—sonó una voz profunda de mujer, devolviendo la interpelación y dando la impresión de que el velo temblaba un poco por una risa reprimida.

—¿Desea usted algo de mí?—preguntó el enviado.

—¿Qué puedo yo desear de nadie?—respondió la mujer—. Lo vi arriba—añadió.

—¿Arriba?—inquirió, inseguro, el enviado.

—Ahuyentó usted a la celadora. Y habló de un encargo. ¿Qué hizo?—el enviado se estremeció al percibir el matiz implacable de la voz.

—¿Con qué derecho me pide usted explicaciones?— preguntó en un tono más afilado del que pretendía.

—¿Con qué derecho puede usted callarlo?—contestó la mujer con la misma aspereza.

—No sé quién es usted, señora mía—dijo el enviado, confuso.

—A estas alturas ni yo mismo lo sé—sonó la respuesta. El rostro velado se movió y se volvió ligeramente hacia un lado—. Mi padre—dijo poco a poco, introduciendo una pausa entre cada palabra—. Mi hermano. Mi novio.

—Lo siento muchísimo—dijo el enviado—, no puedo hacer nada.

El velo negro volvió a colocarse frente a él.

—Mi padre, mi hermano y mi novio—repitió la mujer como si no lo hubiera escuchado.

—Hice todo cuanto pude—dijo el encargado—, no puede acusarme de nada.

—No me entiende—respondió la mujer—. Ni se me ocurre acusarlo de nada: no existe acusación que usted no pueda refutar, puesto que está aquí.

—Por casualidad—dijo el enviado.

—Las casualidades no existen—sonó temblorosa y apenas audible la voz desde detrás del velo—. Sólo existen las injusticias.

Se produjo una pausa. No había respuesta a esta afirmación. ¿Cómo demostrar lo contrario? ¿Podía aparecer un testigo creíble que lo probara?

—Estoy aquí para intentar reparar esta injusticia— dijo, sin embargo, en voz baja, como quien trata de justificarse.

—¿Repararla? ¿Cómo? ¿Con qué?—Y el enviado encontró de repente las palabras como si las viera impresas:

—Dando fe de todo cuanto vi—. Luego añadió con voz un tanto quejumbrosa, como si pensara en voz alta—. No creía que aquí pusieran tantas dificultades a mi trabajo.

—Quizá sea usted quien se pone dificultades: se rodea usted de demasiada ligereza—sonó la respuesta.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué hace aquí su esposa?

Aunque daba impresión de contar ya con esta pregunta, el enviado se sintió débil, como quien de pronto se ha vuelto desprotegido.

—Usted calla. Lo anoto como un punto a su favor— señaló la mujer, que se llevó la mano al velo. Lo apartó con un ligero movimiento. Y el enviado se vio frente a frente con una cara que ya no era, siquiera, una cara, sino el retrato amarillo, apergaminado y petrificado de un rostro. Y esa máscara, a la que sólo el reflejo de un resplandor interno daba vida, lo miraba pidiendo responsabilidades, muda e insaciable, un monumento a la intransigencia, cuya exigencia lo absorbía todo.

El enviado se volvió asqueado.

—No—dijo—. Lo he hecho todo. Todo. No puede exigirme más de lo que me permiten mis facultades. ¿Qué más quiere? Mis posibilidades también tienen límites... las dimensiones de mi fuerza... ¡También yo tengo mis derechos!—gritó casi.

—¡Pues aprovéchelos!—oyó aún esa voz que retumbaba como un órgano.

Y, al darse la vuelta para seguirla—¿con qué fin? ¿para retenerla? ¿para buscar la conciliación?—, ya sólo se encontró con la sonrisa de su esposa, que acababa de regresar.

—¿Qué ha pasado?—preguntó la mujer.

—Nada—respondió—. Pero tendremos que cambiar el programa—añadió, y observó impotente cómo se extinguía el brillo de un rostro vivo y se apagaba una sonrisa.

## HORA PUNTA

Ya no prestaron atención adonde iban. Aumentó el número de gente en las aceras. Avanzaron a empujones en el creciente tráfico de peatones, un grupo que les venía de cara los separó, y cuando el enviado logró abrirse paso, no encontró a su esposa por ninguna parte. Al final, sin embargo, la vio. Estaba a escasos metros detrás de él, entre las cajas y los expositores giratorios de una librería puestos en la acera, con un libro de cubierta anticuada en la mano.

—Ifigenia en Táuride—dijo ella sonriendo, al tiempo que se inclinaba para volver a colocar el ejemplar en una de las cajas, de donde, por lo visto, acababa de sacarlo.

—Romanticismo charlatán y barato disfrazado de clasicismo—respondió el enviado con ademán de menosprecio.

—No lo sé—dijo la esposa—. Por el motivo que fuera, me gustaba mucho en mi época de estudiante. Hoy por hoy he olvidado incluso de qué trata.

—Mejor así—dijo el enviado—. Mentira y engaño rimados.

—Yo no recuerdo eso—protestó la mujer—. Había allí un amor...—Reflexionó un poco—. Un hombre renuncia a una joven a la que ama—dijo luego—, por unos principios más elevados—añadió.

—Así es—dijo el marido—. Esos patanes siempre acaban ennobleciéndose en los dramas regios.

—Ahora me acuerdo—se animó la voz de la esposa—. Era una sacerdotisa, pero, de hecho, la prisionera de un rey bárbaro en una península.

—En Táuride—murmuró el enviado.

—¿Cómo fue a parar allí?—preguntó, mirándolo, la mujer.

—Su papá, el gran almirante, quiso sacrificar a su hija preferida a la diosa para conseguir así vientos propicios para su flota. La diosa, sin embargo, mandó a la muchacha, desde el fuego que ya crepitaba alegremente, derecho a Táuride.

—Una historia horripilante—dijo la esposa.

—Bastante deprimente—asintió su marido—. Allí, sin embargo, la esperaba un destino mucho más implacable: al servicio de las crueles ceremonias dedicadas a una divinidad bárbara, tenía que rebanarles el cuello a los hombres apresados por los bárbaros habitantes de la península.

—Sí, sí, pero si mal no recuerdo, logró suavizar la ceremonia con el tiempo. Convenció al rey para que los presos fuesen sacrificados de forma simbólica y no real.

—Pues sí—dijo distraído el enviado.

—Pero a mí me gustaba el momento culminante de la historia—continuó su esposa—, la escena en que llega su hermano para liberarla del rey y llevarla a casa. Una pequeña tropa desembarca en secreto en la costa y el hermano y la hermana se reconocen... Si mal no recuerdo, la muchacha no quiere marcharse con ellos de inmediato, puesto que considera indigno huir y abandonar furtivamente al rey...

—Un mero detalle—se encogió de hombros el marido—. Lo esencial es que el rey se entera de la violación de su frontera y que un comando los sorprende en la costa. Para colmo, quieren robar algo.

—Ellos no podían considerarlo un robo: pretendían trasladar el objeto de su devoción, la imagen de la diosa, a un lugar digno.

—Sea como fuere, las leyes locales lo consideraban lisa y llanamente un robo—remarcó el marido.

—De acuerdo—admitió la esposa—. El rey tenía, por tanto, un doble motivo para vengarse. Sir embargo, se inclina poco a poco ante los argumentos de la sacerdotisa y no sólo renuncia a la venganza sino también al amor. Los suelta y hasta los colma de regalos—. Y, al ver que su marido callaba, preguntó—: ¿Así ocurrió, no?

—Sea como fuere, es lo que quieren hacernos creer— contestó él.

Mientras, el ir y venir de los peatones se intensificó a su alrededor; tenían que sortear a personas, y las personas tenían que sortearlos a ellos, hasta que las calles se ensancharon de pronto y apareció la plaza que ya conocían. En el denso tráfico de vehículos y hombres apresurados, los pies los condujeron de forma espontánea hacia el refugio de la terraza de la pastelería. Una mesa, con dos ligeros sillones, los esperaba, vacía, en un cómodo rincón que parecía un palco y que daba a la acera y a una fuente con forma de cono que susurraba monótonamente. Allí tomaron asiento.

—Entonces, ¿cómo ocurrió, de hecho?—preguntó la mujer.

—De otra manera—respondió el hombre, al tiempo que se encendía un cigarrillo. Luego pidió unos refrescos a la camarera que acababa de acercarse, tocada con una cofia blanca.

—¿Cómo?—volvió a preguntar la esposa.

—¿Cómo?...—el enviado dio la impresión de titubear un momento—. Bueno, si tanto te interesa...—dijo luego—. Vamos a ver, los del comando rodearon a los hombres, los atacaron, los desarmaron y los esposaron. A continuación, uno por uno fueron violando a la sacerdotisa en presencia de los hombres; después se cargaron a los hombres ante la mirada de la sacerdotisa. Acto seguido miraron hacia el rey: este aguardó hasta vislumbrar en el rostro de la sacerdotisa la indiferencia que se alcanza cuando el grado de dolor es máximo. Dibujó entonces un gesto de magnanimidad con la mano, y los del comando dieron, por fin, el golpe de gracia a la mujer... Oye, y que no se me olvide: se marcharon todos al teatro para ver cómo el rey bárbaro ejercía la piedad sobre el escenario mientras ellos, escondidos en los palcos, se reían a gusto y con disimulo.

Callaron.

—Eres injusto—dijo al cabo de un rato su esposa, en voz baja y aparentemente cansada.

—Por supuesto—contestó el enviado, como quien se avergüenza un poco—. No puedo ser justo—añadió, ya un poco más distraído.

En ese momento o, más bien, desde hace un rato, su atención se centraba en otra cosa. Su mirada divagaba por la calle: se paseó primero por la acera y recorrió luego la enorme plaza segmentada por una avenida de cuatro carriles, por un cruce, por complejos obstáculos, por desvíos para el tráfico circular, por isletas. ¿Qué ocurría ante sus ojos? Al principio buscó en vano la respuesta; en ese instante confuso, fragmentado por ruidos, zumbidos, tintineos, retumbos y cegadores haces luminosos, sólo podía hablar del presentimiento todavía difuso, pero ya agorero, de un suceso que se preparaba, así como de su propio y creciente nerviosismo. No sabía qué tendría que afrontar, qué le esperaba, de qué sería testigo o, es más, tal vez partícipe. Permanecía sentado en su sitio, en silencio, con la mano sobre la mesa y el cigarrillo entre los dedos ligeramente temblorosos; la tensión fue en aumento, la congoja que acababa de surgir ya le quemaba el pecho con el ardor de la angustia, todos sus sentidos se encontraban en alerta, recogiendo impresiones, captando señales, aunque apenas era capaz de interpretarlas. ¿Qué hacer? Miró alrededor y tuvo que observar que todo se confabulaba contra él, tuvo que comprobar la interrelación quizá involuntaria, pero en cualquier caso implacable

y precisa, de todas las circunstancias que se volvían en su contra. Resultaba imposible impedir lo que fuera, evitar un proceso cada vez más articulado que amenazaba con desembocar en una evidente catástrofe u ordenar al menos, con la mente clara, los diversos nexos.

Ante su palco, que por el momento aguantaba como una sólida isla en el torbellino, se hallaba la parada de autobuses municipales; los vehículos entraban uno tras otro y proseguían su marcha. Por las puertas que se abrían expulsaban a las madejas humanas y absorbían otras, como grandes animales en pleno metabolismo. Las personas que salían en tropel topaban con las empeñadas en subirse y se esparcían abajo, haciendo crecer el remolino urbano que avanzaba en oleadas cada vez más desenfrenadas. Gentes y vehículos inundaban la plaza sin parar; cada desembocadura parecía un saco sin fondo cuyo contenido inagotable era impulsado hacia allí por un viento huracanado; sí, zurriagazos y voces de mando fustigantes parecían empujar a la gente a la plaza, dando la impresión de que todos se reunían allí procedentes de los cuatro costados de la ciudad o, quizá, del mundo entero.

Le llamó la atención un joven que, apoyando una cadera en la barandilla de la terraza, permanecía allí como un punto inmóvil en medio del burbujeante mar de movimientos. Un bigote bufonesco se dibujaba en su rostro de expresión grave; el cabello le caía en rizos sobre los hombros; la barbita sedosa y sutil lo presentaba como un santo, y la chaqueta con cuello de piel como un maniático de la moda. En ese preciso instante levantaba la mano para arreglársela o para ajustar algo en ella. Quizá fuera ese gesto el que le llamó la atención; la mano larga, inquieta y nerviosa, que en ese momento, sin embargo, descansaba distraídamente sobre el pecho con el dedo medio doblado. Un sentimiento peculiar se apoderó del enviado, una sensación de inseguridad respecto al tiempo y al lugar en que se encontraba, algo así como una sensación de *dejá-vu*: ya había visto ese gesto, ese rostro, a ese joven, no en la realidad tal vez, sino en una película, en una fotografía o quizá en un cuadro. Ni él sabía qué asociaciones lo condujeron a tal conclusión; lo cierto era, sin embargo, que recordó sus propias palabras que hallara hacía una hora escasa como si las viera impresas; y las palabras dieron pie a un nombre, el del artista que en tiempos remotos recorriera esta zona y diera fe de todo cuanto veía en una serie de grabados...

De pronto se apoderó de él la angustia: en medio de la tormenta de trajines y movimientos tuvo la impresión de haber perdido de vista al hombre. Pero no era así; continuaba en el lugar de antes, apoyado en la baranda, mirando a la calle y volviendo luego hacia ellos el rostro, la cara del joven Alberto Durero. Una pintura cobraba vida ante los ojos del enviado y también, al mismo tiempo, el propio pintor o, para ser exacto, el rostro del pintor retratado por él mismo, enmarcado por el cuello de piel de su chaqueta. ¿Era una visión o el ciego azar? ¿De dónde había venido ese hombre? No lo había visto llegar; ahora, sin embargo, estaba allí, casi a su lado, con la silenciosa autoconfianza de quien considera ese puesto de guardia su hogar etÉrnó en medio de la aglomeración.

¿Qué observaba? No podía deducirse de esos ojos de expresión misteriosa y sombría que sin duda habían calado ya a la gente, pero seguían escrutándola con la melancólica insistencia de los artistas y carteristas. Apartó la vista del hombre para seguir la dirección de la mirada, que no se dirigía a ninguna parte y que, sin embargo, todo lo veía: y de repente las cosas adquirieron significado, la serie de fenómenos que evolucionaban fragmentados se llenó de pronto de contenido. Vio: igual que había visto la ciudad por la mañana.

La plaza se ensanchó, su centro se hundió, sus perspectivas se desmoronaron, y dio la impresión de que aquella elevación, que antes sólo azuleara en la distancia y que él había recorrido por la mañana, emergía ahora directamente en un extremo. El cielo se abrió en medio del chisporroteo cegador de las refracciones de luz que salpicaban el ambiente; y en la implacable marea de llamas y

chispas—intensificada hasta la locura por los miles de objetos metálicos, de superficies cromadas, cristalinas o vidriadas—la bóveda celeste se disponía a precipitarse sobre la tierra. ¿Eran esos bocinazos los lamentos de los coches entonados en todos los rincones o eran las trompetas del *Dies irae*? La fuente de enfrente parecía una gigantesca ubre ordeñada por dos manos implacables que la convertían en un cráter empeñado en escupir su confuso contenido resollando, silbando y agitándose convulsivamente: aquello no era una plaza, sino un valle de lágrimas. Varias de las personas sentadas en la terraza se levantaron, aterradas, de sus asientos para ver el horror: en el atasco de la hora punta, el mundo entero se detuvo de repente y empezó a girar en un círculo estrecho e indescriptiblemente vertiginoso. La calle semejava un río en el que todo se paraba y se amontonaba, todos los navios tenían vías de agua y todos sus ocupantes luchaban por conseguir aire y conservar la vida; en un coche abierto, dos brazos estirados hacia el cielo se alzaban entre los restos de los barcos agitados por el oleaje como si un pasajero de una barca que se hundía diera una última señal de vida.

La situación era aún más desesperada en tierra firme, en la acera. En medio del vocerío desenfrenado bajo el sol que caía con furia, todos se mezclaban, chocaban, tropezaban y buscaban, horrorizados, un apoyo con los brazos. ¡Qué rostros hacía aparecer y desaparecer el remolino! Todos daban vueltas: los gordos y los flacos, los acabados y los esperanzados, los marcados por el destino que lo presienten todo y los socarrones empeñados en abrirse paso confiados en que existe una salida. En medio del delirio, sin embargo, todos eran iguales: ¿qué podían significar sus diferencias de edad, de destino, de vida, de pasiones? El destino común que reunía allí todas esas vidas los juntaba en el tumulto de la lucha común; no toleraba nada salvo la pasión compartida de ese momento; y acallaba y barría los sentimientos individuales dispuestos a irse por las ramas o a intentar la huida, como si se tratara de la orden implacable del tirano omnipotente o de la voluntad maníaca del gran creador, que plasma un único pensamiento en sus frescos y no olvida ni el detalle más nimio en el ejercicio lúcido y delirante de su poder...

Sí, los rostros sólo decían, sólo exigían, sólo suplicaban una cosa, sólo pronunciaban una frase: «¡Largarse de aquí!» Lo afirmaba el de aquel hombre calvo y ya mayor, aunque sus fuerzas no dieran más que para entornar simplemente los ojos y esconder en las manos la cara distorsionada por el horror; lo afirmaba el de aquella madre de aspecto agobiado que manoseaba, agitada, quién sabe con qué esperanza, la ropa de su niño para destaparle el cuerpo; y también el de ese crío prematuramente envejecido, que daba la impresión de haber madurado de golpe por el horror inconcebible y hacía aguas menores en el borde de la acera, sollozando desconsoladamente y torciendo la boca. ¿Quién podía ocuparse allí de sí mismo? ¿Y dónde estaba aquel que no se ocupara tan sólo de sí mismo? Cansado y derrotado; maldiciendo; aceptando, resignado, el ciego destino; aguantando con paciencia, contabilizando cada golpe, patada o empujón con sabia previsión y amarga rutina; arrastrado o arrastrando, tropezando o atropellando: todos ellos se limitaban a obedecer la ley del torbellino. Y también había quienes se sumían en la orgía de la pasión compartida, como aquella cabeza de mujer que, sobre el cuello torcido, parecía haberse independizado y flotar entre las otras: su rostro hundido y su boca abierta hacían que semejava una condenada, su pelo llameante era como un grito, y en su mirada aturdida y vacía el dolor ya no se distinguía de cierto placer delirante de la perdición.

Pero ¿qué ocurría más allá? Contoneándose, una mujer atraviesa la multitud que se aparta ante sus pasos; por un instante, todo se detiene y las prisas se olvidan: ¿la muchedumbre rinde homenaje a una reina? Desde todas partes, se clavan en ella las miradas, confiadas en la salvación, en el alivio o, al menos, en la fugaz escapatoria de un consuelo que se ilumina inesperadamente en medio del trajín desgastador; miradas que la quieren toda para sí y que, sin embargo, coinciden en esta

esperanza común, convirtiendo el objeto compartido en propiedad compartida de la esperanza compartida. Todos la siguen con los ojos; hombres, ancianos, jóvenes, maridos que van del brazo de sus mujeres, y también las esposas. En su carrera de baquetas, la mujer que fascina a todos por lo igual pasa entre ellos, en medio del fuego cruzado de deseos, ilusiones, pasiones, anhelos ocultos y exigencias expuestas sin ambages, dando la impresión de sentirse a gusto en ese foco de sentimientos donde, al lado de las miradas masculinas, también las femeninas lanzan chispas encarnizadas de envidia a su alrededor. Sus pasos la llevan con seguridad inconsciente, como si ni siquiera supiera por dónde va; su sonrisa petrificada se dirige a todos y a nadie o quizá incluso solamente a sí misma; sólo les alarga la mano derecha que alza un cucurucho de helado adornado con frutas y parecido a un magnífico cáliz, con el impulso desenfrenado de la generosidad o quizá únicamente para que las gotas no le manchen la ropa.

Era bella, tal como se acercaba, mientras la luz llameante, explosiva, del sol sangriento se reflejaba en la hilera de ventanas del piso superior de un edificio a su espalda, como si ardiese Babilonia. Se distinguía un poco del tipo habitual del lugar: esbelta, delgada, de frente limpia, ojos oscuros y nariz noblemente dibujada; su vestido de verano, colorido y de un corte especial, llegaba en oleadas hasta el suelo y dejaba al descubierto hombros y antebrazos; en los dedos, el cuello, las muñecas llevaba anillos, collares, pulseras y brazaletes y en la cabeza algo así como un sombrerito o, más bien, un tocado que el interesado podía encontrar últimamente en las fotografías de una revista de moda italiana, quizá veneciana.

Era bella, sí. Sin embargo, había en esa mujer algo desgarrado: en su resplandor, la desesperación del esfuerzo; en su seguridad, un matiz de sonambulismo. En su belleza, un rasgo se desprendía, tendía ya a la fealdad, amenazaba con liberarse en cualquier momento y apoderarse de ese rostro con una repentina sacudida.

¿Quién era esa mujer? ¿Una bruja? ¿Un espíritu corruptor? ¿Dónde había visto su cara? ¿En un primer plano de una película, en una estampa religiosa o en la portada de una revista pornográfica? ¿Era realmente corruptora o, al contrario, víctima de la corrupción? ¿Quién podía descifrar el enigma de esa mujer? Allí estaba y, sin embargo, no estaba; parecía ofrecerse y, sin embargo, era inasible; como ese dulce helado en su mano, que se derretía y se convertía en líquido azucarado tan pronto como lo tocaba una boca viva, todo en ella era falso y sólo su falsedad era verdadera. Sí, estaba claro, los nexos se volvían perceptibles para el espectador: la corrompían para poder llamarla corrompida, la corrompían para que los corrompiera. Ese minuto en el que se abría paso por la multitud adulatora, hechizada por la pasión autoflagelante, se transformada en leyenda, y ese triunfo engañoso era el del error. Se hilaban mitos sobre ella y ella pasaría a ser víctima de los mitos; se creía conquistadora y sólo era una crédula víctima; se tenía por el destino y sólo era una presa; flirteaba con la libertad y se acostaba con la tiranía.

Se consumó. Desapareció como una visión; y acto seguido volvieron a arreciar las pasiones, más desenfrenadas que nunca. Bolsos, bastones y paraguas se volvieron los unos contra los otros; el odio llameaba en los rostros de los vencedores que masacraban y de las víctimas que mordían el polvo; el acoso, la inquina y el trajín aparecían por doquier, como si el aullido incesante de los monstruos que galopaban encima resonara en sus oídos e intensificara hasta la locura su cólera enceguecida. Allí, un hombre atraviesa al sesgo la calzada; corre para alcanzar el autobús. Llega tarde, las luces del semáforo frustran sus cálculos; cuatro coches se abalanzan sobre él a toda pastilla en la avenida de cuatro carriles, dibujando una línea diagonal al tiempo que se van adelantando los unos a los otros. De uno de ellos—un trasto traqueteante y desgastado que parecía un esqueleto—se asomó el rostro de un anciano barbudo, con el horror dibujado en las pupilas rígidas y dilatadas y



con una sonrisa demencial en los labios; del otro salió una cabeza de hombre con pelos que semejaban los de la Medusa, y el rostro barbilampiño expresaba la crueldad del desenfreno y el dolor inherente a la imposibilidad de detenerse; del tercero emergió únicamente un brazo doblado a cuyo puño cerrado en gesto de amenaza sólo le faltaba la espada; y un hombre también barbudo se asomó del cuarto, cuyo morro reflejaba la magnificencia implacable del cielo y presentaba un peculiar adorno: una flecha dispuesta a dispararse desde la cuerda tensada del arco. El perseguido se dio la vuelta en un movimiento que sólo podía provenir del desconcierto y alzó hacia ellos la mano izquierda: ¿prohibiendo? ¿rogando? Luego siguió corriendo, con esas furias a sus espaldas, a su costado, hasta que el cuerpo monstruoso de un autobús que expulsaba un gas negro los tapó a todos... ¿Y allá? ¿Se había caído alguien? ¿Querían apresurarse a socorrerlo? Varios se precipitaron hacia él, y desde el mogollón de personas se alzaron caras desencajadas por el dolor, narices que trataban de respirar, bocas abiertas de par en par, todas vueltas hacia lo alto, desde donde un avión con morro de buitre, listo para aterrizar, dio la impresión de querer abalanzarse sobre la gente con un aullido ensordecedor. «¡Aaaaay!», gritó. Y pareció que el alboroto de abajo adquiriría la forma de un grito sordo, de una respuesta que se iba intensificado hasta llegar a un ¡ay! unísono: ¡ay, ay, ay de quienes habitan la tierra...!

Estas palabras se plantaron de repente ante él y volvieron a desaparecer, tan rápido que por de pronto ni siquiera supo sí las había leído o escuchado. Las había leído, claro, y ahora tenía la sensación de escucharlas. Se volvió hacia su esposa: ella, que parecía no enterarse de nada, permanecía sentada con toda tranquilidad en medio del Juicio Final que bramaba a su alrededor. Inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás, entornando los ojos, dejaba que el sol, que se enfilaba hacia poniente y había alcanzado ya la terraza, cubriera su rostro con la tenue luz del incipiente crepúsculo; y el enviado tomó conciencia de que veía la imagen de su esposa bajo la inspiración de otra imagen. Sea como fuere, esto no modificaba ni un ápice la verdad de la señal, y la verdad quizá tan sólo consistía, pensó el enviado, en que la mujer no veía lo mismo que él. No cabía la menor duda respecto a sus pensamientos: la sonrisa absorta era como una respuesta íntima al sol, y en la cara se dibujaba la despreocupación implacable de los bañistas y la promesa fragante de los mares que se mecían con toda calma. En eso, se apoderó del enviado algo así como una fugaz sensación de amargura, como si se sintiera hartado del peso de las dudas que se posaban sobre él. Su mirada agradecida buscó al extraño que le había ayudado a ver, pero no lo encontró ni en el lugar de antes ni en la multitud. Más allá de la baranda todo transcurría igual que en su momento: ciego, imparable. Cada cual hacía lo suyo, sólo lo suyo, padeciendo y practicando el horror de todos los días con la indiferencia de la costumbre y la diligencia suicida del autoengaño. Sí. Su saber era inútil; su verdad, indivisible.

Hizo una seña con la mano para manifestar su deseo de pagar y tocó suavemente el brazo de su esposa, recordándole que, si querían recurrir a Hermann y a su coche para volver, ya era hora de partir.

## **MOLESTIAS. ENFRENTAMIENTO: DESENMASCARAMIENTO. AJUSTE DE CUENTAS**

La inspección del día siguiente había de llevar al enviado a una región más alejada. Se levantó temprano. Su esposa aún dormía, de modo que le dejó en un lugar claramente visible un breve mensaje escrito en un papelito. Tomó un copioso desayuno en el comedor del hotel, y al cabo de

media hora ya se dirigía a la estación. Tenía que ir a una pequeña ciudad llamada Z. ¿Era una ciudad o un pueblo? No recibió información precisa de nadie, hasta los funcionarios del ferrocarril tuvieron que consultar el mapa para explicarle el trayecto y venderle el billete. Podía acercarse en un tren expreso hasta el nudo ferroviario del distrito; tardaría cincuenta y cuatro minutos, para tomar luego un tren de cercanías. Tendría que esperar cuarenta minutos para cogerlo, una circunstancia irritante, puesto que estaba decidido a aprovechar cada uno de los minutos de ese día consagrado a esta obligación suya, antes de partir al siguiente con su esposa rumbo al mar; y lo más fastidioso fue que, una vez transcurrido el amplio tiempo de espera, se quedó contemplando en vano la vía indicada: del tren no había ni rastro.

Después de despotricar para sus adentros durante diez minutos, encontró por fin a un ferroviario; se enteró de que el convoy llegaba con retraso; encolerizado, exigió responsabilidades, pero sólo recibió como respuesta un simple encogimiento de hombros: ocurría todos los días, le contestó el hombre, el tren venía de lejos y se dirigía también lejos; que se alegrara, pues, si el retraso no superaba los cuarenta y cinco minutos con los que había de contar, considerando la situación actual.

Al final, el tren llegó con una hora exacta de retraso; al proseguir su recorrido, no sólo no se empeñó en reducir la demora, sino que intentó más bien aumentarla, perdiendo, por ejemplo, doce minutos y medio en la miserable estación de una aldea, a la espera de quién sabe qué. Y cuando el enviado se creyó, por fin, en la meta de su viaje y salió de la estación de trenes de Z., que, por cierto, ya le pareció sospechosa, miró alrededor asombrado: ¿dónde estaban la plaza polvorienta y los árboles lánguidos y enclenques? ¿Dónde había quedado la ancha carretera para invitarlo a emprender a pie su peregrinaje bajo el cielo cruel que chisporroteaba implacable como siempre? Lo que vio, en cambio, fue una calle sinuosa, llena de provincianas edificaciones, y las perspectivas que desde allí se abrían acababan desembocando todas en calles similares.

Regresó, pues, a la estación para exigir explicaciones; en la cabina de servicio a duras penas lo entendieron. Buscaba una fábrica, dijo, que tenía que estar allí. Tras la ventanilla había una chica de pelo rubio platino y una carita de melindre bajo la gorra de ferroviario, una muchacha que no intuía ni sospechaba nada, desde luego: ¿lo entendía por fin? ¿O acabaría allí su aventura, entre esos labios rosados y esos dientes niveos, salpicados aquí y allá de empastes de oro, que, con la sonrisa paciente de una madre que prepara mascando la comida para su hijito, no cesaban de filtrar con parsimonia una palabra: «Hüt-hi-e-we-a-ke»? «Be-Ha-Be-A-Ge», respondía el enviado. Y entonces volvía a oír, una y otra vez: «Hüt-hi-e-we-a-ke.»

Al final, en un momento inesperado de iluminación de la mente, descubrieron de pronto que estaban hablando de lo mismo desde un punto de vista objetivo, pero que ambos utilizaban conceptos diferentes; así se enteró de que lo aguardaba otro viaje en tren. La joven estiró el brazo por la abertura inferior de la ventanilla y le señaló con el dedo, instándole a darse prisa, el tren carreta que se disponía a partir desde la vía más alejada: después de una carrera que le quitó la respiración, alcanzó, cuando ya todo parecía perdido, el escalón del último coche.

Fue sacudido durante otros veintisiete minutos. ¿Era el lugar al que llegó al cabo la última estación o el fin del mundo? Los raíles quedaban cortados entre campos pelados y tierras quemadas; los dos discos de hierro del tope parecían sudar bajo un sol de justicia; más adelante, la sombra de unos humos que se acumulaban pesadamente se proyectaba sobre la llanura. Los viajeros—unos cuantos hombres con aspecto de campesinos y obreros—desaparecieron todos de golpe a su alrededor, en silencio y al mismo tiempo, como devorados por algo; y sólo quedaron una enclenque casucha de madera y una ferroviaria voluminosa con una banderita roja en la mano.

—¿Existe un tren para volver?—preguntó el enviado por si acaso.

—Existe—sonó la respuesta.

El tren carreta emprendía el viaje de regreso en una hora y media. El enviado objetó que era poco tiempo, que necesitaba más. La ferroviaria pareció reflexionar. Había allí una fábrica, dijo luego. Ya había oído hablar de ella, señaló el enviado. Pues bien, a primera hora de la tarde un autobús partía desde la entrada principal, explicó la ferroviaria.

—¿Cómo?—se extrañó el enviado—. ¿Conque funciona el autobús?

—¿Por qué no iba a funcionar?—se sorprendió la mujer. El horario estaba organizado de tal manera que el autobús llegaba a Z. antes de la salida del tren de cercanías, que llevaría al enviado al nudo ferroviario, donde podría tomar el tren expreso. Miró el reloj y comprobó que el implacable sistema de tiempos, franjas y coincidencias lo obligaba, una vez más, a limitarse a unas pocas horas cuando había pensado dedicar todo un día, de forma exclusiva, a su trabajo.

Pero ¿se encontraba al menos allí donde debía estar? El enviado miró alrededor: desde luego, no dejaban lugar a dudas esa llanura desierta que parecía situada en los confines del mundo y que apenas podía denominarse paisaje, esa tierra baja, profundísima, a la que había ido a parar después de tantas y tantas vicisitudes, desde la cadena de montañas que ahora se vislumbraba difusamente a lo lejos. Esas tristes tierras y esos pobres campos cuya árida esencia quedaba al desnudo por la luz casi crepitante de un sol de justicia; las raíces informes y los tubérculos hinchados de calabazas o remolachas hundidos para su propia vergüenza, por así decirlo, en esos terrones granulados; y esas tuberías que acababan allí, negras y grasientas, rodeadas de la humedad y la muerte de los desechos: todo estaba en su sitio. También la carretera. Y más allá, envuelto en una nube de humo, clavando en el cielo amenazadoras chimeneas, feroces torres de refrigeración y flacas grúas listas para la puñalada, el causante y la causa de todo: el gran Baal, el monstruo. Sí, allí estaba el engendro, el insaciable Moloc, la fábrica, con su variedad de instalaciones hirvientes, congelantes, absorbentes, vomitantes, mezcladoras, disolventes, acumuladoras y evacuantes.

No podía dudar, pues: emprendió el camino por la carretera. No elaboró plan alguno y lo dejó todo en manos del instante, del azar, de la inspiración, por así decirlo. ¿No era acaso lo correcto?, pensó el enviado deteniéndose tras recorrer un breve trecho. Había allí una bifurcación, como debía ser; una vara de hierro surgía del suelo, con un indicador en lo alto, un letrero azul en el que figuraba el nombre de la localidad: la coincidencia era asombrosa... ¿Se trataba de una simple negligencia? No era probable; más bien confirmaba sus previsiones: en esa región industrial todo estaba medido con un sentido del ahorro tan rayano en la tacañería que apenas era posible cambiar nada sin poner en entredicho el burdo sentido práctico; y ninguna ambición de cambio, ninguna necesidad de pensar y proyectar, podían compensar el riesgo de echar abajo tan laborioso orden. Podía felicitarse, pues, ya que sus cálculos se habían revelado, sin duda, exactos.

Prosiguió su camino; avanzaba a ritmo rápido, con la mirada clavada en la meta. Llevaba unos diez minutos acercándose cuando sus oídos percibieron de pronto unos ruidos. El coloso había empezado a hablar, no cabía la menor duda; su voz provenía de las profundidades, casi del estómago; se oyeron tres o cuatro pesados resuellos, como si jadearan los perros del infierno. El asombro por el inesperado saludo detuvo por un instante al enviado: ¿lo había reconocido el coloso? ¿Lo alertaba o lo llamaba? Reemprendió la marcha. Sea como fuere, se había vuelto la tortilla y el monstruo ya no ejercía ningún poder sobre él; al contrario, debía ponerse al servicio de los objetivos del enviado.

Pero ¿cómo obligarlo? Un febril deseo de acción se apoderó de él: la carretera, el paisaje y ese cadáver impotente allí delante le pertenecían de forma indiscutible; prisioneros de su voluntad, todos esperaban únicamente su llegada. De su fuerza y de su capacidad dependía que fueran creados o

rechazados; que fueran entregados a la miseria informe de la no-existencia o cobraran vida a través de la suya; que los resucitara redimiéndolos de su materialidad sin nombre. Había allí un portón; no el consabido, pero daba igual: quizá se había equivocado al no avisar de su llegada, porque, de haberla anunciado, habría podido adentrarse en ese cuerpo apestado, explorar sus tripas voraces, hurgar en su interior, y en un instante inesperado el dolor del esfuerzo y de la acción habría hecho saltar las chispas de la claridad del conocimiento, proyectando la luz de la certeza incuestionable sobre este despiadado encuentro.

También era posible, sin embargo, que pudiese entrar; el enviado se detuvo al borde del camino dejando pasar un coche y reflexionando sobre las posibilidades que se le ofrecían. ¿No lo pararían en el acto, ante el portón mismo? A buen seguro que tendría que solicitar un permiso; la industria poseía cierta autonomía en su ámbito de competencias; tendría que arrostrar dificultades, enredarse en prolijas negociaciones, entablar conversaciones con extraños, justificarse. Podría encontrarse con personas de buena voluntad o con gente que le pusiera trabas y le buscara tres pies al gato: sea como fuere, debería ponerse en manos de otros, complicarse en reglamentos, esperas y aventuras imprevisibles, en un tejido de objetivos y aspiraciones ajenos a su trabajo, por no mencionar el tiempo que perdería en todo ello.

No le quedaba más, por tanto, que dar una vuelta alrededor de la fábrica, siguiendo su perímetro. ¿Una vuelta? Bueno, era desde luego una empresa que devoraría todo su tiempo, el cual, por cierto—el enviado miró su reloj—, ya empezaba a menguar. No era imprescindible, sin embargo, dar toda la vuelta. No todas las caras de la fábrica revestían la misma importancia; al fin y al cabo, podía conformarse con el lado que transcurría junto a la carretera.

No había tiempo que perder: el enviado se puso en marcha. La fábrica no estaba delimitada por una valla sino por un muro; es decir, no se podía ver lo que había dentro, descontando las torres, chimeneas y edificaciones que alcanzaban mayor altura. No importaba: ¿no veía él, aunque no se viesen, todos los rincones de la fábrica, sus laberintos, sus letreros que indicaban las zonas donde estaba prohibido fumar, sus sombrías advertencias, sus mezquinas concesiones, sus cables hundidos en la tierra y sus tubos que serpenteaban en el aire? Además, los olores la delataban de todos modos: ese hedor penetrante era el de determinados productos químicos y actuaba con la contundencia de un desenmascaramiento. La singular mezcla de olor a alquitrán y a tablones de madera cruda daba fe de la presencia de las torres de refrigeración: ¿no había sido construido el cornisamiento interno con esos tablones, subidos mediante sogas hasta alturas cada vez más estrechas y peligrosas, mientras ejercía su atracción el líquido mareante que susurraba, borboteaba y vaporeaba más abajo? En vano se ocultaba la fábrica tras los muros; en vano se escondía en las profundidades de sus baluartes, de sus calderas cuyo aliento olía a azufre, de sus susurrantes círculos del infierno: ninguno de sus secretos podía permanecer oculto ante su amo y señor.

Así y todo, no cabía duda de que había allí algo perturbador; el enviado necesitó tiempo para precisar el tipo y cualidad de esa perturbación y descubrir su causa: los ruidos del trajín que se filtraba a través de los muros, la actividad audible de los objetos y de los seres invisibles que los movían, los sonidos. El rumor de las máquinas; los choques de los topes de los vagones de transporte; el retumbo de la carga que era introducida en ellos; los gritos estridentes que se soltaban; el zumbido de las tuberías; el silbido de las calderas que iluminaban con sus llamas los rostros que se asomaban a ellas; el ajeteo, las idas y venidas que convertían edificios y laboratorios en colmenas que soltaban un continuo abejorreo, el latido de la tierra, el trémolo del aire. Era evidente, pues, que allí dentro se trabajaba, que la actividad continuaba: como si uno ni siquiera estuviera aquí, meneó la cabeza el enviado.

Caminó treinta y cuatro minutos por la carretera, sin que pudiera dar cuenta para sus adentros de ningún resultado valioso, salvo de estas escasas aunque sin duda útiles observaciones. El sol rojo que traspasaba los humos inmóviles ya había alcanzado casi el cénit y el calor empezaba a resultar insoportable; el enviado tuvo que enjugarse el rostro en más de una ocasión; los ataques de tos lo sacudían y lo asfixiaban a veces. Camiones roncós, achaparrados, manchados y podridos por la mugre de sus cargas pasaban zumbando a su lado: las bestias de la fábrica que traían o llevaban, aullando, su cargamento. Sí: hacían su trabajo como si él no estuviera allí, sin dejarse perturbar, sin ningún pudor, descaradamente.

Poco a poco llegó casi al final de ese trecho del camino; allí acababa el muro y tomaba una nueva dirección dibujando un ángulo de noventa grados: ¿qué podía esperar de los pocos pasos que le quedaban? El enviado se vio obligado a reconocer su fracaso; esas pruebas materiales, incuestionables, resultaban inútiles, todos aquellos objetos no servían a su propósito. Pero ¿por qué?, se preguntó. Ahora que estaba allí reunido todo cuanto tenía que estar; ahora que podía extraer el hecho del lugar de los hechos; ahora que concordaban y coincidían todos los detalles, ¿qué le impedía sumergirse en ellos sin inhibirse? ¿Cómo era posible que el día anterior, en que no había encontrado nada, en que, mientras luchaba con esos falsos escenarios y sólo podía oponerles la ausencia o la idea de sus formas verdaderas y de su esencia real, consiguiera más, como quien dice, que en este momento en que lo hallaba todo en su sitio? ¿Era la derrota de ayer su triunfo y el triunfo de hoy quizá su derrota? Volvió a mirar alrededor, recorriendo con la vista ese mundo material; y ocurrió exactamente lo mismo que el día anterior en la ciudad, en los momentos previos a su breve victoria: percibió que su mirada se deslizaba por los objetos, se perdía y se rompía, que su fuerza se quedaba atascada en las superficies; y se vio obligado a reconocer que, en efecto, no sabía cómo manejarlos. El seguiría su camino y ellos allí se quedarían; allí permanecerían siempre, densos y sin poder ser redimidos; permanecerían allí sus formas, permanecerían allí sus sustancias y sus fragancias, permanecerían allí sin poder ser interrogados, pues esos objetos no rendían cuentas de nada.

Así era, pues. Pero ¿era acaso una verdad nueva? ¿No lo sabía entrada? ¿No la conocía con precisión como uno reconoce los lugares comunes hasta el hartazgo a partir de una determinada edad y de determinadas experiencias? ¿No había contado con ella cuando decidieron emprender el viaje? ¿Y no había venido precisamente para luchar y para someter a esta verdad plana e insoportable? Y si no había acudido por eso, ¿por qué había acudido? ¿Para convencerse de su propia existencia tan sólo?

El enviado se detuvo estupefacto: descubrió esta verdad al borde de la carretera, de golpe, como el caminante la fruta caída; y sintió un ligero mareo, como si su jugo en pleno proceso de fermentación le hubiera subido a la cabeza. ¿Conque esto era lo que buscaba? ¿Quería conseguir un testimonio determinado sobre su cuestionable vida? Sí, el hecho se plantó ante él con una claridad tan árida como el amplio paisaje y la interminable carretera bajo la luz implacable del sol: eso era lo que quería: hacer centellear su presencia, proclamar su superioridad, celebrar el triunfo de la existencia sobre los objetos mudos e impotentes. Y su decepción, carente de una causa concreta, sólo venía dada por la circunstancia de que no había habido recibido una respuesta a su llamada festiva. Las cosas callaban; reservadas, extrañas y perfectas, se bastaban a sí mismas y no mostraban ni la más mínima intención de confirmar la existencia del enviado. Que la encontrara en el azar o la buscara dentro de sí, que la aceptara o la rechazara, a este paisaje implacable y a estos objetos obstinadamente ajenos les daba igual, ahora y siempre. En vano esperaba de ellos una respuesta: simplemente ajenos, no negaban ni admitían nada. Jamás llegaría a ser uno con ellos y jamás lograría

extraerles algo más que desgarró: en relación con él, eran unos extraños, y él, en relación con ellos, un ser superfluo.

Prosiguió la marcha titubeando. Ya nada lo animaba a darse prisa. ¿Podía remitirse todavía a su misión, se mantenía vigente su encargo? Allí donde el muro acababa y la fábrica ya no daba a la carretera, sino que miraba hacia el campo abierto, una franja amarilla, algo así como una faja de tierra, brotó a sus pies: sí, un camino de arena. Era un poquitín estrecho; lo había imaginado más ancho, mucho más ancho. Sin embargo, era ese, no cabía la menor duda. Un joven se le acercó en bicicleta. Se llevó un dedo a la visera de la gorra.

—¡Buenas!—saludó con expresión de curiosidad; a buen seguro que lo reconoció como forastero.

—¡Buenas!—respondió el invitado. ¿No era acaso un forastero?

Se quedó mirando la tierra arenosa y volvió luego la vista hacia la carretera: más allá, siguiendo por ella y dejando la fábrica a su espalda, debía de haber, recortado en el campo, un terreno rectangular que, quién sabe, tal vez continuaba vallado. La curiosidad se apoderó del enviado. Tenía justo el tiempo suficiente para llegar allí; y después de caminar durante veinticinco minutos alcanzó un terreno rectangular rodeado por una empalizada.

El ancho portón estaba abierto de par en par. ¿Daba al patio de una granja? Animales y ruedas de carros y de máquinas agrícolas habían grabado sus huellas en el suelo arcilloso; había allí un granero; y más atrás, donde, en vez de la empalizada, se dibujaba una simple delimitación a base de troncos y tablas permitiendo ver libremente los campos, un redil; alguna de las bestias atadas soltaba de vez en cuando un mugido de lamento, un melancólico toque de trompa dirigido al paisaje interminable.

Apareció un hombre. A ver, ¿qué quería? Era de mediana edad y de aspecto campesino; sin la gran cantidad de carne superflua en torno al cuello y a la cintura habría podido ser un tipo apuesto; el cabello ya ralo e incoloro aún recordaba quizá el ondear de los rubios rizos; y los ojos ya opacos todavía guardaban tal vez el repentino centelleo de una mirada color azul acero. En eso se presentó otro, de rostro color tierra, con una horquilla en la mano.

—¿Busca a alguien el señor?—preguntó el primero.

—¿Podemos ayudarle en algo?—añadió el de la horquilla.

—Aquí siempre se ha cuidado ganado—dijo el enviado. ¿O preguntó más bien? Sea como fuere, los hombres se mostraron más sombríos.

—Qué se yo qué se cuidaba aquí—respondió el primero—. ¿Sabrías decírselo al señor?—inquirió volviéndose hacia el otro.

—¿Yo?—protestó éste—. ¿Cómo voy a saberlo yo si tú no lo sabes?

—Sólo somos unos empleados—explicó el primero.

—Cuidamos de lo que nos encargan—dijo el de la horquilla encogiéndose de hombros.

—Trabajamos a cambio de un suelo escaso y hacemos lo que se nos pide—continuó el primero.

—¡Somos gente honesta!—añadió el segundo. Dio un paso adelante, y el primero también se acercó, pegado a él.

—Por cierto—preguntó—, ¿usted qué quiere aquí?

En efecto, ¿qué quería? Se produjo un silencio. Tres pares de ojos se escrutaron los unos a los otros. Miró alrededor: el patio estaba vacío. No había nadie, salvo esos dos hombres; podría despertar sus sospechas. Quién sabe qué podría ocurrirle en ese lugar; podrían echarlo; o retenerlo; atarlo entre las vacas mientras iban a llamar a la policía. Podían atarlo y olvidarlo luego, de modo que permaneciera allí hasta que sus piernas se introdujeran en el suelo barroso y él echara raíces,

penetrara en la tierra, más y más, hasta topar en las honduras con los esqueletos, a los que abrazaría fraternalmente, hasta que la calma de los fósiles se posara en su rostro y sus vértebras petrificadas, y convertidas en mineral, lo mantuvieran para siempre frente a esos terrones eternos parecidos a cadáveres informes y a la cadena de montañas azules que se vislumbraba en el horizonte como una esperanza inmóvil y eternamente inalcanzable.

Sintió un ligero estremecimiento.

—Nada—contestó con una sonrisa; su mano hurgó en el bolsillo y extrajo unos cigarrillos. Ofreció el paquete abierto a los hombres. El primero lo miró indeciso.

—¡Americanos!—dijo, esbozando una sonrisa. La resistencia del hombre de la horquilla parecía más sólida, sin embargo, y no escapó a la atención del viajero el ligero empujón que recibió del codo de su compañero:

—Yo no fumo, pero ya lo hará mi colega por mí—declaró sonriendo, y alargó finalmente la mano hacia el paquete de cigarrillos. El viajero se despidió agradeciendo la información recibida.

—¡Que Dios lo bendiga!—oyó que decían a sus espaldas mientras salía por el portón.

## EN LA ESTACIÓN

Había perdido mucho tiempo; tenía que darse prisa para alcanzar el autobús. Corrió resollando por la carretera; ya era de todo punto imposible echar un vistazo a la fábrica. Para llegar a la puerta principal había que doblar a la izquierda: ¡qué aglomeración se había formado en torno al centelleante vehículo! Acababa de concluir un turno, a buen seguro. Logró subirse gracias al discreto uso de sus codos, así como a la cortesía de los lugareños ante una persona a todas luces forastera; eso sí, en el interior apenas quedaba aire para respirar entre los viajeros que oscilaban hacia un lado y hacia otro. Para colmo, descubrió que el autobús sea dirigía a gran distancia, mucho más allá de su meta, la estación. Y no sabía dónde apearse en el dédalo de pueblos, paisajes y calles. Tuvo que preguntar, pues; y no faltó disposición a orientarlo, pues todo un coro de voces le señaló la parada en que debía bajarse.

La sinuosa calle le resultó familiar; las malditas calles de pueblo, sin embargo, eran todas iguales. ¿A la izquierda o a la derecha? La anciana que se acercaba anadeando, con pañuelo negro y zapatos de hombre, tal vez podría informarle.

Pues sí, era a la izquierda; ella también iba en esa dirección. Que la acompañara, le propuso la anciana.

—¿Forastero?—preguntó al cabo de unos pasos.

—Sí—respondió.

—¿Ha venido a ver nuestra ciudad?—inquirió.

—Sí—contestó.

—Z. es una bonita ciudad—dijo la anciana, mirándolo de soslayo desde abajo.

—Bonita, sí—respondió—. Pero—añadió—, a decir verdad, he venido a ver la fábrica.

—Ah, la fábrica—se alegró la anciana—. Bonita fábrica—continuó alzando la vista hacia él.

—Sí, bonita—reconoció el forastero.

Pero ¿adonde se dirigía ahora, tan sugerentemente, esa mirada de vieja alcahueta? Habría sido imperdonable no seguirla: y el forastero vio unos arbustos pelados, una colina artificial y, sobre ella, un triste jardín japonés.

—Bonito parque—se apresuró a señalar. La anciana aceptó sin inmutarse el elogio, que era una módica retribución por su esfuerzo: habían llegado a la meta.

¡Qué estación tan abandonada, miserable, dejada de la mano de Dios! Ahora se veía con claridad. En el andén, dando vueltas sin saber qué hacer, ya aguardaban algunos, lugareños o gente de los alrededores, que escudriñaron al forastero con miradas que todo lo aplanaban. El tren, claro, venía con retraso, dijeron, pero no mucho. Pues nada, a picar algo mientras tanto; pero no había nada para picar. Sólo se vendían periódicos; o sea, que compró uno. Se sentó en un banco a la vera de la vía y empezó a hojearlo hastiado; de pronto, su vista se clavó en una noticia escondida en una de las últimas páginas. En una de las habitaciones del gran hotel situado en el centro de la capital del distrito, leyó, se había encontrado al amanecer el cadáver de una mujer. La camarera de piso se había percatado de que la luz de la habitación había estado encendida toda la noche hasta el alba, por la claridad que se filtraba por el resquicio de la puerta. Al llamar, no recibió respuesta; acto seguido avisó a las autoridades. Forzaron la puerta; se encontraron de cara con la persona alojada en la habitación—una mujer sola—, colgada de la araña. La desdichada se había atado al cuello, a modo de sogá, su propio velo negro, con el que, por cierto, afirmaba el personal del hotel, se había tapado el rostro durante toda su estancia y que no se había quitado en ningún momento. La investigación seguía su curso, aunque las circunstancias permitían suponer, casi con toda certeza, que se trataba de un suicidio.

El forastero dejó caer el periódico; discretamente, recorrió el andén con la mirada... Luego, tomó conciencia de lo que hacía: ¿Cómo? ¿Estaba buscando a sus acusadores?... Se levantó y volvió a sentarse en el banco. Hurgó en el bolsillo. Apareció un bloc de notas y el bolígrafo correspondiente; y al cabo de un minuto se dio cuenta de que había empezado a calcular, a grades rasgos, el presupuesto del viaje al mar que emprendería al día siguiente.

(1975-1998)



*Y perdónanos nuestras deudas,  
así como nosotros perdonamos  
a nuestros deudores,  
y no nos dejes caer en la tentación,  
mas líbranos del mal.*

El expediente que se presenta a continuación está escrito con el propósito de contrarrestar otro de carácter más oficial, desde luego, pero en absoluto más fiable, que fue abierto en un lugar concreto, en una fecha concreta y a una hora también concreta, que se archivó (probablemente) y cuyo tenor consideramos prescindible en este texto.

Nuestro expediente no ha sido redactado con la intención de rectificar, minimizar o amplificar los hechos, como si creyéramos en la importancia o la verdad de los hechos, por así decirlo. A estas alturas, no creemos ya en nada; sordos y ciegos tanto a la verdad como a la mentira, sólo confiamos en la fuerza de la confesión, que nos convierte en hermanos de nuestra propia soledad y nos prepara, como quien dice, para nuestro conocimiento definitivo, que ha perdido de pronto su nombre terrible y se ha convertido en el cordero que nos precede, al que llevamos tiempo siguiendo—ahora nos damos cuenta—y al que quizás alcanzaremos, si no cedemos ni un ápice en nuestro empeño.

Un hermoso día de abril de mil novecientos... se me ocurrió la fructífera idea de pasar dos o, como máximo, tres días en Viena. Nadie puede poner en duda la ocasional necesidad de un cambio de aires y lugar, tanto desde el punto de vista de la salud como también de la creatividad, de ese afán continuo del alma (*motus animi continuus*) que, en mi caso al menos, se aviva tan pronto como cruzo las fronteras de este país. Aun así, me guiaban sobre todo objetivos de índole meramente práctica. Dicho con pocas palabras, tenía que rendir una visita de cortesía al doctor U. del Ministerio de Cultura, donde mis resultados, a decir verdad, modestos conseguidos en el campo de la traducción al húngaro de algunas obras de escritores austríacos habían llamado cierta atención, que ellos no dudaron en expresar; debía acudir, además, al Instituto de Ciencias Antropológicas, que poco tiempo antes me había comunicado la intención de apoyar con una beca una estancia mía en Viena para realizar la traducción de Wittgenstein en la que, precisamente, estaba trabajando y, como la decisión del instituto suponía un gran honor pero conllevaba el problema de encontrar un alojamiento, era preferible resolver el asunto in situ; y así sucesivamente. He de añadir, no obstante, que el deseo de reavivación anímica, la tendencia latente en todos nosotros y, a nuestro juicio, casi del todo natural a considerarnos simples particulares y, más aún, seres humanos, no se habría despertado en mí de su largo y profundo letargo de no haber sido por la ilusión de la libertad personal, cuya fuente, sin duda, había de buscarse en primer lugar en las necesidades impacientes, imperdonablemente impacientes (y sorprendentemente repentinas) de mi alma, aunque esa ilusión de libertad—o libertad ilusoria—también parecía haber sido alimentada por ciertas declaraciones oficiales y manifestaciones irresponsables en los últimos tiempos.

Se mantienen, pues, conversaciones telefónicas urgentes entre Budapest y Viena, se fijan horas y fechas con las señoras y señores del ministerio y del instituto, se reserva una habitación en un hotel barato y digno de confianza, etcétera, etcétera. Reflexiones angustiosas sobre si es lícito dejar aquí, ni que sea por dos días, a mi enferma, cuyo estado, por lo visto, comienza a ser crítico. Aun así, compro el billete de tren y hasta reservo una plaza. Ese mismo día, al anochecer, me tumba la fiebre de una gripe y, para colmo, se infecta una muela de tal modo que se me hincha la cara. Durante la noche se me presenta una aparición espantosa. Suena el timbre, veo por la mirilla de la puerta a un joven cuya visión me aterra. Es mi redentor, que viene a verme, pero con un aspecto muy diferente del que tenía cuando se me presentó por primera vez hace más de cuatro años, justo al lado y encima de mi cama, como si hubiera descendido de las alturas celestiales y hubiera atravesado la pared, que, como es lógico, no suponía para él ningún obstáculo. Aquella vez llevaba una barba rojiza, sus ojos finos y azules me miraron con una dulzura indescriptible que acallaba cualquier duda, y con un gesto torpe pero decidido de la mano bendijo mi existencia, me reforzó y me animó a vivir como vivía y a hacer lo que hacía. Me insufló esta confirmación como una verdad radiante, cuyo vivo calor mi corazón guardó durante mucho tiempo y que todavía me impregna a veces.

El joven que está en la puerta no me lo recuerda en absoluto; parece un indigente emergido de súbito de las profundidades apocalípticas de la ciudad que nos rodea: tiene la pinta descuidada de un alcohólico, la cara cubierta por una barba rubia de varios días. Aun así, no me cabe la menor duda respecto a su identidad. Podría guardarse las sospechosas, superfluas y confusas alusiones a su anterior relación con mi enferma, a la que, lo sé, de vez en cuando visitaba como una especie de predicador y a la que vendió hasta una Biblia. Ahora también la busca. Tengo la sensación de que, por mucho que diga la verdad, ninguna de sus palabras es cierta; a buen seguro, sólo me pone a prueba para adaptar su actitud a la mía; y mientras crece en mí la infame y cada vez más irrefrenable desconfianza, él también cambia, aunque la expresión de sus ojos azules conserva una dulzura, como si ellos no se enteraran de lo que, mientras, hace su mano. Ésta se ha introducido por la mirilla de forma circular; aterrado, retrocedo hacia el fondo del recibidor y luego hasta la cocina. El brazo se estira como la trompa de un elefante o como una boa constrictor, y la mano acaba asemejándose más que nada a una herramienta con pinzas, que me acosa y me sigue a todas partes. Empiezo a gritar pidiendo socorro; como no lo he dejado entrar por mi puerta, lo tomo ya por mi asesino; nuestra relación inefable y trascendental se ha convertido en una relación de perseguidor y perseguido, y este último, o sea, yo, llamo, en un gesto tan incomprensible como ridículo, a la policía para que me libere. Al final me despierta mi mujer, pero no sé, de hecho, si de mi sueño o de mi vida, siendo tan frágil la diferencia; desde luego, tengo la sensación de que necesito aclararlo. Recurrí a la escritura como tantas veces, como casi siempre, como cada vez menos, sin embargo, desde que la convertí en mi profesión (a falta de algo mejor). Sólo pude descubrir lo evidente: lo que había, al margen de la reacción al dolor concentrado en la raíz de la muela, lo que había era una relación nefasta conmigo mismo, mi falta de amor en general y, en particular, hacia mí mismo. Por otra parte, era un *memento mori*; esta no vez no se trataba de darme ánimo y consuelo como en mis buenos tiempos, sino de una amenaza angustiante que no ofrecía ninguna salida. Entendí perfectamente que el Redentor me comunicaba que se hallaba en crisis, que había sido abandonado y que se disponía a castigar o incluso a asesinar... a asesinarme a mí, o sea, a él mismo. Pergeñé con letra apresurada e improvisada las siguientes líneas en la hoja de un cuaderno: «Es preciso ir con cuidado, buscar el nexo con la dicha primigenia que se oculta en lo más hondo de todo, con la creación; escribir; y, por otra parte, ocuparme de quienes me rodean... Buscar la soledad, crearla incluso, pero, en la medida de lo posible, no liquidarlo todo de manera imperdonable como sueles hacer.»

Al día siguiente, una llamada telefónica me comunica a primera hora que mi enferma ha muerto. Ha fallecido sin mí, que también estoy tumbado, enfermo. ¿Es la causa? ¿Es un pretexto? Uno siempre es un poco culpable. Afebrado, voy a la clínica odontológica para que extraigan la muela. Al día siguiente me dirijo al hospital donde ha muerto mi enferma y donde converso con L., el magnífico y carismático médico jefe: «Yo me encamino hacia la muerte, vosotros, hacia la vida. Quién sabe quién se dirige a un destino mejor. Eso está oculto ante todos, salvo ante de Dios», cita él a mi enferma con una ligera sonrisa. Charlamos largo y tendido. A continuación me sumerjo en la trituradora desalmada de la administración que, sin embargo, ayuda al desengaño y resulta, por tanto, benéfica. Consigo el certificado de defunción, arreglo el entierro y, sobre todo, pago, pago y pago.

Después de arduas reflexiones decido emprender, a pesar de todo, el viaje a Viena. Vuelvo a llamar por teléfono, pido disculpas, cancelo las citas, fijo fechas nuevas. Reservo otra vez plaza en el tren, ida y vuelta. No tiene ningún sentido, afirma la mujer en la taquilla, puesto que el tren suele viajar medio vacío. Yo, sin embargo, prefiero viajar sin preocupaciones, seguro, a salvo de cualquier eventualidad. En ese momento no me preocupa pagar de más, que es, por otra parte, la ley de mi vida. Considero este viaje un regalo que me hago, me sorprende a mí mismo como un amigo caritativo y generoso. Me gusta viajar; a decir verdad, sólo me gusta viajar. Siempre he sido un buen viajero y un mal llegador, como afirma Bernhard de sí mismo. Me gusta estar de viaje, esto es, en ninguna parte. Guardo cuatro mil chelines en el cajón. Algunos amigos a los que quizá pueda definir como «fieles lectores», saben que en 1989, o sea, hace dos años y medio, permanecí durante un mes en Viena gracias a una beca; y ahora les confieso, además, que en aquel entonces cambié, en cheques y moneda contante y sonante, no sé qué de valutas o divisas; en general, no tengo ni la menor idea de estas cosas y, cada vez que veo artículos y apartados de la ley, enseguida me duermo, tanto más cuanto que, en el país en que me es dado vivir, los artículos y apartados de la ley han ido siempre en mi contra, desde mis comienzos, muchas veces en contra de mi mera existencia física, mientras que aquellos artículos y apartados que, por pura lógica, habrían de servir para protegerme también podían volverse, en la práctica, en mi contra. Por tanto, no tengo motivos para estudiarlos. Guardo, pues, en el bolsillo los cuatro mil (en cifras 4.000) chelines que me quedaron de aquel viaje. No voy a Viena a pasar estrecheces; si en la noche de mi llegada veo que se celebra un concierto digno de atención en la Konzerthaus o en la Musikverein, iré al concierto; si me dan ganas de cenar, iré a cenar, y así sucesivamente.

No puede pasarse por alto en este expediente el hecho de que recibo una llamada telefónica benéfica en la víspera de mi viaje; la persona que me llama, una persona amabilísima en el sentido más puro y originario de la palabra, me pregunta si tengo ganas de escuchar el *Réquiem* de Verdi, porque da la casualidad de que le sobra una entrada. Así pues, en la víspera de mi viaje escucho el *Réquiem* de Verdi en la Opera: camino de casa, los tonos estremecedores del *Libera me Domine de morte aeterna* aún resuenan en mi cabeza, mientras la duda y la emoción luchan en mí como siempre; lo acepto todo, pero hasta el día de hoy no he sido capaz de amigarme con la idea de la resurrección: «Entonces prefiero no morir», como dijo, supuestamente, Marat.

No es éste el motivo, sin embargo, de que no logre conciliar el sueño durante la noche, sino la fiebre de partida, esa neurosis infantil que me persigue desde la niñez y que me convierte una y otra vez en niño incluso en la edad madura y hasta, podría decirse, demasiado madura; me siento impotente ante esta fiebre, aunque me resista con tenacidad, igual que a todas las manifestaciones de infantilismo de las que acabo tomando conciencia; me siento impotente ante ella, digo, y si es así, ¿qué será de los venenos ocultos del infantilismo que me impregnan sin que me percate y se apoderan de mi organismo como el alcohol o un estupefaciente del que no puedo prescindir?

Pedí que me despertaran a las cuatro y media, pero a las cuatro ya estaba en pie. Odio levantarme temprano, pero cuando tengo que levantarme temprano me levanto aún más temprano. Mi pobre esposa, tambaleándose por lo poco que ha dormido, me prepara el desayuno y bocadillos para el viaje. Naranjas. Chocolate. Al llegar a la estación del Este me da la sensación de haber ido a parar de pronto a las orillas del Ganges con ocasión de alguna festividad hinduista. Mendigos con piernas gangrenosas, vendedores ambulantes que no paran de gritar, alcohólicos que miran de reojo con pérfidas intenciones. Avanzo entre ellos protegiendo y apretando con la mano el bolso de viaje que me cuelga del hombro, no me atrevo a detenerme, no doy nada a nadie, no compro nada a nadie, me siento inseguro, no hay amor en mí. No hay amor en mí. Allí está mi tren, allí está mi vagón con el número correspondiente, allí está mi asiento con el número correspondiente, al lado de la ventana. Me siento en gran medida a salvo. Han puesto la calefacción. La puerta se cierra automáticamente. El asiento contiguo está vacío. Me alegra que nadie se siente a mi lado, porque no hay amor en mí. Saco mis periódicos. El diario con las noticias del día me repugna. El editorial en el interior muestra cierto talante moral, lo que no hace más que agravar la situación. Ser moral en un mundo inmoral es inmoral. ¿En qué consiste la situación? No lo sé. *Por mi conciencia y honor le digo, Katia, que no lo sé.* Doblo el periódico y lo introduzco en la red que me ofrece el respaldo del asiento delantero. Cojo la revista *2000*. Echo un vistazo al índice y me parece que lo que más me gustará son los diarios de Dalí. *Diario de un genio*. No, no tiene nada de exagerado, apruebo el título, aunque quizá sea un pelín altisonante; al leer las primeras palabras ya me avasalla y me aplasta la genialidad, extraña mezcla de desinhibición infantil y fanfarronería, y, en el ambiente sofocante que crea, sólo consigo respirar un poco por los resquicios que la vacuidad de la mentira me deja aquí y allá en el texto. Rápida y amarga asociación con mis propios diarios. ¿Cómo los había titulado? *Diario de la galera*. Al margen de las diferencias en cuanto a calidad y magnitud, el genio sólo puede sentirse culpable en este país. En este mundo de Europa oriental, ¿a quién puede ocurrírsele considerarse un genio, salvo al antigenio, claro, a unos cuantos usurpadores y asesinos de masas?

En eso entra por la ventana una vaharada de olor pestilente, como ilustración atmosférica de los elementos escatológicos expuestos en el texto. Alzo la vista de las páginas: Tatabánya. Paisaje devastado, destrozado, pelado, parecido a una sentencia de muerte, enormes chimeneas de hormigón, tubos, andamios que atraviesan el cielo como plumazos implacables que tachan un trozo de texto o de vida, explotación sin tapujos por doquier, utilitarismo brutal, racionalidad, fealdad, *die Wüste wachst*, el desierto crece, respondo a Dalí, paisajismo sin paisaje, ya no es horrible sino desconsolador como la verdad. Me han controlado el pasaporte, ahora son unos hombres con uniforme gris los que recorren el vagón. Uno de ellos se me acerca, un hombre moreno de movimientos ágiles. Aduana húngara, dice. Me pide el pasaporte con voz discreta, modesta, como quien no pretende darse ninguna importancia. Sin embargo, mientras vuelvo a levantarme para sacar mi pasaporte del bolsillo interior del chaleco de cuero, me pasa por la mente, de manera inexplicable y tan gratuita como que luce el sol, la siguiente idea: no hay amor en este hombre. No sé si es todavía el influjo de los diarios de Dalí, una sensación de mi alma de niño y de artista, de mi alma de Narciso, eternamente hambrienta de amor, que de pronto se ha vuelto desprotegida y sensible. Mientras, mi hombre ha concluido su trabajo, por lo visto; cierra el pasaporte y se dispone a devolvérmelo; como si fuese de pasada me pregunta, sin embargo, con la voz discreta de antes, en la que quizá sólo yo, con el oído afinado por Salvador Dalí, percibo un matiz pérfido, cuánta valuta (o divisa, pues nunca llegaré a entender, probablemente, la diferencia entre las dos) estoy «sacando» del país. Mil chelines, respondo sin titubear, quién sabe por qué. Mi hombre reacciona de manera bastante sorprendente: «Mucho, mucho, mucho», susurra tres veces seguidas, cual si fuese para sus

adentros (como suelen decir las acotaciones de las piezas de teatro antiguas). «¿Por qué mucho?», pregunto asombrado. Me contesta que porque la cantidad «supera» algo que, con las prisas, no acabo de entender. Me pide que le muestre los mil chelines. Empieza a adueñarse de mí esa sensación que tan bien conozco a raíz de mis experiencias vitales, que al menos son ricas en este sentido. La sensación es de calma y de entrega. Es la misma disposición con que uno se encamina hacia su funesto destino, siempre confiando plenamente en el tiempo, en el detalle siguiente y en los pequeños pasos para evitarlo, aunque en su interior sepa—y a lo mejor ni siquiera le moleste—que ese destino es inevitable. La poca lucidez que nos queda no nos ahorra, sin embargo, la percepción de algo que en esos momentos acaba sustituyendo, por así decirlo, nuestra presencia: nos percatamos con total claridad de que nos hemos convertido en piezas de una estupidez mecánica que—a nuestro juicio—es del todo ajena a nosotros, por completo extraña a nuestra esencia más propia, lo cual viene a perturbarnos ligeramente durante todo el rato. No obstante, somos incapaces de parar esta maquinaria automática como tampoco podemos frenar, por ejemplo, las indignas sacudidas de nuestro diafragma cuando vemos una farsa barata.

Vuelvo a introducir, pues, la mano en mi bolsillo interior. Los dedos ni siquiera llegan a temblar, sino que titubean un instante antes de pescar, con el gesto de un mago obligado a actuar en el momento más inoportuno, un billete de mil chelines entre los cuatro billetes doblados. Viene entonces la siguiente pregunta: ¿cuánto dinero húngaro llevo? Setecientos florines, respondo. Que se los enseñe. Se los enseño. Los contamos. Es la cantidad exacta. Entonces me pide, expresando su petición en voz baja, pero muy decidida, que le muestre el contenido de mis bolsillos. Lo voy sacando. Pañuelos de papel, el abono del tranvía, una navaja campesina, unas galletas para el viaje. A todo esto, el espectador distante que soy en aquel momento, más que el personaje chaplinesco que hurga en sus bolsillos, no para de menear la cabeza con una sonrisa que expresa tanto incompreensión como indulgencia. Mi hombre se ve obligado a señalar, con el dedo índice para ser exactos, el bolsillo cuyo contenido, por lo visto, me he olvidado de revelar. Podría extrañarme la certeza de su intuición, pero en ese momento no me extraña nada; más tarde tampoco me asombro, pues me doy cuenta de que esos ojos de la mirada aduanera y fiscal, diminutos pero infalibles—en un único sentido al menos—, con miles de años de experiencia y perspicacia a cuestas, desde que los antiguos egipcios o persas, o incas o etruscos, inventaran el registro de aduana, que esos ojos, digo, ya han percibido y registrado hace rato el titubeo de mi mano. Así pues, diríase que introduzco la mano por mera curiosidad infantil en el bolsillo solicitado: y he aquí que aparecen tres mil chelines. En verdad me asombro. El aduanero, en cambio, los confisca en el acto. Y me comunica que los ha confiscado porque «usted declaró» mil chelines, dice, cuando, de hecho, acaba de encontrar cuatro mil en mi posesión. Así es. Lo que es verdad es verdad. Aun así, no acabo de entender del todo en qué consiste mi delito aparte del engaño. A fin de cuentas, lo que ha encontrado es mi dinero, no el de otro. No es dinero robado. Así es, responde el aduanero, pero yo debería haber solicitado un «permiso de exportación». Muestro sincero asombro: no lo sabía. Nadie me informó. No he parado de escuchar que todo ha sido liberalizado, que uno puede depositar y retirar cuanto dinero quiera en el banco, no como en los tiempos en que todo pertenecía al Estado. Tampoco debo renovar mi pasaporte cada vez que emprendo un viaje, o sea, que no pensaba que mi dinero—en tanto dinero de verdad, esto es, occidental—siguiera siendo propiedad del Estado. No pasa nada, dice mi hombre, porque enseguida me retirará tanto los tres mil chelines como mi pasaporte.

En ese momento se ha terminado el hechizo: de pronto recobro la conciencia. Lo conmino en tono decidido a no hacerlo. A las doce tengo una cita con un señor del ministerio en Viena; por la tarde me esperan en otra oficina; y ya he reservado una habitación en un hotel. No puedo llegar a

Viena con los bolsillos vacíos. No sabía que se necesitaba un permiso de exportación. No pueden ponerme en una situación así. «De acuerdo, señor Kertész, no tenemos tiempo, estamos trabajando, ahora mismo vuelvo», dice textualmente el aduanero, y se marcha con mi dinero y mi pasaporte.

Me siento. Lo único que percibo es cierto enfado. Sólo al cabo de un rato me doy cuenta de que, mirándolo bien, me han humillado en público. De hecho, la idea tampoco me estremece demasiado, dado que ya poseo cierta experiencia en este terreno. Aun así, echo un fugaz vistazo al vagón; la mujer sola sentada en uno de los dos asientos situados al otro lado del pasillo bastante amplio parece sumida en la lectura de un periódico; las personas instaladas a mayor distancia no se han percatado de nada; la escena no debe de haber durado más de dos minutos; aparte de mí y de mi inquisidor aduanero—cuyos colegas, además, están ocupados con los viajeros sentados más lejos—, nadie puede saber lo que de veras ha ocurrido entre nosotros.

¿Qué puede sucederme? «¿Me decapitarán en la plaza pública en nombre del pueblo francés?» Desde luego, tendrán que devolverme el pasaporte antes de llegar a la frontera austríaca. Y me veo abocado a perder los tres mil chelines. No puedo afirmar que me asomen las lágrimas por este hecho. Lo cierto es que mi relación con el dinero no se caracteriza por una pasión exagerada. Aunque tenga su lado negativo, en este momento disfruto más bien de sus ventajas. Y en Viena cuento con amigos que de buena gana me sacarán del apuro si hace falta.

Pero ¿por qué he declarado sólo mil chelines (lo cual, según los indicios, es el mismo delito que declarar cuatro mil)? No lo sé. Le doy vueltas y más vueltas, con toda franqueza, y no acabo de encontrar una respuesta. No lo sé. No había amor en este aduanero. No puede ser éste el motivo, sir embargo, porque ¿dónde está el aduanero que albergue amor por sus clientes? *¿Por qué, dígame, por qué ha disparado contra un cadáver que yace en el suelo?* ¿Por qué no he declarado de entrada los cuatro mil chelines? No lo sé. Miro a lo más hondo de mí. Confieso tener cierta experiencia en el autoanálisis. Sin embargo, no lo sé. *Por mi conciencia y honor le digo, Katia, que no lo sé.*

Cojo la revista y continúo la lectura de los impresionantes diarios de Dalí. Trato de comprender la estrecha relación existente entre el oro y lo fecal, según Dalí y, por lo que me entero, también según los psicoanalistas. La verdad, por más que me empeñe no la entiendo: mis sensaciones simpatizan, sin embargo, con la idea, inaccesible para mi razón, de que existe, en efecto, un nexo de este tipo. Quien capta la estrecha relación entre el oro y lo fecal y no se limita a comprenderla, sino que, además, la aprueba con fructíferos gritos de júbilo, termina enriqueciéndose como Dalí. Es evidente, por otra parte, que tal tipo de lucidez funciona al margen del genio, si es que no se opone diametralmente a él. Ahora me gustaría saber cuáles de los lienzos realmente geniales de Dalí fueron inspirados por su genio puro, como quien dice, y cuáles por su cartera ávida, relacionada con la actividad intestinal y siempre empeñada en espiar las evacuaciones. Lo cierto es, pienso, que por mucho que la pinte como una desenfadada marcha triunfal, su vida no debe de haber estado carente de nubarrones.

Ya hemos dejado atrás Komárom y Gyór, el tiempo corre: ¿dónde está mi pasaporte? Empiezo a preocuparme, aunque no tanto como debe de suponer, a buen seguro, el responsable o quizá los responsables. Por fin se presenta mi hombre. Parece sombrío y da la impresión de tener más prisa que antes. Me pide los mil chelines que me quedan; luego, en vez de devolverme el pasaporte, me comunica que debo apearme del tren en Hegyeshalom. Asombrado, manifiesto mi protesta con torpeza. No le interesa. Me lo dice a las claras. En vez de los mil chelines «declarados» ha encontrado cuatro mil en mi posesión. Lo lamenta mucho. En Hegyeshalom nos encontraremos en el último vagón, dice; se trata, evidentemente, de una orden. Acto seguido desaparece.

Me quedo en mi asiento, paralizado. La expresión exacta sería: como alguien al que le han dado

en la crisma. Luego me levanto de un salto. Noto que arde en mí la rabia, el fuego que nutre la vida, la agresividad. Arranco el bolso de viaje de la rejilla y con gran ruido recorro el convoy hasta llegar al último vagón. Los hombres grises están sentados en el último compartimiento, tras la puerta acristalada cerrada. Parecen muy contentos. Enseguida veo a mi hombre. Después de llamar brevemente a la puerta, la abro de golpe. Callan y me miran con indisimulado desprecio: mi corazón sensible se estremece. Como artista en activo, prefiero los aplausos al odio. Pero qué le vamos a hacer: esta vez me ha tocado un papel malo. Mi siguiente punto débil es que no sé exponer de forma fluida y coherente mis argumentos en un ambiente hostil; es más, el apasionamiento no hace sonar mi voz sino que la apaga. Vuelvo a balbucear algo sobre mis obligaciones vienesas: no le interesa, repite mi hombre. Lo conmino a devolverme los mil chelines así como mi pasaporte y propongo dejar los tres mil en depósito, puesto que, tal como demuestra mi billete, regreso al día siguiente en el tren de la noche, que es el momento oportuno para resolver el asunto. De todos modos debo dejar los tres mil, responde mi hombre con una sonrisa (no precisamente agradable), ya que han sido confiscados junto con los otros mil y mi pasaporte. A continuación insiste en el hecho, manifestado hasta la saciedad, de que se ha constatado una diferencia entre la cantidad declarada por mí y la encontrada por él. No se me ocurre mejor idea que desearle mucha suerte por el magnífico golpe: ha conseguido despojarme de mis cuatro mil chelines, mientras sabemos perfectamente que otros más listos que yo sacan millones por la frontera. Que cuando me entere de un caso así, lo denuncie, responde mi hombre; por el momento, sin embargo, que no me dedique a acusar a otros, puesto que soy yo, y no otra, la persona en cuya posesión se han encontrado tres mil chelines más de los «declarados». Una respuesta digna, sin duda. Tengo la sensación de haber apurado el vaso hasta el final, sin que se me ahorrara ni una sola gota. Cierro la puerta con violencia y, en la última plataforma del último vagón, espero con ansiedad creciente a que llegemos por fin a Hegyeshalom.

¡Hegyeshalom! Símbolo de décadas. *In hoc signo vinces*, cuando era camino del exterior. Y, cuando era camino hacia dentro, emblema de otras inscripciones universales tales como «Abandonad toda esperanza, vosotros que entráis»... «El trabajo honra y dignifica»... «El trabajo libera». Como realidad, sin embargo, como localidad, como estación de ferrocarril: un villorrio desolador. Sigo con apatía a los uniformes grises. Tengo que esperar en una sala encalada y pelada, que está atravesada en el fondo por unas barreras protectoras cuya finalidad ignoro. No estoy solo; otro hombre ha sido obligado a descender del tren, un hombre alto, corpulento y de edad indeterminada; entre el cinturón y el jersey subido, una triste barriga pende sobre el pantalón; camisa gris, chaleco gris, pantalón gris, cara hinchada e imposible de retener en la memoria, gafas empañadas tras las cuales no se ve nada y menos aún una expresión. Cuando redactan el llamado expediente, escucho que, al referirse a su profesión, se define como «jefe de departamento». Jadea, suspira, gargajea, me rodea, me lanza destellos con las gafas; en vano, porque no le presto atención; no lo considero mi compañero de infortunios, no deseo compartir con él mi destino, no me interesa su historia. Lo siento mucho. No hay amor en mí. A todo esto, debo contemplar cómo se apresura toscamente y firma con diligencia todo cuanto se ha de firmar. Lo llaman, sale y regresa al cabo de un rato. Deja la puerta abierta. En aquella sala sin calefacción, la corriente de aire circula alrededor de mi cuello, de mis tobillos; entra una gigantesca nube de gasolina porque un tren está haciendo maniobras fuera. Le pido que cierre la puerta. Obedece, pero no la ajusta bien, de modo que la corriente vuelve a abrirla en el acto. Como llego justo a la puerta con los pies, la cierro de una buena patada. Reconozco que es de mala educación, pero no observo mucha buena educación a mi alrededor. Veo que el señor jefe de departamento se ha enfadado conmigo. Mis malos modales podrían proyectar una sombra sobre su persona, o sea, que se distancia rápidamente: lo hecho, hecho está, o sea, que no es momento para

ponerse nervioso, me amonesta. Le respondo que no estoy en absoluto nervioso, pero que mi castigo no lleva implícito estar sentado en medio de la corriente ni tragar el hedor de una locomotora Diesel que está haciendo maniobras.

Vuelvo a sumergirme en los diarios de Dalí. Me irrita su relación con Nietzsche. Hace tiempo que me ha llamado la atención la sensibilidad española hacia los germanos. Ortega también fue discípulo de Nietzsche; y Unamuno merece directamente el título de su discípulo más aburrido. Sostiene Dalí, hablando de Nietzsche, que «se trataba de un hombre débil, que había tenido la debilidad de volverse loco. Estas reflexiones me proporcionaron los elementos de mi primera consigna, aquella que debería convertirse, andando el tiempo, en el lema de mi vida: la única diferencia entre un loco y yo es que yo no estoy loco». Esta frase de Dalí me indigna profundamente. ¿No entiende este hombre que la locura fue el acto más honesto y consecuente de Nietzsche? ¿Y que la diarrea de oro jamás habría fluido con esa abundancia imparable a su cartera abierta si Nietzsche hubiera sido tan «normal», esto es, tan frío y calculador como el propio Dalí? Al fin y al cabo, alguien tenía que crucificarse por la moral para que otros pudieran rematarla a cambio de una buena cantidad de dinero...

No puedo reflexionar por más tiempo, sin embargo: me llaman. «Se incorporó a toda prisa para seguir al aduanero al despacho.» Allí estaban todos sentados, los hombres grises. «Uno fumaba, el otro hojeaba unos documentos, y el siguiente lo escudriñaba. Los tres se fundieron ante la mirada borrosa de Kóves, de tal modo que al final sólo veía una máquina de tres cabezas y seis manos»: mis propias proféticas palabras de la novela titulada *Fiasco*. Mi hombre, el aduanero jefe, me coloca unos papeles delante: que los lea y los firme. ¿Qué es? El expediente, responde. Empiezo a leerlo. En la primera frase, que ocupa casi tres líneas, se me corta la respiración. En ese momento la lucidez se adueña de mí, me inunda y me aplasta. En ese momento sé por fin, con total exactitud, lo que me ha ocurrido. A punto estoy de gritar ¡eureka! *Todo, todo, / todo lo entiendo ya, / todo lo calo. / Oigo el aleteo de tus cuervos...* Sí, estas tres líneas vienen a decir, básicamente, que el 16 de abril de 1991, etcétera, después de que él, funcionario de aduanas, me informara sobre el reglamento relativo a valutas y divisas, sobre las cantidades máximas que pueden sacarse libremente del país y sobre la obligación de obtener un permiso para sacar una cantidad superior, me requirió, etcétera, etcétera. Ahora bien, el hombre no me informó de nada. ¿Me requirió algo? Sí, me requirió; no lo hizo, sir embargo, a la manera de un requerimiento correcto y formal, sino de algo que parecía más bien un interrogatorio inesperado. De este modo el asunto quedaba zanjado y se ponía en marcha cierto mecanismo. Desde hace al menos cincuenta años, desde que mi país entró en guerra contra el mundo civilizado y sobre todo contra sí mismo, todas sus leyes han sido ilegales, descontando una interrupción de tres años. Tras la pregunta alevosa del aduanero, que de entrada se suponía en presencia de un delincuente, mis oídos percibieron enseguida el retumbo de botas, los cantos estridentes del movimiento, los timbrazos de madrugada, y mis ojos vieron las rejas de una cárcel y las alambradas. Quien respondió a la pregunta no era yo, sino el ciudadano atormentado desde hace décadas, adiestrado, lesionado en su conciencia, en su personalidad y en su sistema nervioso y quizás hasta herido de muerte... que, de hecho, era más un prisionero que un ciudadano. Incluso ahora, incluso aquí, incluso en este fragmento de instante, me asombra y me estremece la autocompasión, la conciencia de haber vivido mi vida tal como la he vivido y de que esta vida indigna y asesina haya grabado de manera tan profunda sus señales malignas en mis instintos. Este hombre, supongo que de forma involuntaria, me obligó de entrada a mentir por su mera actitud, por su comportamiento. *La sentencia no viene de golpe sino que el procedimiento se convierte paulatinamente en sentencia* (Franz Kafka: *El proceso*). Casi me da pena no poder hacer partícipe a mi hombre, al aduanero, de



mi iluminación, no poder compartir con él nuestra verdad evidente. Al fin y al cabo, también es un ser humano y también posee instintos. Y las décadas han grabado en los suyos lo mismo que en los míos, aunque con el signo opuesto. No obstante, como nuestra relación es como es —oficial, dicho con un eufemismo, o sea, cien por cien alienada—, jamás podré explicárselo, ni siquiera aunque dé la casualidad de que lo entienda, cosa ésta que, por cierto, no creo.

Le comunico, pues, que no firmaré el expediente tal como está redactado. ¿Por qué? Porque no se corresponde con la realidad que me informara sobre la ley antes de proceder al requerimiento. Claro que me informó. Vale, digo, firmaré, pero sólo si puedo añadir mis observaciones. ¿Qué observaciones? El hecho de que, antes del requerimiento, no me diera la más mínima oportunidad de reflexionar, de pensar, de permitir que la razón se impusiera a los sentimientos más inmediatos. O firmo el expediente tal como está o no lo firmo, suena la respuesta. Pues no lo haré, insisto. Ligero encogimiento de hombros, que, sin embargo, no oculta cierta irritación. Un aduanero rubio, de categoría inferior, manifiesta entonces lo siguiente: «Soy testigo; yo estaba presente cuando le llamaste la atención.» Su declaración no me sorprende, aunque ya estoy luchando contra las ganas de vomitar. Señalo de pasada que siempre han aparecido testigos, desde la Antigüedad hasta los tiempos modernos. Mientras me devuelven el pasaporte y me extienden un recibo correspondiente a los cuatro mil chelines, añado que resultará muy difícil hacer creer a este país que es libre. Enseguida me arrepiento, pues acabo de pronunciar una frase que no tiene sentido ni ontológico ni semántico y que tampoco lo tiene en la práctica. Mucho más me preocupa esa sensación de satisfacción, si se me permite la expresión, de que todo cuanto aquí ha ocurrido y ocurre fue en su día el producto de mi imaginación más propia y que ha ocurrido y ocurre según las leyes de mi imaginación más propia. Vuelvo a remitirme a mi «fiel lector», que tal vez sólo sea yo mismo: podrá leer esta escena casi palabra por palabra en mi profética novela. Es la misma actitud, el mismo procedimiento, la misma repugnante insistencia en la legalidad, al tiempo que te lo roban todo de pies a cabeza, te echan después de humillarte y ensuciarte con turbias amenazas y te dejan a la intemperie. Igual que Kóves, mi particular alter ego de la novela, yo también partí rumbo al ancho mundo para ir a parar a una remota y mugrienta estación fronteriza donde estoy en casa, donde estoy miserablemente, fatalmente, mortalmente en casa. He aquí que la vida imita el arte, pero sólo el arte que imita la vida, o sea, la ley. No existe el azar, todo ocurre por mí y a través de mí, y cuando recorra todo mi camino habré comprendido, por fin, mi vida.

Salgo afuera; luce el sol. Se me ocurre la peregrina idea de llamar por teléfono a casa. En parte para escapar de este ambiente inhóspito, árido y chirriante y oír por fin una voz humana amable; en parte también para avisar que, en contra de lo previsto, hoy almorzaré en casa. No encuentro un teléfono. Abro la puerta de la sala de espera: nada. La del vestíbulo de las taquillas: nada. Un anciano rechoncho, de rostro rojo como un tomate y feliz por la embriaguez, sale tambaleándose del bar, que emana un olor tan indescriptible como su aspecto. Le pregunto dónde está el teléfono: no lo sabe. Se aleja de muy buen humor, con los ojos encendidos y con la expresión transfigurada bajo la gorra. La mujer del bar me recomienda salir de la estación y doblar a la derecha (o a la izquierda, no me acuerdo) después de pasar la barrera; al cabo de unos trescientos metros encontraré una casa amarilla, dice, el edificio de correos; allí seguro que hay un teléfono. Salgo de la estación, y al ver el camino polvoriento, el cielo polvoriento, las casas polvorientas y los trescientos metros que se abren ante mí como un bostezo, comprendo que no llamaré por teléfono. Vuelvo al vestíbulo para averiguar cómo regresar cuanto antes a Budapest. Pregunto a la taquillera si existe el tren expreso de las diez y cincuenta y uno, que figura en el horario. Existe, dice, pero es un tren internacional. Vale, respondo, y me da por comprobar si mi billete de ida y vuelta a Viena es válido para este tren. Sí, es válido,

contesta la taquillera, pero acaba de mencionar el hecho de que el tren es internacional, añade. ¿Qué significa eso?, se despierta en mí, de pronto, la sospecha. Significa que está prohibido subirse, suena la respuesta. Le recuerdo que he comprado un billete de tren internacional por dos mil quinientos florines, cuyo trayecto de ida no he usado en su totalidad y cuyo trayecto de regreso no he utilizado en absoluto. Veo que mis argumentos no la convencen; el siguiente tren es, por lo visto, un cercanías que parte después del mediodía y tarda varias horas en llegar, traqueteando, a Budapest. Al final, recibo de la taquillera el buen consejo de pedir permiso a los aduaneros para subirme con mi billete válido al tren para el que lo he comprado.

Vuelvo, pues, a la oficina de aduanas. Todo se muestran sumamente atentos. Mi hombre: ¿o sea, que no viaja usted a Viena? No entiendo la pregunta, y como no tengo ganas ni de bromas ni de familiaridades, le pregunto si puede ayudarme a que me suba, con mi billete válido, al tren expreso internacional. El no tiene nada que objetar, dice el aduanero, pero su ayuda no es en absoluto suficiente: debo pedir permiso a la guardia fronteriza. Veo a unos soldados que holgazanean por allí; uno de ellos lleva colgado del cuello, sujeto con una correa blanca, algo parecido a un estantecillo como de mesita de noche. Les expongo mi petición. Los rostros vacíos me responden con un silencio. Empiezo a sentirme inseguro y se me antoja haber recurrido al japonés o a otra lengua que ignoro y que, sobre todo, estos soldados desconocen. Al final, uno de ellos me comunica que es preciso esperar al comandante. Al cabo de más de un cuarto de hora veo a un oficial enjuto, maduro, con gafas y cara de funcionario, que camina a lo largo de los raíles en compañía de unos uniformes de rango inferior. Me dirijo a él y le expongo mi petición. Noto que el desánimo empieza a hacer mella en mí. El oficial, no obstante, parece comprender mis palabras. «¿Ha tenido que apearse del tren para Viena?», pregunta en tono diplomático, pero severo. Así es, he tenido que apearme. De acuerdo, dice, dándome el permiso; me examina de arriba abajo con una mirada fugaz, objetiva y despectiva, y prosigue su camino. Sin embargo, percibo inequívocamente que en este oficial hay amor. En las cárceles, los campos de concentración y otros lugares parecidos siempre aparece un oficial o suboficial que te devuelve la fe en la vida. Confiamos en este oficial cuando nos interroga, no le mentimos, anhelamos su presencia como un consuelo, y cuando nos mata de un tiro, sabemos que no lo hace por placer, sino porque no tiene otra salida.

He aquí el tren. Me subo. Pido permiso para entrar en un compartimiento de segunda clase, no fumadores. El caballero y la dama que lo ocupan y que, según los indicios, nada tienen que ver el uno con el otro, no entienden húngaro: en ese momento lo percibo como una circunstancia tranquilizadora. Llega el revisor. Me comunica que debo pagar un suplemento. ¿Cuánto?, pregunto, muy humildemente, muy educadamente. Es porque, empieza a explicar... No le he preguntado por qué, lo interrumpo muy humildemente, muy educadamente, sino cuánto, porque tal vez no llevo bastante dinero encima. Quinientos cuarenta florines, suena la respuesta. Me tranquilizo. Pago. Aun así, el revisor me ofrece una explicación; lo hace en vano, pues lo escucho muy humildemente, muy educadamente, pero no lo entiendo ni me interesa. Lo importante es que no he tenido que volver a bajarme.

El tren se desliza de manera uniforme, casi sin ruido. Reina el silencio. El caballero dormita, la señora lee. Una novela inglesa, según deduzco por la cubierta. Estoy sentado, inmóvil. A la par con el tren, recorro con la mirada el borde inferior del cielo, justo encima del monótono paisaje. Miro por la ventanilla pero no veo ni quiero ver nada. Poco a poco, muy poco a poco, me cubre la vergüenza; empieza por los dedos de los pies, atraviesa la boca del estómago, invade la garganta y de allí fluye al cerebro. Bien sé que me aguarda una depresión que puede durar días, semanas o quizá meses. ¿Cómo creí que podía viajar a Viena? ¿Cómo creí que podía hacer algo distinto de lo que

había hecho hasta entonces? Había vivido como prisionero, ocultando mis pensamientos, mi talento, mi verdadera esencia, porque sabía perfectamente que aquí, donde vivía, sólo podía ser libre en tanto prisionero. Bien sabía yo que esta libertad era tan sólo la libertad del prisionero, o sea, una ilusión; sin embargo, era al menos una ilusión honesta, más honesta, pensaba, que vivir como prisionero en la ilusión de la libertad. Veía con claridad los riesgos que implica esta vida, es decir, el riesgo de que la vida de prisionero acabe convirtiéndome en prisionero; de que me obligue a colocarme muy por debajo del nivel cultural del siglo, de que me estreche el horizonte, de que me consuma el talento. Aun así, quería vivir así, en la creencia de que es, pese a todo, una vida, una vida que alguien—quizá yo mismo— debe plasmar en palabras. ¿Por qué quería huir entonces o, al menos, tomarme unas vacaciones? ¿Por qué creía poder cambiar esta vida que llevo mucho tiempo considerando y tratando no como mi vida, sino como el tema de un examen que me ha sido impuesto como una rigurosa tarea y ante el cual sólo conservo un único privilegio o, si se prefiere, una única libertad: la de ponerle fin, cuando ya esté definitivamente harto, con dos cajas de somníferos y media botella de coñac albanés de mala calidad...?

En ese punto vuelvo en mí. Estamos de nuevo en Tatabánya. En el ínterin, yo también he hecho mi recorrido: he aquí que entiendo mi vida. Esta vez también, empuño ávidamente, como siempre, la agresión sufrida—porque no me queda más remedio—y vuelvo la hoja del puñal contra mí; casi me aterran, sin embargo, la fuerza y el placer amargo con que mis pensamientos levantan la mano contra mí con ferocidad sincera. *Todo, todo, / todo lo entiendo ya, / todo lo calo. / Oigo el aleteo de tus cuervos...* Sí, se ha colmado el vaso; ya no puedo sufrir más heridas, por lo visto. Seis décadas de diversas aunque siempre monótonas dictaduras y ahora esta dictadura restante todavía sin nombre me han destrozado la inmunidad que se alimentaba de paciencia, de paciencia gratuita. En mi cuerpo picoteado por doquier y herido a muerte, que sólo pende de mis fibras nerviosas, no cabe no ya la punta de un dardo, sino ni siquiera la de una jeringuilla. He perdido mi capacidad de aguante, ya no me pueden herir más. Estoy perdido. Viajo en apariencia en el tren, pero éste ya no transporta más que un cadáver. Estoy muerto. (*Y para que todo se cumpla, para que me no me sienta tan abandonado, ya sólo me queda un deseo: que en mi tumba o en mi urna o en lo que quede de mí, un aduanero ponga una única flor, que aunque no sirva para rehabilitarme, sí valga al menos como señal de perdón...*)

(1991)

ESTA EDICIÓN, PRIMERA,  
DE «LA BANDERA INGLESA», DE IMRE KERTESZ,  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN CAPELLADES  
EN EL MES DE NOVIEMBRE DEL AÑO 2005



IMRE KERTÉSZ  
*Diario de la galera*  
Traducción de Adán Kovacsics  
EL ACANTILADO, 87

«A falta de algo mejor, he hojeado mis diarios. Mi vida es una novela peculiar. Hay una indudable coherencia. Por otra parte, si bien estos apuntes revelan una forma de vida bastante digna de atención en medio del derrumbamiento centroeuropeo, precisamente las circunstancias centroeuropeas los inutilizan totalmente como documento de una forma de vida merecedora de atención: resultan inútiles porque no sirven (no pueden ni quieren servir) de consuelo para seguir viviendo.»

IMRE KERTÉSZ